



Borrequen
Los
Indas Carib

LOS INDIOS CARIBES

Cien años
Champion

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

L. 110

LOS INDIOS CARIBES

MEMORIAS INTERESANTES DE VENEZUELA

POR

DON RAMON LOPEZ BORREGUERO

MADRID

IMPRENTA A CARGO DE G. JUSTE,

23, ISABEL LA CATÓLICA, 23

1875

BIBLIOTECA NACIONAL

CARACAS - VENEZUELA

MERCEDES.

I.

Han corrido muchos años desde los últimos sucesos que dejamos narrados, y estamos en un período de desolacion y desdichas para la antes tranquila Venezuela, de que saldrá su regeneracion social, á fuerza de sangre generosa, que siempre por triste ley humana la sangre regeneró al mundo.

El tiempo, ese martillo inflexible que trasfigura eternamente los objetos de la tierra, modelando en su yunque nuevos séres, al par que destruye otros, pareciendo la humanidad en su contínuo trabajo al fénix de la fábula, que renace de sus ce-

nizas, ha causado en la Colonia de Santa María grandes perturbaciones.

El venerable padre Andujar por la ley inflexible de los años está durmiendo ya el sueño de los justos en el lecho eterno de la tierra, á donde le acompaña D. Antonio de Solís, que ha pagado tambien este tributo á las insaciabiles Parcas, en edad más temprana.

En cambio José Benito, aquel niño encantador que dejamos de seis ó siete años, es ya un arrogante jóven de veinte y dos, con el empleo de comandante de milicias urbanas, al frente de un hermoso batallon formado con los indios caribes de Santa María y sus contornos.

Su pobre madre Benita, tan castigada por la inflexible desgracia, encuentra sin embargo en su viudez una compensacion consoladora con este hijo querido, que es su justo orgullo por sus méritos físicos y morales.

Pancho, que tiene muchos hijos de su amada esposa Estrella de la mañana, es un hombre en toda su robustez, siempre

tan apasionado de la familia de Solís, á cuyo último vástago proteje con toda su voluntad y apasionado cariño.

Por desgracia la antes floreciente y bien regida Colonia de Santa María, modelo seductor de una sociedad patriarcal, ha perdido toda su risueña fisonomía, y es ya un pueblo descuidado y súcio, semejante á cualquiera otro de indios.

Este lastimoso y sensible cambio, es debido á la falta del venerable padre Andujar y de Solís, que al marcharse ambos á mejor vida parece que se llevaron el espíritu benéfico y sábio que reglaba aquella sociedad antes tan feliz y próspera.

En vano el cacique Pancho, queriendo seguir las prudentes y justas tradiciones que dejára el sabio sacerdote, procuraba que no se notara su sensible pérdida; todo lo echó por tierra el nuevo misionero, modelo repugnante de todos los vicios, cuando su antecesor lo habia sido edificante de todas las virtudes.

Benita misma, tipo de caridad cristiana, llegó á odiar aquella trastornada sociedad,

en la que no podia ya ejercer su mision benéfica, y á pesar de que debia tantos recuerdos gratos á este refugio, deseaba trasladarse con su hijo á otro punto, donde no presenciára escenas repugnantes á su inflexible moral.

Fray Diego de Sevilla, natural de esta ciudad, cuando vino de misionero á la Colonia de Santa María, era un capuchino joven, aunque demacrado por toda clase de excesos y liviandades.

Un solo hecho explica gráficamente qué clase de hombre habia reemplazado al virtuoso y sábio varon, que mientras vivió fué una Providencia de aquel pueblo.

El nuevo misionero no celebraba misa más que los domingos, pero para esto era necesario que la noche anterior bebiera á última hora gran cantidad de aguardiente á fin de que le rindiera el sueño, y encontrarse al despertar en disposicion de hacerlo. Por lo demás, le importaba muy poco que sus feligreses asistieran ó no á este acto religioso, único que practicaba en toda la semana.

Su principal ocupacion, al despertar de las continuas orgías en que convertia sus comidas ordinarias, era el juego de naipes, en que le acompañaban de grado ó por fuerza todos los vecinos del pueblo, á los que prestaba dinero cuando no lo tenían.

En los dias serenos la mesa del juego se establecia desde muy temprano en la ancha plaza del castillo, y era muy comun ver esta última, ocupada toda ella por indios de ambos sexos, que se entregaban á la más desenfrenada bacanal, mientras el padre ganaba, no siempre con buenas artes, el dinero á sus incautos neófitos.

Los padres misioneros, que en los pueblos de Costa-firme tenían todas las jurisdicciones, siendo árbitros de castigar y administrar á su antojo, siempre que enviaran á la capital la crecida capitacion de sus indios, eran elementos de moralidad, ó de desórden, segun sus naturales inclinaciones.

Por fortuna los malos ejemplos fueron escasos en América, pues en general, si los misioneros no dieron una civilizacion

sólida á los indígenas, á lo que estos se prestan poco con su carácter voluble y superficial, hicieron por lo ménos que estuvieran sujetos á las reglas de una sana moral, y á una acertada administracion, que pueden establecer en los pueblos tradiciones saludables para el porvenir.

El padre Diego, hombre de depravadas costumbres, veia más cómodo dejar á sus indios en entera libertad, permitiendo el contagio con los del exterior que les estaba prohibido sábiamente por sus reglas monásticas, por lo que al poco tiempo de su llegada habia desaparecido en la Colonia todo el método y arreglo moral y material, que estableciera su antecesor, ayudado por la familia de Solís.

Semejante á un cristalino arroyo, que en su curso recibe las inmundas aguas de una cloaca, que enturbia su límpido cristal, así los indios de la Colonia enturbiaron sus puras costumbres con el contagio de los salvajes exteriores, que acudieron en tropel para gozar el paraíso que habian admirado y codiciado antes, y que no podían

conservar sino con la práctica de las virtudes.

Ignorantes y supersticiosos los indios, como todos los pueblos primitivos, cuando llegan á adquirir los hábitos de una religion, por muy moral que ésta sea, caen fácilmente en un fanatismo estúpido, dando culto idólatra al sacerdote, cuando éste, careciendo de sólida virtud, no sabe, ó no quiere conducirlos por verdadero camino para explotar su sencilla credulidad.

Por esta razon el padre Sevilla tenia una influencia ciega con los indios jóvenes de la Colonia y sus contornos, y fué peligroso é impotente que el cacique Pancho intentara, ayudado por algunos buenos ancianos, oponerse al torrente desolador que habia invadido su pueblo, porque sin conseguir nada se expusieron á ser arrojados y destruidos por el irresistible poder del misionero.

Despues de haber intentado infructuosamente Panchito contener á sus paisanos en los justos límites de la virtud, se habia quedado á su pesar en el pasivo papel en

que estaban todos los demás caciques de Costa-firme, que prudentes ó débiles no pudieron resistir la influencia de los invasores.

Los pintorescos y bien perfilados límites de cada habitacion y sus jardines desaparecieron casi por completo en el pueblo, quedando solo una agrupacion de ranchos sucios y desordenados, donde antes era todo simetría matemática y limpio arreglo. Tal es la fuerza corruptora de una mala administracion, y de una dañada influencia en la suerte de los pueblos.

No dejó tambien de influir en estas desdichas el carácter indolente y apático de los indios de la Colonia, que á pesar de su educacion pasada no podian prescindir de ser en esto semejantes á sus demás paisanos.

Hubo algunos que protestaron noblemente contra las corruptoras costumbres, pero á estos los trató el misionero como rebeldes, y no pocos de ellos fueron castigados y azotados en la plaza pública.

Tales castigos despóticos intimaron á los

*Historia de los Misioneros
Juan Rivera; Pg. 298*

más valientes que se vieron obligados á emigrar, ó á sufrir sumisos las innovaciones, que halagaban á la mayoría de los indios, afectos por instinto á la holganza y á la disolucion.

Panchito, habituado á respetar á los sacerdotes casi con indolatría, lamentaba aquellos desórdenes, pero el hábil misio-nero procuraba halagarle, engañando su bondadosa voluntad con promesas mentidas de próximo remedio, cuando pasaran las difíciles circunstancias en que se encontraba todo el país.

En efecto, la terrible diosa Belona corria ya incendiando con su destructora tea los campos de Venezuela al grito de independencia, y esto no dejaba de ser un motivo poderoso para excitar los desórdenes de la Colonia.

Los indios caribes, partidarios declarados y resueltos de la causa de España, eran halagados y contemplados por los misioneros, que hicieron de la defensa de los intereses españoles guerra de religion.

Es verdad que los republicanos tuvieron

por de esta Biblioteca

parrofo 3.

en un principio de su gloriosa campaña, el poco tino de mancharse con la sangre de algunos misioneros, lo cual les divorció con ellos, siéndoles en lo sucesivo muy perjudicial su gran influencia con los indios.

II.

Diremos algunas palabras respecto de la revolucion de Venezuela, siquiera por lo que se relaciona con nuestra verídica historia.

La revolucion francesa de 1793 causó desde luego una sensacion extraordinaria en todo el territorio de Costa-firme y en especial en Caracas, donde existia una juventud rica, ilustrada y poderosa, mucha de la que se habia educado en Francia, contaminándose de sus ideas innovadoras.

Un caraqueño notable habia figurado en aquella sangrienta revolucion; D. Francisco Miranda, convencional furibundo, y despues general ilustre de los ejércitos de la republica francesa.

Este hombre extraordinario, que tenia una aureola de gloria, y una influencia poderosa entre sus paisanos, mantenía desde Londres, donde estaba emigrado, una activa propaganda con los jóvenes de Caracas, á cuyo frente se encontraban el Marqués del Toro y D. Simon Bolívar, tan peligrosos por sus grandes riquezas y noble cuna, como por su desmedida ambición.

El primer relámpago de la tormenta revolucionaria de Venezuela, y que puede decirse fué también el primero en toda la América española, lució en 1806 en las costas de Ocumare, donde aportó el general Miranda con una fragata y dos corbetas.

Este chispazo peligroso fué sin embargo fácilmente apagado, porque algunos buques de guerra salidos de Puerto-Cabello, apresaron los dos bageles menores, ahorrando á todos sus tripulantes, librándose sólo la fragata que pudo arribar al puerto de Coro.

Miranda con el resto de su gente, sorprendió á esta última ciudad, sin resultado

tampoco favorable para su causa, porque el comandante de la provincia con algunos indios, le derrotó con pérdidas considerables, obligándole á reembarcarse en completa dispersion.

Esta expedicion, aunque desgraciada, fué la primera semilla revolucionaria que cayó en el suelo de la América española, y que muy pronto habia de brotar poderosa.

Más tarde la noticia de la inícuca invasion de la Península por los ejércitos franceses en 1808, sublevó el ánimo de todos los buenos españoles de Venezuela. De acuerdo las autoridades y el pueblo instituyeron en Caracas una junta, que los realistas llamaron defensora de los derechos de Fernando VII, y los revolucionarios democrática. Estos últimos, y en especial su jefe Bolivar siguieron conspirando y reuniéndose al descubierto con la tolerancia del incauto capitan general D. Vicente Emparan, á quien halagaban con la idea de sostener su patriotismo contra los franceses, trabajando ellos en el fondo para preparar su anhelada independendencia.

La llegada á Caracas el 18 de Abril de 1810, de Villavicencio y Montufar, comisionados por la Regencia del Reino para pacificar el primero el vireynato de Nueva Granada, y el segundo el de Quito, fué la mecha que hizo reventar la mina revolucionaria, que venía cargada de antiguo, con notable perseverancia.

A los gritos de viva Fernando VII, que engañaron por el pronto á los entusiasmados realistas, el pueblo amotinado y dirigido por Bolívar y otros nobles principales de gran influencia por sus muchas riquezas, obligó á renunciar al cándido capitán general en una junta revolucionaria, que á poco de nombrada arrojó la máscara con que se encubría.

Como primera medida esta junta tomó tres millones de pesos fuertes que había en el Tesoro, con cuyo favorable auxilio dió grandes fiestas al pueblo; mandando emisarios por todo el territorio de Venezuela, que lograron felices resultados en todas partes, menos en Coro, Puerto-Rico, Barcelona, Guayana y otros puntos, que se

opusieron al movimiento revolucionario.

No seguiremos los pasos de la guerra asoladora y fratricida que empezó á ensangrentar con todos sus furores el territorio de Venezuela, porque esto no cumple á nuestro propósito, y daremos sólo algunos pormenores necesarios. La junta suprema reunió un Congreso, que encubierto y vacilante se inició con los principios democráticos de las Cortes de Cádiz, y concluyó por declarar la independencia de la madre patria, haciendo una constitucion á semejanza de la de los Estados-Unidos.

Hubo en este primer período revolucionario un hecho notable, que demuestra la índole del movimiento radical que se habia iniciado en Venezuela, y lo poco práctico y nada predispuesto que se encontraba su pueblo.

Un terrible terremoto que ocurrió el 26 de Marzo de 1812, y que destruyó casi por completo las poblaciones de San Felipe, Barquisimeto, Mérida, la Guaira, Maiquetia, Chacao y Caracas, fué atribuido con toda candidez por los pueblos consternados

á las iras del cielo por la pasada revolucion.

Se exageró tanto esto, que en Caracas algunos frailes y canónigos de los más comprometidos, pidieron arrodillados en la plaza pública perdon á Fernando VII por los agravios que le habian hecho, escuchándoles todo el pueblo prosternado, y poseido del mayor terror y arrepentimiento.

Pareció justificar en cierto modo esta fanática preocupacion del sencillo pueblo, el que dió la extraña casualidad que el terremoto respetó solo la estatua ecuestre de dicho Rey, que dominaba sobre todas las ruinas de la ciudad, como si fuera el génio vengador de España.

Sin embargo, la gran reaccion fanática que produjeron en todas partes estos hechos tan sencillos, no hubiera sido bastante para dar el primer golpe mortal á la naciente república, si uno de sus hijos más predilectos, su más ardiente propagandista, el que sin duda con su terrible nombre la habia creado, no la hubiera hecho traicion.

D. Francisco Miranda, el fogoso jacobino de la Convencion francesa, á quien trajo Bolivar de Lóndres, y la república de Venezuela le nombró en su gran apuro generalísimo de sus ejércitos, entregó estos á las tropas reales el 24 de Julio de 1812.

Como siempre sucede, no logró el premio de su mal proceder, porque fué preso y presentado por sus mismos compañeros á los realistas, los que le enviaron á Cádiz, donde á poco sucumbió miserable por la fuerza de su fatal espiacion.

Parecia que con la gran reaccion que se verificó en los ánimos desengañados, con la prision en Cádiz de Miranda y ocho de los principales corifeos, y con el destierro á Curazao de Bolivar, Rivas y otros, habia quedado arraigada para siempre en Venezuela la autoridad real, pero no sucedió así por la ley inmutable de la naturaleza. Los venezolanos habian echado su primer vuelo, y visto que se podian sostener en el aire con sus propias alas, y como los polluelos del águila, ansiaban dejar el nido para hacer vida independiente en los espa-

cios de las naciones libres y civilizadas.

No seguiremos esas terribles campañas de 1813 y 14, en que desde el pacto feroz de Briceño en Cartagena, se hizo en Venezuela una guerra sin cuartel entre republicanos y realistas, y que produjeron las hecatombes de Caracas, Puerto-Cabello, Calabozo, Barquisimeto, San Márcos, Cura, Macuto, San Mateo, La Puerta, La Cabrera, Maturin y otras muchas, en las que se degollaron centenares de hombres valientes é ilustres de uno y otro bando, haciendo prodigios de heroismo los Bolívar, los Paez, los Yañez, los Bóves y tantos otros.

Con la matanza sobre todo de Maturin, en cuyo punto se encontraba lo más notable é ilustre de la república, pareció que ésta quedó ahogada para siempre en un lago de sangre, y así hubiera sucedido por mucho tiempo, si los mismos españoles no la hubieran dado nueva vida en 1815 con sus atropellos, torpezas y errores.

A la llegada del general Morillo con su ejército expedicionario á las playas de Ve-

nezuela, reinaba en ésta cierta paz y tranquilidad, habiéndose aquietado los republicanos por el sólo esfuerzo de los fieles indios y demás recursos propios del país, encontrándose fugitivos los pocos rebeldes que sobrevivieran á tan horribles matanzas.

No registra la historia más insigne torpeza, que la que cometieron á porfía estos expedicionarios, como si quisieran auxiliar la independencia en vez de combatirla. Su primera disposicion fué mandar disolver todos los cuerpos indígenas, de los que dijo uno de los generales expedicionarios con el mayor desprecio, *si estos son los vencedores cómo serían los vencidos*. Fueron despedidos ignominiosamente los valientes zambos y mulatos cubiertos de cicatrices, los intrépidos llaneros, y que habían formado ligeros cuerpos de caballería invencibles, y hasta el bizarro regimiento de la Corona, compuesto solo de americanos, que tanto estimaba el valiente y malogrado Bóves. No escaseaban los expedicionarios, jefes y soldados, su desprecio y humillacio-

nes á los heroicos defensores de la ingrata madre pátria, por el solo delito de haber nacido en Venezuela.

Esta torpe conducta no pudo ménos de causar sus efectos desastrosos. José Antonio Paez, que habia militado con heroismo á las órdenes de Yañez, que le dió el empleo de capitan en el mismo campo de batalla por sus ilustres hechos, fué el primero que lanzó, seguido de otros muchos oficiales beneméritos, el grito de indignacion, y bien pronto al frente de un formidable cuerpo de llaneros de caballería fué el terror de los ingratos realistas.

Los oficiales, que más se habian distinguido por su lealtad en la pasada campaña, fueron metidos en un *presidio correccional* que se creó al efecto, ó enviados á España sin otro delito que ser venezolanos.

Hemos hecho esta ligera aunque dolorosa indicacion; por lo que se relacionan sus incidencias con nuestra verídica historia.

III.

Cuando la Colonia de Santa María respiraba orden y felicidad porque vivian sus providencias el padre Andujar y Solís, habia construido este último, en un sitio delicioso inmediato á la poblacion, una casita de campo, la cual servia de albergue á los guardas indios que tenia dedicados á cuidar un numeroso hato de ganado vacuno de su propiedad.

En esta casita, Solís se habia reservado algunas habitaciones, donde gustaba pasar con su familia largas temporadas de los meses calurosos, porque su proximidad al rio Caura, la daba una temperatura fresca y amenísima.

Era un sitio apartado y agradable, donde Benita se refugió con su hijo, cuando las desdichas de la Colonia hicieron impotente su mision caritativa, y cuando su propia desgracia la privó del esposo amado, sin el que no podia vivir.

En su invencible tristeza, aquellas sole-

dades magníficas y agrestes, eran para la pobre madre de un consuelo supremo, mucho más cuando despues su hijo Benito tuvo que dejarla con frecuencia para acudir á distintos puntos donde le llamaba su carrera militar, que el jóven habia emprendido, obedeciendo á los deseos de su padre, ardiente partidario de España.

Pancho y su familia venian con frecuencia á pasar muchos dias con su antigua ama, pero la pobre solitaria no encontraba distraccion sino en la presencia de su hijo, que con solícito cariño procuraba estar á su lado todo el tiempo de que podia disponer.

José Benito era un arrogante mozo de una belleza tal vez extremada é interesante, cuyos delicados rasgos hacia sin embargo varoniles su barba negra y espesa, y su mirada fija é intrépida. Su fisonomía movible y expresiva inspiraba una simpatía involuntaria, la que justificaba con su carácter ardiente y caballeresco, con su génio alegre y gracioso, y con su corazón sencillo y bello como el de un niño.

Aquel dulce rostro que tenia mucha semejanza con el de su madre, causaba sin embargo espanto irresistible, cuando estaba alterado por irritadas pasiones, porque el jóven era fiero y valiente como un leon, y no dejaba impune un insulto á su honra ó á su decoro.

Por tan encontradas cualidades, que le hacian ser querido y respetado, conocian al jóven en el país con el sobrenombre de *agridulce*.

Cuando empezó la guerra civil de Venezuela, el gobernador de Angostura, que lo era el coronel D. José Chastre, padrino y pariente inmediato de Benito por su madre, conociendo sus brillantes condiciones, le confió el mando de la segunda comandancia de la provincia, con jurisdiccion política y militar.

Esta comandancia, cuya capital era la ciudad de la Real Corona de Moytaco, situada en las márgenes del Orinoco, comprendia todo el territorio que se encuentra desde el rio Orocopiche al Caura; por consiguiente la Colonia de Santa María y

sus terrenos adyacentes pertenecian á su jurisdiccion.

Las grandes ocupaciones que le producian este difícil mando, estando rodeado de enemigos en las provincias limítrofes, privaban á Benito del gusto de estar al lado de su querida madre todo el tiempo que deseaba su amor filial.

Estas largas ausencias eran intolerables para la pobre Benita, y más cuando tuvo noticias que su hijo habia marchado apresuradamente con toda su gente á la ciudad de Angostura, llamado por el gobernador, para resistir á una escuadra enemiga de treinta y tres buques, que se habia presentado á la vista del puerto, procedente de Cumaná.

La pobre madre creyó perdido ya á su hijo y un cruel presentimiento parecia anunciarla que no volvería á verlo. Cayó en una postracion de ánimo tan grande, que perdió la accion hasta de tomar el preciso sustento, sin que sus amigos pudieran desvanecer la infundada preocupacion en que se encontraba.

Por más que Estrella quiso llevársela al pueblo de Santa María para que al lado de sus hijos y de Pancho se consolára y distrajese, no pudo sacarla de su retiro.

Una noche que por desgracia se encontraba la pobre Benita poseída de su excitación nerviosa que la consumía lentamente, sintió ruido de hombres al rededor de la casa, y creyendo en su locura maternal que llegaba su hijo querido, saltó de la cama antes que Estrella y sus criadas lo advirtieran, y se lanzó al campo envuelta en las ropas de su cama.

Los que hacían el ruido, que eran indios de una partida republicana, que acababa de pasar el río en silencio para sorprender al pueblo de Santa María, donde sabían que habían de encontrar grandes recursos, se asustaron al ver salir de la casa aquella especie de fantasma envuelta en sábanas, y aunque algunos huyeron espantados, otros más osados la hicieron un descarga, de la que la pobre Benita cayó muerta instantáneamente.

El jefe que mandaba aquella partida,

que era D. Andrés Chastre, hijo del gobernador de Angostura y sobrino carnal de la desgraciada Benita, quedó horrorizado de semejante catástrofe, que contrariaba sus planes, y en su furor quiso fusilar á los cobardes asesinos de su tia, pero Pancho, alarmado por los tiros, les iba á dar ocupacion más seria.

El valiente cacique, creyendo en peligro á su antigua y respetable ama, bajaba á todo correr en su socorro, seguido de doscientos indios caribes, sin sospechar lo tardío de su auxilio, porque la desgraciada madre habia dejado de padecer, cuando en su delirio creia abrazar á su amado hijo.

Los lamentos de Estrella, y los de las demás indias que tenia á su servicio, advirtieron á Pancho la terrible realidad.

El destacamento de indios que mandaba Chastre, era una avanzada del ejército republicano, que de las provincias de Caracas, Barinas, Barcelona, y Cumaná, acudió como una avalancha, sorprendiendo á los realistas con lo rápido de sus movi-

mientos para emprender el sitio memorable de la ciudad de Angostura, que resistió heroicamente todo el año 1811 con un puñado de valientes.

Chastre que conocia el terreno, recibió el encargo especial de caer con cuatrocientos hombres sobre el pueblo de Santa María, que tenia fama de rico, y sobre las ciudades de Real Corona y Borbon, en cuyos puntos debia recoger abundantes provisiones, que tanto necesitaba el ejército republicano.

La llegada repentina del cacique Pancho, sorprendió al destacamento de Chastre, que no esperaba aquel brusco ataque, encontrándose en aquel momento su gente medio dormida y rendida de cansancio, sin escuchar las reconvenciones de su enfurecido jefe.

Chastre acaso esperaba en esta expedicion atraerse á su primo Benito á su partido, contando tal vez con la misma influencia de su madre, pero aquella inesperada catástrofe ponía entre ellos un arroyo de sangre.

Así es que su furor no tenía límites, solo por estas interesadas consideraciones, y ya iba á derribar con su sable á dos ó tres miserables indios, cuando la columna de los caribes cayó sobre todos ellos como el rayo.

Aunque la luna no alumbraba entonces la escena, como si hubiera previsto los horrores que iban á suceder, era una noche clara y serena de los trópicos, en que las lucientes estrellas parecen mirar á la tierra con sus innumerables ojos de fuego, dándola una claridad fosfórica, propia de cuadros infernales.

Los indios caribes con sus cuerpos pintados de encarnado y armados de terribles hachas, debieron parecer á los soñolientos y sorprendidos republicanos, sombras fantásticas de una horrible pesadilla; así es que su despertar fué un grito inmenso de agonía, y la sola resistencia, que en su pavor supersticioso pudieron oponerles, aunque todos eran valientes llaneros.

Sucedió entonces una escena horrible en que sólo se oían los hachazos de los caribes, y los gritos y lamentos de sus aterrados

contrarios, que huían por todas partes en revuelta confusion, como una manada de reses para ir á encontrar siempre la muerte. Ni uno solo de aquellos desgraciados salvó la vida en aquella terrible noche, y solo Chastre, merced á su buen caballo, pudo librarse, dejando muerta á la hermana de su madre, para ir á buscar á sus partidarios que estaban sitiando á su mismo padre en la ciudad de Guayana.

¡Tal es la horrible ceguedad de las guerras civiles, en las que los hombres son mil veces peores que las fieras!

Cuando los lucientes ojos de la aurora aclararon aquel campo de desolacion, el cacique Pancho hubiera querido permanecer eternamente en la oscuridad para no ver á su triste ama y amiga convertida en un yerto cadáver en medio de los de sus asesinos.

Al convencerse de esto no tuvo límites la desesperacion y el dolor del pobre indio, achacándose la culpa de aquella desgracia por haber dejado sola á su querida señora, por más que estuviera al cuidado y la

acompañára con otras indias su misma mujer.

Esta última, no ménos sentida y traspasada de dolor, no podia explicarse cómo pudo escaparse de la cama su pobre señora sin ser sentida de todas ellas, que no la dejaban un solo momento. Es que la fatalidad facilita siempre la consumacion de la desgracia, por más cuidado que haya en prevenirla, y la pobre Benita, como toda su familia, tenia un sino fatal.

Pancho y todas aquellas indias dieron honrosa sepultura al pobre cuerpo de su ama querida, regando su tumba con su copioso y ardiente llanto.

Los demás cuerpos de sus asesinos los dejó el cacique abandonados en el campo para que fueran pasto de las fieras y de las aves de rapiña, que no tardaron en cebarse en tan horrible festin. Muchos años despues se descubrian todavía sus huesos lavados por el tiempo en aquellos campos, como monumento terrible de espiacion y de la venganza del cacique.

José Benito se encontraba en aquel en-

tonces en Angostura cumpliendo con valor y caballeridad los deberes de su encargo, bien ageno de la terrible desgracia que le habia privado de su querida madre, el único ser á quien dedicaba toda su idolatría.

Hacia dias que no tenia noticias de ella, pero lo atribuia, para consolarse, á que la plaza estaba estrechamente bloqueada por los republicanos, y no habría podido llegar el mensajero que esperaba. Tuvo intenciones, en la inquietud de que no podia prescindir, de salir disfrazado y con riesgo de su vida para adquirir tales noticias, que esta vez le traian tan sobresaltado sin conocer la causa, pero semejante salida podia tomarse por desercion delante del enemigo, y su exagerado honor no le permitia tal duda por infundada que fuera.

Cuando más preocupado y alarmado se encontraba un dia en su casa, su asistente le anunció que un desconocido deseaba hablarle. Lleno de ansiedad le mandó entrar, creyendo que le traerían las noticias que esperaba con tanta ansiedad.

El desconocido era su mismo primo An-

drés Chastre, disfrazado de llanero, en cuya fisonomía se pintaba la mayor desolacion.

—¡Tú aquí, primo, exclamó Benito, tendiéndole los brazos.

Andrés, lejos de corresponder á la muestra cariñosa de su primo, dió un paso atrás, con ademán de terror.

—Antes de corresponder á tu cariño, primo mio, tienes que perdonarme un crimen horrible, que me oprime el corazon como un yunque.

—Habla, por Dios, Andrés, dijo Solís, que me tienes en un momento de ansiedad terrible.

—Tu madre, mi idolatrada tia Benita.....

—Ah, tú me traes noticias tuyas.....

—Bien horrorosas por cierto, primo mio.

—¡Dios mio, ha muerto! exclamó Benito, oprimiendo frenético su cabeza, que parecia próxima á estallar.

—Desgraciadamente, Benito; pero ha muerto asesinada.

—¡Quién ha cometido este horrible crimen con la más santa de las mujeres! Ha-

bla, primo, que deseo beber toda la sangre de los asesinos.

—Bien lo han espiado, que á todos ha exterminado tu antiguo criado Pancho Solís. Cuatrocientos llaneros que yo mandaba han pagado con su muerte este crimen horrible.

—¿Cómo, tú los mandabas, miserable, y has permitido que asesináran á mi pobre madre? ¿Vienes á gozarte en tu obra, ó vienes acaso á matar tambien á tu padre, que como leal se encuentra en este campo del honor? Huye, desgraciado, de mi presencia, si no quieres que yo me manche tambien con la sangre de mi familia.

—Quítame esta vida que me es odiosa, primo mio, si no he de poder conservar tu estimacion y cariño.

—El asesino de mi madre será siempre mi mayor enemigo.

—Ya sabes, primo mio, que yo queria y respetaba á tu pobre madre tanto como á la mia. Pues bien, tambien sabes te he dicho muchas veces que yo no podia estar en un bando contrario al tuyo. Iba á verte

al pueblo de Santa María para proponerte que te vinieras conmigo, ó quedarme yo contigo, cuando al pasar por tu casa de campo en que de niños tanto hemos jugado juntos, vieron mis soldados salir de ella en medio de la oscuridad de la noche una mujer envuelta en sábanas, que llamaba á gritos á su hijo.

—Pobre madre mia, exclamó el desgraciado jóven derrramando un torrente de lágrimas.

—Pues bien, aquellos miserables la creyeron un fantasma, y en su estúpido terror la hicieron una descarga antes que yo pudiera siquiera enterarme. Todos los testigos de aquella terrible escena han muerto ménos yo, y ya te he dicho que no podré seguir viviendo, si no me libras del extraño malestar que me ha producido esta catástrofe.

—Nunca podré olvidar que tu gente mató á mi madre.

—Primo mio, ese será mi eterno tormento. He corrido mil riesgos para entrar en la plaza, y ahora mismo no sé si me

fusilarán estando dentro de ella; pero todo lo desprecio, ménos tu estimacion y cariño. Si lo exiges, Benito, hasta abandonaré mis compromisos y me quedaré con los tuyos.

—Entre nosotros ha concluido todo, Andrés, por la ley de la fatalidad.—Si tu te quedas en la plaza, en lo cual harás bien porque estarás al lado de tu padre, y de tu deber, me obligarás á marcharme al campo republicano, aunque deserte y falte á mi honor, porque tu presencia me hace un daño horrible.

José Benito, entregado á la intensidad de su pena, olvidó bien pronto hasta la presencia de su primo, que siguió hablándole sin escucharle.

Si no hubiera estado tan preocupado con su terrible desgracia, hubiera notado que á su primo no le habia impulsado solo darle una generosa satisfaccion al venir con peligro á la plaza.

Mientras el comandante ocultaba su cabeza entre las manos en la fuerza de su honda pena, no estuvo aquel traidor ocio-

so un momento, leyendo con el mayor interés todos los papeles importantes que habia sobre la mesa, y guardándose algunos.

Andrés Chastre era un ser egoísta y sagaz republicano, que todo lo posponia al triunfo de su idea política, como esta tambien la supeditaba á su interés particular.

Aunque deseaba dar explicaciones á su familia respecto de la muerte de su tia, para que no se la atribuyeran, por mandar la partida que la realizó, sentia más aún perder la amistad de su primo Solís, cuya influencia podia ser muy útil á su causa y á sus miras particulares.

Mucho rato hacia que ámbos jóvenes continuaban en la misma posicion, desahogando Benito en sollozos su honda pena, abstraído completamente del mundo, y Andrés investigando con su política rastrera lo que podia serle útil, cuando el primero abrió de repente sus ojos, y mirando á su primo con furor mal reprimido le dijo:

—¿Aún está V. aquí?

—¿No es posible, primo mio, que seas razonable?

—Le he dicho que no quiero verle más en mi vida.

—Pues bien, dáme un salvo-conducto para que pueda salir de la plaza.

El comandante cogió con ira un papel, y escribió en él varios renglones que entregó á Chastre.

—Márchate pronto, desgraciado, porque no puedo ya contenerme.

El republicano se alejó pareciendo contrariado, y su primo se entregó á su intenso dolor, dando órdenes terminantes para permanecer incomunicado.

Cuando hacia muchas horas que encontraba en la soledad ese consuelo de los desgraciados, llamaron con fuerza á la puerta de la habitacion, y al abrir el comandante se encontró admirado con el mismo Andrés Chastre, á quien conducia preso un sargento veterano de la plaza.

—Mi comandante, dijo este último cuadrándose, con el permiso de su merced, he visto salir de aquí á este pájaro de mal agüero, y le he seguido á todas partes. Se conoce que es algo curioso, porque ha re-

corrido toda la ciudad tomando apuntes de las fortificaciones y de las tropas. Le he echado el lazo cuando iba á volar, y como me ha enseñado un salvo-conducto de su merced, á quien quiero y respeto, se lo traigo para saber si lo meto en la jaula, ó qué hago con él.

—¡Miserable! dijo el comandante en voz bajo á su primo.

—Cumpla V. la consigna de mi pase, sargento, y déjelo marchar.

—A la órden mi comandante, respondió el veterano, saludando y retirándose.

Chastre siguió al sargento todo confuso, sin atreverse á mirar á su primo, cuya accion noble y generosa admiraba, no siendo él capaz de imitarla.

IV.

Ha concluido el año de 1812, término de la campaña de Venezuela, en que los españoles quedaron dueños del campo con la

entrega de Miranda y la completa derrota de los ejércitos republicanos.

La heroica Guayana habia hecho prisioneros el 19 de Marzo á los treinta y tres buques que la sitiaban, y sus tripulaciones unidas á las tropas de la guarnicion obligaron á rendirse á discrecion al ejército enemigo, escapándose solo los generales y jefes.

Benito, despues de haber estado con sus fieles amigos en Santa María, llorando juntos la desastrosa muerte de su inolvidable madre, volvió á la ciudad de Guayana, y solicitó marchar á una comision difícil y peligrosa á la de Barinas. Era esta comision hacer que pagáran los pueblos de aquella provincia, recien pacificados, los grandes atrasos que adeudaban de su contingente para las tropas de Venezuela.

El jóven Solís estaba hastiado de la vida, viéndose desamparado de su querida madre, y deseaba un peligro cualquiera que le librára del peso de su tristeza.

Despues de haber atravesado los cauda-

losos rios Orinoco, Apure y Santo Domingo, cuya navegacion es tan penosa á causa de sus violentas corrientes, y sin fijarse en los deliciosos panoramas que al paso se descubren, desembarcó por fin en Torunos, que dista cinco leguas de Barinas, á donde llegó sin contratiempo con cuatrocientos indios caribes de su batallon que le escoltaban.

La ciudad de Barinas, capital de la antigua provincia de este nombre, situada en los últimos confines de Venezuela, tiene una posicion pintoresca y deliciosa en el valle formado por los altos montes llamados Andes Orientales, que la separan de la Nueva Granada. Colocada la poblacion en una extensa llanura á las márgenes del Santo Domingo, muchos canales de este precioso rio la cruzan y surten de agua potablé, yendo á regar sus sobrantes á innumerables huertas y jardines, que existen en sus contornos.

En la época á que nos referimos era esta ciudad muy populosa, con grandes y limpias calles. Mantenía un comercio impor-

tante con Guayana, Caracas y otros puntos, lo que la producía grandes riquezas que por desgracia sus dueños despilfarraban en lujo inmoderado y en costumbres licenciosas, y sobre todo en el juego que practicaban sin recato. Las señoras en especial eran tan aficionadas á este último vicio, que en las tertulias no había otra distracción, y se deshacían de sus mejores joyas para tener con que jugar.

El juego suele decirse que es el padre de todos los vicios, y en efecto, el dinero adquirido por este medio reprobado, y el que se desea adquirir para el mismo, produce casi siempre los efectos más perniciosos. Así era que en la ciudad de Barinas, en que predominaba libremente esta fatal inclinación, reinaban las costumbres más licenciosas en hombres y mujeres.

Benito, á su llegada á la población, se alojó en casa de D. Manuel Gonzalez, rico comerciante en pieles, con el que había tenido su familia antiguas relaciones de amistad y de comercio.

Este señor, algo entrado en años, era de

un carácter dulce y bondadoso, y no se trataba con sus convecinos más que lo preciso para su comercio. Repugnaba á sus buenas costumbres y á la rigidez de sus principios la sociedad licenciosa de la ciudad, por lo que hacia una vida retirada en compañía de su hermana Dolores de iguales gustos y edad.

Estaban los Gonzalez muy agradecidos al padre de Benito, así es que ámbos hermanos le recibieron con el mayor agasajo y simpatía, que se aumentó con la involuntaria tristeza del jóven.

Los dos hermanos, que eran alegres de carácter, y estaban compadecidos de la melancolía excesiva de su pupilo, se propusieron distraerlo haciendo concurrir á su casa algunos antiguos amigos suyos, que eran demasiado formales para conseguirlo.

Benito habia visitado á su llegada á la familia del gobernador, y habia asistido tambien varias noches á las reuniones que daba su señora, persona muy fina y amable.

Pero su natural tristeza sentaba mal en aquella alegre tertulia, en que concurría lo principal de la ciudad, y en que se bailaba, y sobre todo se jugaba mucho, cosas que le repugnaban, lo primero por el estado de su ánimo, y lo segundo por sus severas costumbres.

A las mujeres hermosas que concurrían á estas reuniones, gustó desde luego mucho el jóven y bizarro comandante, pero se dieron pronto por sentidas, cuando, despues de haber agotado sus *recursos*, permanecía aquel insensible á sus gracias, sin rendirlas sus galantes homenajes.

Y no era que el jóven militar fuera por carácter uraño ni ménos descortés, sino que descubria en aquellas mujeres una coquetería, y unas tendencias inmorales, que no cuadraban á los puros y severos sentimientos de su alma.

Seguia con finura y educacion sus frívolas conversaciones, pero concluía por cansarse de este juego social, que nada dice al corazon ni á la cabeza, tanto más que

su humor triste le animaba poco ó nada en aquella ocasion.

Las jóvenes, que se creian desairadas, concluyeron por tirarle esas flechas de buen tono, hijas de su despecho, las que un hombre de mundo estima en lo que se merecen, pero que aburren é irritan á los que como Benito no han cursado mucho la escuela social.

Así es que concluyó por asistir pocas noches más á estas reuniones, prefiriendo la compañía de sus patrones, que si no era tan animada, tenia más fondo de verdad.

Aburrido deseaba ya que el intendente de la provincia le entregase cuanto antes los fondos que habia de conducir á la ciudad de Angostura, para volverse pronto á esta, así como antes habia solicitado abandonarla para distraerse de sus penas.

Su malestar le hacia buscar remedio en la variacion de lugares, sin pensar que á todas partes llevaba consigo la herida de su alma.

Los oficiales subalternos que habia trai-

do eran gente ruda y de escasa educacion, con los que no alternaba más que para las atenciones del servicio.

Aunque en la ciudad existian muchos ardientes republicanos, daban estos poco que hacer á la fuerza armada, escarmen-
tados con los sangrientos castigos que habian recibido en todas partes.

Un dia la patrona del jóven, que llena de buen deseo se esforzaba en distraer su melancolía y aburrimiento, le dijo muy contenta:

—Esta noche, D. Benito, va V. á tener en casa la muchacha más linda y más buena de la ciudad. Tendrá V. muy mal gusto si esta niña no le trastorna la cabeza.

—¿Cómo ha sido eso, Dolores? preguntó indiferente el jóven.

—Mi hermano y yo, que siempre estamos discurriendo cómo disipamos sus tristezas, sin conseguir nada, nos hemos encontrado esta mañana sin pensarlo, con que vino á vernos una señora viuda que apenas conocemos, que tiene una hija llama-

da Teresa, que es una perla. Esta señora conoce á V. de vista y sabe como toda la ciudad la gran tristeza que le aqueja. Pues bien, ha sido tan buena que me ha ofrecido venir aquí alguna noche con su hermosa hija, á ver si entre todos conseguimos distraerle.—Ya verá V. qué alhaja es la tal niña.—Más alegre que un jilguero, y más inocente y hermosa que un angel del cielo.

—Agradezco á V. el trabajo que por mí se toma, y la prometo hacer el amor á su amiguita.

—Por supuesto con buena intencion, porque es una niña muy honrada, y sentiría que fuera á padecer por mi culpa.

—No tenga V. cuidado, patroncita, que ya conoce V. mi modo de pensar en este punto.

—Por eso no he vacilado en proponerla esta inocente distraccion, contando tambien que la Doña Luisa, madre de la niña, aunque vieja, es lo más animada y divertida del mundo.

V.

Los compasivos deseos de los patrones de Benito, y sus generosos esfuerzos para que éste se distrajera de la pena y fastidio que sentia en aquella ciudad, tuvieron un éxito completo, pues le vemos sentado aquella noche al lado de la hermosa niña que le habian anunciado, á la que habla con gran interés, mientras ésta baja sus ojos poseída de emocion.

Los buenos hermanos Gonzalez se miran de vez en cuando, con satisfaccion y malicia, al notar el entusiasmo del joven comandante, y llenan de atenciones y obsequios á la mamá, á la que parece no la disgusta aquel juego.

En efecto, Benito nunca habia sentido una impresion tan seductora y deliciosa como la que le causó la presencia de aquella jóven, en cuya interesante fisonomía se descubria una bondad y dulzura, y en sus

palabras una sencillez y un ingénio, que le tenían trastornado en dulce arrobamiento, como si estuviera envuelto en la atmósfera y caricias de un ángel.

Teresita era una joven de apenas veinte años, en la que la naturaleza parecia haberse complacido, concediéndola todas sus perfecciones y encantos. El ideal más severo no habría rechazado como modelo estético aquella interesante figura, digna de una vírgen de Rafael, y aquel rostro de rosas en que parecían jugar todas las gracias.

La interesante niña merecia bien la favorable opinion que tenia en casa de Gonzalez, pues poseia sentimientos tan delicados y morales, que Benito escuchaba sus palabras con un arrobamiento que no ocultaba, resonando aquellas en su alma enagenada como una armonía celestial.

El visible trastorno que habia causado en el bizarro militar, halagaba no poco á la joven, pues era fama, salida sin duda de casa del Gobernador, que aquel no se dejaba vencer por ninguna impresion, y á

este triunfo un poco mundano, se unia la verdadera lástima que la inspiraba su tenaz tristeza.

Era muy disculpable en una mujer, aun de los severos principios de Teresa, que se dejase arrastrar por esta seductora corriente, en la que por su desgracia no llevaba el ánimo sereno, y se encontraba á su pesar envuelta y perdido el timon de su tranquilidad.

Los dos jóvenes, vírgenes ambos en el sentimiento del amor, se hallaron por primera vez en su camino de una manera providencial, porque no puede negarse la intervencion superior en estos encuentros que deciden de la felicidad de la vida, por más que parezcan casuales, y desde el primer momento se hablaron con esa elocuencia del alma que no alcanza ni el trato íntimo ni la confianza de muchos años.

—Siento en mí una cosa tan extraordinaria, decia Benito, que me parece he conocido á V. y la he tratado hace mucho tiempo. Sin duda ha sido V. el ángel en que los jóvenes soñamos en nuestras primeras

ilusiones, y yo la he visto otras muchas veces con los ojos de mi alma.

—Tal vez sea esa la explicacion de la simpatía que tambien me ha inspirado usted, dijo la jóven ruborizándose de su involuntaria confesion.

—Además, encuentro en V. una semejanza tan grande con mi madre querida, que al verla me parece he vuelto á recordarla.

—Esa idea despertará en V. penas que debe procurar disipar, porque además de ser nuestro exagerado sentimiento impotente para remediar las desgracias, ofendemos con él la voluntad Soberana que dispone de nuestros destinos en la tierra.

—El sentimiento es superior á esa justa reflexion, y solo los santos y los insensibles pueden tener tal conformidad en las desgracias, dijo el jóven.

—Tiene V. razon, D. Benito; pero dejemos esta triste conversacion que no puede ménos de renovar su profunda herida. Es V. algo rebelde, y siempre viene girando

con sus palabras sobre este mismo tema, que le mortifica, y que me ha prometido olvidar á mi lado.

—Lo que le aseguro, Teresita, es que hablándola olvido el mundo entero, y que en su mano está el hacerme el más feliz ó el más desgraciado de los hombres.

—Para eso es necesario ser dócil. ¿Ha estado V. esta tarde en paseo?

—Voy poco ó nada, pero iré si he de tener la dicha de encontrarla á V. en él.

—Mi madre con las ocupaciones de su casa puede salir pocas veces, y además yo soy poco aficionada á los paseos públicos, en que se lleva por estímulo el lucir un boato y un lujo que ni puedo ni deseo gastar.

En estos ó semejantes diálogos, que parecerían insulsos á un indiferente, pasaron ambos jóvenes aquella primera entrevista, que para ellos fué deliciosa, y dejó impreso en sus corazones un sentimiento que no podría borrarse en el resto de su vida, por ser el primero que habian alimentado.

La madre de la jóven, que se mostraba

muy deferente y atenta con Benito, permitió á éste acompañarlas cuando se retiraron á su casa, y al llegar se la ofreció con la mayor finura y amabilidad.

No dejó el comandante de ir las á hacer su visita de cumplido al dia siguiente, la cual se repitió varios dias seguidos, sin que esto estorbára que el jóven viera á su amada al balcon las muchas y frecuentes veces que paseaba su calle, y que además la escribiera todos los dias.

Parecia que Solís habia renacido á la vida, recobrando su jovial humor, lo que tenia locos de contentos á sus buenos patrones, que esperaban conservar en su compañía á su simpático amigo algun tiempo más.

En efecto, el comandante no hablaba ya de marcharse, por más que le hubieran confiado muchos miles de duros, que debia conducir á la ciudad de Guayana, y aunque le ofreció el intendente entregarle pronto el resto, léjos de darle prisa, sentia se le acabára el motivo de prolongar su comision.

Benito ocupaba en casa de sus patrones

un pabellon separado en el piso bajo, que tenia una puerta independiente de salida á la calle, de la que tenia la llave, y se servia de ella muchas noches para salir sin molestar á nadie.

Los buenos señores de Gonzalez, que sabian estas salidas de Solís y que pasaba muchas noches al pié de las rejas de su amada, sorprendiéndole el alba en sus apasionadas entrevistas, le hacian presente los graves peligros que corria, por estar la ciudad infestada de malhechores, que podrían asesinarlo para robarle por la fama de rico que tenia.

El jóven, que era valiente hasta la temeridad, se reia de estos pueriles temores, y no escaseaba las ocasiones en que poder hablar á su idolatrada Teresa, bien fuese de dia ó de noche, que todo el tiempo le parecia poco en su delirio amoroso.

Doña Luisa, la madre de Teresa, que en cierto modo habia facilitado estas relaciones, que serían tan favorables á su hija, si lograba casarla con el pundonoroso y brillante comandante, iba ya poco á casa de

sus patrones, sin duda porque habia conseguido el objeto que se propuso. Veia que el jóven militar estaba casi todo el dia al lado de su hija, á la que trataba con el mayor respeto y consideracion, y que hasta la habia indicado que iba á solicitar Real licencia para casarse.

Esto último pareció llenar todas las aspiraciones de la madre de la jóven, porque poseida de alegría fué á ver á su amiga Dolores Gonzalez, para enterarse de las condiciones de la familia de Solís, á la que aquella conocia mucho.

Nada bueno debió resultar de aquella entrevista para los jóvenes enamorados, porque Doña Luisa volvió muy triste y preocupada á su casa, y sin dar más explicaciones á Teresa la prohibió bruscamente que volviera á ver á su amante, bajo pena de llevársela de la poblacion en cuanto supiera faltaba á sus órdenes.

La pobre niña al recibir este cruel mandato perdió el conocimiento en una fuerte convulsion, y tuvieron que llevarla á la cama en muy mal estado.

Cuando el confiado y feliz Benito llegó como de costumbre á casa de su amada, la negra que servia de criada le negó la entrada, y le comunicó la orden terminante de su ama de romper con él toda clase de relaciones.

Puede suponerse la sorpresa que le causaría esta resolucion inesperada, que no atinaba á explicarse, y cuando intentó persuadir á la criada que le permitiera tener una entrevista con Doña Luisa, aquella cerró bruscamente la puerta, dejando al jóven poseido del mayor furor, por el desaire y el desengaño que se le hacia.

Hubo un momento que dieron intenciones á Benito de derribar aquella débil puerta que le impedía llegar á su felicidad, pero semejante atropello era indigno de su honor, y de las consideraciones que guardaba con aquella familia, que pretendia fuera la suya.

Se retiró de aquella casa con la muerte en el alma, sin saber en su trastorno por donde iba hasta que llegó á su habitacion.

En vano torturaba su imaginacion pen-

sando en qué podia haber faltado á la madre de su amada Teresa, porque respecto de esta última estaba tranquilo, por lo inocente y honrado de sus relaciones, en las que nada hallaba que pudiera acusarle.

Pensaba en la inconstancia de las mujeres, y que tal vez la madre y la hija habrían encontrado otro hombre que más les conviniese; pero esta idea, que le hacia un daño terrible, la desechó pensando en la vida retirada que hacian las dos mujeres, y en las pruebas de apasionado y desinteresado amor que recibiera en su casa.

Para insistir en esta cruel idea, era necesario suponer á Teresa un mónstruo de falsía y de ingratitud, y tenia sobradas pruebas de la nobleza de sus sentimientos.

No encontrando en su imaginacion ninguna explicacion fundada á su desgracia, la atribuyó á la fatal estrella que perseguia á él y á su familia, por lo que cayó en su melancolía pasada, renovando todas las heridas de su corazon.

Hay que confesar que el nuevo sentimiento ocupaba por completo todo su ser,

y la imágen seductora de Teresa era el único objeto de su desesperacion y de su tristeza.

Como hacia muchas horas que, encerrado en su cuarto, estaba Benito entregado á sus cavilaciones desconsoladoras, y la buena Dolores extrañase su ausencia, se permitió ésta entrar á verle con la confianza que acostumbraba.

A la pobre mujer la sorprendió las alarmantes señales de tristeza que descubria en su querido pupilo, y así, llena de interés, le preguntó la causa.

—¡Ay, Dolores, respondió el jóven, soy el más desgraciado de los hombres! Sin saber la causa me han negado hoy la entrada en casa de Teresa, por orden de su madre.

—Me extraña mucho eso, D. Benito, porque esta misma mañana ha venido Doña Luisa á verme, y me ha dicho que estaba muy contenta con V., y que deseaba fuera cuanto antes el marido de su hija.

—Eso me confunde aún más, patroncita.

—Estuvimos al principio hablando largo

rato de lo mucho que Vdes. se querian, y despues me extrañó, sin embargo, que al darle noticias de la familia de V. se inmutase de una manera visible, pidiéndome alterada muchas explicaciones, con las que recuerdo se retiró en efecto de muy mal humor.

—¿Qué podrá reprochar á mi familia, que es noble y de las primeras de Venezuela?—No debe ser esa la causa, y sin duda esa señora tiene otros motivos desconocidos para oponerse á nuestra felicidad.

—¿Y qué le importa á V. esos motivos, queriéndole su hija con idolatría?—Yo creí, D. Benito, que como militar tenia V. otros ánimos, y que no se rendia por la resistencia de la madre. —Tenga V. valor, y deseche esa tristeza impropia de un amante afortunado, que nada pueden los obstáculos extraños ante una voluntad firme y resuelta.

—Tiene V. razon, patroncita: lucharemos.

VI.

Muchos dias, y muchas noches rondó el jóven comandante la habitacion de su amada, que parecia un sepulcro, segun lo muda y silenciosa que permanecia á sus ardientes deseos.

Sus ventanas y balcones, herméticamente cerrados á todas horas, le habrían dicho que habia quedado deshabitada aquella casa en que se encerraba su alma, si no hubiera sorprendido alguna mañana á la criada negra, que salia á comprar provisiones.

En vano la habia seguido y tratado de seducir con halagos y promesas; aquella feroz negra le hacia el desprecio de no oirle siquiera, lo que en su orgullo toleraba por la fuerza de su amor.

Una noche, que más desesperado hacia su ordinaria ronda por la calle, le pareció distinguir un bulto blanco en un balcon de la casa,

Lleno de ansiedad corrió presuroso, y aunque era grande la oscuridad, distinguió sin embargo en aquella sombra con los ojos de su ansiedad, á la mujer que tanto amaba, y cuya ausencia concluía poco á poco con su existencia.

Su voz argentina, que pareció al jóven bajada del cielo, le confirmó en su feliz sorpresa.

—Estuve muy enferma, dijo la jóven con voz doliente, pero sólo con la muerte podré olvidarte.

—Dios te bendiga, Teresa mia, por el bien que me haces.

—No podemos hablar mucho, Benito, porque mi madre me ha dicho que me sacará fuera de la ciudad si sabe que te veo ó te escribo.

—¿Pero qué razon, bien mio, ha tenido para tanta crueldad?

—Eso mismo me pregunto yo, en mi dolor, sin que acierte con la causa.

—Yo no puedo, Teresa mia, vivir sin verte y hablarte.

—Pues aunque padezcamos, tienes que

sufrirlo por ahora, porque mayor sería nuestra desgracia si me lleváran donde no supiéramos el uno del otro.

—¿No podríamos valernos de tu criada para escribirnos?

—De ningun modo, Benito mio, porque ella es nuestro mayor enemigo. —Duerme al lado de mi cama, y ahora mismo he tenido que sorprender su sueño un momento para hablarte, porque me decia el corazon que estabas en la calle esperándome.

—Como lo estoy, bien mio, á todas horas, porque no puedo vivir lejos de tu lado.

—Ni yo tampoco, Benito mio, pero debemos tener precaucion y paciencia hasta que Dios se apiade de nosotros.

—Piensa en algun medio para salir de esta triste situacion.

—Mucho he discurrido sobre esto, y no encuentro otro recurso que el siguiente: Las tapias del jardin de mi casa dan al corral de un carpintero, que vive á sus espaldas, y si pudieras hacerte amigo de este hombre, quizás habría alguna vez ocasion de hablarnos y de escribirnos, por-

que mi madre no desconfía de este sitio, donde me deja en entera libertad.

—Me abres con esa idea un cielo de esperanza.

—A Dios, Benito mío, que oigo ruido, y temo despierte la negra y lo perdamos todo.

La joven se retiró veloz del balcón, dejando á su amante á oscuras sin la luz de sus ojos que alumbraba su alma.

La ardiente pasión del joven comandante, y el dinero que poseía, le hicieron al día siguiente dueño de la casa y de la voluntad del carpintero, que le indicó su amada.

Con el pretexto de que le hiciera dos baules de cedro, que pagó anticipados espléndidamente, y más que nada por ser aquel artesano un peninsular muy amante de su patria, de la que estaba recién llegado, entablaron ambos una estrecha amistad, en la que no pensaban perder ninguno de los dos.

Después de hablar largamente de los sucesos políticos que empezaban á encender

por todas partes el mal apagado fuego de la insurreccion, el buen carpintero enseñó á su nuevo amigo toda su pequeña casa, y al llegar al corral le preguntó Solís, con aire que aparentaba indiferencia, á donde caian aquellas tapias.

—Esas, le respondió el artesano, corresponden al jardin de una casa, en la que habita una señora viuda que tiene una hija, la jóven más hermosa de la ciudad. Ambas mujeres viven retiradas con una criada negra, sin ver á nadie, porque dicen que la madre es muy celosa, y no quiere novios para su linda hija.

—No será tan hermosa como decís, que en esta ciudad las hay muy bellas.

—Ninguna llega á esa encantadora niña, y en España misma que es el país privilegiado de las mujeres hermosas llamaría la atencion.

Por estas ponderaciones del buen Tirso, que así se llamaba el carpintero, se comprenderá su ardiente amor pátrio, y lo bien que sin saberlo secundaba los deseos de su nuevo amigo,

—Yo la he visto algunas veces, continuó nuestro hablador, paseándose radiante de belleza, y me parece una esbelta y encantadora azucena, más hermosa que las demás flores de su jardín.

—¿Y cómo podeis verla detrás de estas tapias y siendo su madre tan celosa?

—Por medio de una escalera me subo á lo alto de ellas, y desde allí la contemplo extasiado muchos ratos, sin que nadie lo note. Le aseguro, mi comandante, que si fuera rico y buen mozo como V., no se me escaparía este bocado, digno de un príncipe.

Benito cortó aquella conversacion por no mostrar la alegría involuntaria que le causaba, y no dar que sospechar al carpintero, viendo más conveniente por entonces llevárselo á un cafetucho inmediato, donde le regaló con sendas botellas de vino español, que aumentó su entusiasmo pátrio y acabó por rendirlo á discrecion.

Avanzaron á poco tanto en su amistad y confianza, que mientras el carpintero hacia sus baules, el comandante se entraba á

todas horas, sin ceremonias, en el corral de la casa, para hablar desde lo alto de las tapias con su idolatrada Teresa, cambiando con ella algunos papeles amorosos para hacer más llevaderas sus cortas ausencias; codicia propia de amantes.

Parecia que todo favorecia ya á los jóvenes, porque Doña Luisa no sospechaba sin duda, los nuevos recursos de que se valian para burlar su vigilancia, y los dejaba en entera libertad por el jardin, cuando celaba como un Argos las comunicaciones exteriores. Faltas son estas muy comunes en los que intentan contrariar é impedir inclinaciones amorosas.

Muchos dias llevaban nuestros amantes en su inocente y tranquila correspondencia, merced á sus precauciones y disimulos, gozando en ello de la mayor felicidad, cuando una orden repentina y apremiante del gobernador militar les hizo despertar de su confiado y agradable ensueño.

El comandante debia salir inmediatamente de la ciudad con toda su gente, para perseguir una respetable partida enemiga

que se habia presentado en los últimos confines de la provincia.

Puede suponerse el dolor que causaría á los dos amantes esta órden cruel, cuyo inflexible cumplimiento no podia eludir el pundonoroso militar, por más que esta separacion iba tal vez á destruir todas sus soñadas esperanzas de felicidad.

Despues de hacer sus preparativos, el comandante corrió á casa de su amigo, y no se apartó de Teresa, hasta que los tambores le anunciaron que su tropa iba marchando. Al oir la pobre jóven el adios de su amante, que creyó sería el último, cayó desmayada sobre la yerba de su jardin, sin que aquel pudiera darle ningun auxilio.

Esto fué un momento horrible de ansiedad y de dolor para Solís, que no pudo detenerse á socorrerla, porque le llamaba á toda prisa su honra militar.

El buen Tirso, que tenia el caballo de Solís de la brida á la puerta de la calle, le tranquilizó algun tanto, ofreciéndole frecuentes noticias por su conducto.

VII.

Benito partió á todo escape, impulsado por su desesperacion nerviosa, y bien pronto se puso al frente de su gente, que le recibió con muestras de cariño y entusiasmo.

Componia su partida cuatrocientos indios caribes de su batallon, la mayor parte procedentes de la colonia de Santa-María y sus contornos, á los que habia adiestrado su pobre padre, y provisto de excelente armamento que manejaban como soldados viejos. Se encontraban vestidos de una manera uniforme y propia para el país, con pantalon y chaquetilla de una tela ligera de algodón, que habian teñido de encarnado con la hermosa pintura de *onoto* á que se mostraban tan aficionados los caribes.

Todos ellos miraban como cosa propia á su bizarro jefe, al que habian conocido de pequeño, acostumbrándose á quererlo y

respetarlo por sus propias y brillantes cualidades, y las de sus malogrados padres.

El gobernador militar de Barinas puso tambien á sus órdenes cien indios llaneros de caballería ligera, gente lucida y valiente, que con sus cuerpos desnudos y nerviosos daban idea exacta de los veloces ginetes númeridos. Iban armados de largas lanzas y sables con los que eran el terror de sus enemigos.

Nada más parecido que estos indios llaneros á los cosacos y beduinos de nuestros dias, por sus costumbres númeridas y salvajes.

Desde niños se encariñan con su caballo, que cogen bravío y doman en las sabanas, cuidándolo despues con más amor que al más querido pariente, sin que se separen para nada de su lado durante el dia y la noche.

Hacen en lo general una vida libre y vagabunda con su caballo en las inmensas pampas de Costa-firme, durmiendo á la intemperie, y manteniéndose con un pedazo de carne medio cruda, y un poco de miel

silvestre, alimentos abundantes en aquella pródiga naturaleza. El único regalo que se permiten son grandes cantidades de leche cortada, que tambien encuentran con facilidad.

Con estas sencillas costumbres desarrollan una fibra increíble de robustez, y una talla gigantesca, lo que unido á su valor indomable y feroz, les hace ser el terror de los campos.

Su vestido está reducido al *tape* general de los indios, y solo llevan á la espalda, más bien como trofeo que como vestimenta, alguna piel de fiera que han cazado.

Benito siguió caminando con su gente muchos dias, costeando la falda de los Andes Orientales, hasta entrar en el territorio del reino de la Nueva-Granada, alcanzando en su expedicion las primitivas orillas del rio Arauca.

Allí se estableció en un pueblecillo de indios, para impedir que algunas partidas republicanas de dicho territorio, que estaba en abierta insurreccion, pasáran, como lo hacian con frecuencia, los elevados mon-

tes que lo separa de la provincia de Barinas.

En estas excursiones encontraban los republicanos á pueblos de indios que les eran muy propicios, y que les prometían ricos y abundantes recursos.

El pueblecillo en que hizo alto Solís era el último de la provincia, y se componía de más de mil familias de las tribus de indios guamos y guagibos, y de no pocos europeos dedicados á la cria de ganado, que los trataban como esclavos, teniendo aquellos miserables que conformarse con tan triste suerte por temor á las *sacas*.

Eran estas *sacas de indios*, la medida más abominable y cruel que registra la historia de la humanidad, tan perseguida siempre por sus semejantes.

En algunos veranos salían tropas de Maracaybo y Caracas por aquellos montes y cazaban á los infelices indios como á fieras, dando muerte á los viejos y mujeres, y llevándose á los jóvenes para dedicarlos al ejército y á los trabajos públicos.

Hacían estos horrores los soldados y mu-

chos ganaderos europeos de los contornos que se unian á ellos, con el fin de exterminar á estos indios, porque decian que destruian y robaban las haciendas de ganado, y mataban á todas las personas que cogian.

En fines del mes de Octubre, que allí principia el verano, se salian huyendo de los montes estos indios bravíos, para librarse de las *sacas*, y se refugiaban en los pueblos, donde ya estaban bajo la proteccion de los misioneros, y cuando pasaba Abril se volvian á sus guaridas y vida salvaje, porque estaban seguros de no ser perseguidos en invierno.

A su vuelta á los pueblos que tenian de costumbre, formaban de nuevo sus casuchas, si las encontraban destruidas del año anterior, las cuales eran bien sencillas en su construccion, pues se componian de unos cuantos maderos techados de palmas, sin paredes en los costados.

En cada uno de estos cobertizos vivian dentro todas las familias que cabian, durmiendo en chinchorros, que eran unas es-

pecies de redes de hilo ó pita colgadas de un palo al otro de la habitacion.

No usaban más abrigo por las noches que el fogon donde guisaban, que tenían encendido debajo de sus chinchorros, durmiendo de este modo en una atmósfera de humo y pestilencia, que les arrullaba dulcemente en su sueño.

El solo vestido de hombres y mujeres era el *gualluco*, que hacian de un trapo, ó de cortezas de árboles machacadas, con las que cubrian sus vergüenzas.

Estos indios guamos y guagibos, que aunque pertenecen á distintas naciones van siempre juntos, son los más negros, perezosos é inmundos de toda Còsta-firme.

Viven de la caza y pesca, que tanto abunda en aquellos países, sin sembrar nada para su sustento, lo que les permite hacer su vida nómada y libre por los montes y las orillas de los rios, sin conocer el estímulo del trabajo, que perfecciona la humanidad.

Dan sal á sus comidas, si la tienen, y sino no les hace falta. Si les ofrecen aguar-

diente y tabaco, lo usan sin haberlo probado en su vida, como si fueran los más consumados viciosos.

Tienen un cacique al que mantienen, y el que los dirige en la guerra, porque en los demás casos no se gobiernan más que por su capricho. Sus armas son flechas y hachas de piedra, que ellos mismos fabrican toscamente.

A pesar de ser muy agoreros, no tienen religion alguna, pues aunque reconocen la existencia de un Ser Supremo, no le hacen ningun caso, porque dicen es bueno, y en cambio todas sus oraciones y agasajos son al diablo, que creen anda siempre con ellos en distintas figuras.

Esta extraña creencia les hace estar siempre sobresaltados con todos los ruidos y señales sospechosas, que lo son para ellos la mayor parte de las que oyen ó ven, siendo muy comun encontrar uno de estos infelices indios dando grandes alaridos y revolcándose por el suelo diciendo que el demonio les come las entrañas.

El pelo de estos indios es lacio y áspe-

ro como cerdas, y jamás se lo cortan, sirviéndoles sus madejas enmarañadas para limpiarse las manos y las narices, por lo que su cabeza es lo más inmundo del cuerpo.

Las mujeres van desgredadas como los hombres, y si extraen algo de su pelo le dan como los monos un destino comestible.

Mientras encuentran carne ó pescado se contentan con este alimento, pero si no lo hallan son el azote de todos los insectos y sabandijas, porque para su hambre no hay ninguno vedado.

Tienen siempre una salud envidiable, y no padecen enfermedades estacionales, viviendo muchos años en la más feliz sencillez y vagancia.

Estas dos naciones de indios son muy numerosas, estando divididas en pequeñas tribus, que vagan por los inmensos campos de los confines de la provincia de Barinas al nuevo reino de Granada, ocupando más de quinientas leguas de territorio, que entonces nadie habia explorado.

De los caudalosos rios, que al fertilizar estas extensas campiñas desaguan en el

Orinoco, no eran conocidos más que el Meta y el Arauca, que sirvieron en otro tiempo para el comercio de la Guayana con la Nueva-Granada.

Esta navegacion tuvo que abandonarse despues, porque los innumerables indios que habia en aquellas orillas asaltaban con sus canoas las embarcaciones mercantes, matando y comiéndose á sus tripulantes.

A la llegada del comandante Solís al principal de estos pueblos, se alojó con todos sus oficiales en un caseron destartalado y ruinoso, que llamaban la *Casa-real*, el cual habia sido construido en los tiempos pasados por algun misionero, para hospedaje de los viajeros.

Su tropa se colocó lo mejor que pudo, quedando un fuerte reten sobre las armas para prevenir cualquiera sorpresa de enemigos, que entonces no era muy de temer en vista de la actitud pacífica de los indios.

A los pocos dias de estar Benito con su gente en este pueblo, sin que le sucediera nada notable más que observar las extra-

ñas costumbres de los indios, tuvo aquel la alegría de recibir un mensajero del fiel Tirso, que le trajo una tierna carta de su inolvidable Teresa, en la que la pobre niña le refería todas sus inquietudes y dolores.

Fué este un consuelo supremo para nuestro jóven, en la cruel soledad en que se encontraba, sabiendo que era amado siempre por la interesante mujer, que habia despertado en su alma los dulces sentimientos de su primer amor.

Despidió bien gratificado al mensajero, con otra carta no ménos larga y apasionada, en la que estampó todas las ardientes y dolorosas impresiones de su ausencia, haciendo mil cálculos halagüeños para el porvenir, y jurándola una fé eterna, que solo se destruiría con la muerte.

Varios fugitivos le anunciaron un dia, que en un pueblecillo próximo merodeaba una partida enemiga, que habia pasado los Andes, procedente de Santa Fé, la cual tenia ya apresado mucho ganado vacuno y mular, y estaba haciendo la recluta de indios.

Veloz como el relámpago salió el comandante á escape del pueblo, acompañado de sus intrépidos llaneros, sin esperar á los soldados de infantería, que le siguieron á buen paso.

Con el auxilio de sus valientes caribes, que se le incorporaron pronto, cercó Solís el pueblecillo en que estaba la partida enemiga, y cogió prisioneros á todos sus individuos, que eran indios mal armados de arcos y flechas, y á su jefe, que le dijeron ser persona principal.

Sorprendido quedó nuestro comandante, cuando le presentaron á su mismo primo Andrés Chastre, como jefe de aquellos republicanos, al que un sino contrario y fatal traía siempre á su poder, siendo aún más raro que lo prendió en aquella ocasión el mismo sargento Muñoz ascendido ya á oficial, que le sorprendió espiando en la ciudad de Guayana.

—Está de Dios, mi comandante, que he de ser yo el que cace siempre á este pajaraco, que se conoce nos tiene afición.

—Déjelo V. aquí conmigo, Muñoz, y cui-

de V. que todo el ganado robado se devuelva á sus dueños.

—Así se hará, mi comandante, porque el capitan Paredes se está ocupando ya de esa comision.

Cuando los dos primos se quedaron solos no podian disimular uno y otro lo embarazoso de su situacion.

—¿Sabes, Andrés, lo que me manda la ley que haga contigo?

—Fusilarme, primo; lo cual tengo bien merecido por mi desgracia continua en disgustarte á mi pesar.

—Un medio hay de evitarlo, Andrés, y es volver al campo del honor donde siempre debiste estar, siguiendo á tu buen padre y hermanos.

—No he deseado otra cosa, y bendigo esta ocasion, si ella hace tambien que me vuelvas tu antigua amistad.

—No hablemos ya, primo, de las desgracias y errores pasados, que la gloriosa bandera de España es generosa, y yo que la llevo ahora perdono tus faltas.

Los dos primos renovaron su antigua

amistad en un estrecho abrazo, olvidando el generoso Solís los disgustos pasados por lo felizmente dispuesto que se encontraba su ánimo en aquella ocasion, sin que en realidad pudiera tampoco acriminar á Chastre por la catástrofe casual de Santa María.

Juntos volvieron al pueblo donde el comandante habia fijado su residencia estratégica, por ser el más adecuado para acudir á donde la necesidad de la guerra lo exigiera.

Benito con su carácter franco y expansivo concedió desde luego toda su confianza y amistad á su primo, del que no se separaba ya un momento, dándole hasta su misma habitacion para dormir.

Se conocian desde muy pequeños por haber estado Andrés Chastre con su madre una larga temporada al lado de la familia de Solís, en la cual los dos niños, que tenían precisamente la misma edad, intimaron con la expansion propia de la infancia.

Sin embargo, Andrés, que siempre se crió raquítico y feo, no podia tolerar las justas alabanzas que merecia á todo el

mundo su primo, que era un tipo opuesto de robustez y belleza.

Más tarde las diferencias de fortuna y de posición, en que también le sobrepujaba con mucho, crearon en su alma pasiones mezquinas, que llegaron á dominarle por completo, haciéndole odiar á Benito con todos sus sentidos.

Las almas miserables toleran que un extraño prospere y se engrandezca, pero cuando la fortuna protege á una persona conocida ó íntima, su buena suerte les inspira siempre celos y envidias.

Ahora, si el venturoso Solís explicaba entusiasmado á Chastre las bellas cualidades de su encantadora Teresa, y lo mucho que le quería, lejos de corresponder á esta expansión tan natural entre jóvenes, casi hermanos, le contestaba con su silencio, en que disimulaba bien poco su reconcentrada envidia, que hubiera conocido cualquiera otro que no fuera su generoso primo.

Tenia que confesarse con rabia vencido en todo por Benito, en cuyas odiadas manos hasta le echaba siempre su contraria suer-

te, para deberle no ménos que la vida, y esto que hubiera despertado el agradecimiento de cualquiera persona ménos miserable, acabó de llenar de hiel la copa de su rencor.

El peligro de su actual situacion le hizo sin embargo disimular sus mezquinas pasiones, que con la edad iba aprendiendo á encubrir con solapada hipocresía.

Sobre todas sus reprobadas cualidades sobresalia una ambicion sin límites, tanto más rastrera, cuanto que su escaso mérito personal no la justificaba, y tenia que realizarla por malos medios.

Cuando su primo con noble franqueza le estimulaba en política, no escaseaba Chastre algunas embozadas y mañosas indicaciones respecto del pago ingrato que España daba á sus servidores, incitándole á que la hiciera traicion, lo que probaba la manera forzada con que se encontraba ahora en su bando.

Benito sin incomodarse rebatía estas bajas observaciones, á las que no queria dar mala interpretacion en la nobleza de sus

sentimientos, y se olvidaba pronto de estas palabras, si su primo le daba con su acostumbrada maña algunas explicaciones.

Cualquiera observador imparcial y despreocupado, hubiera descubierto en el uno amistad franca y generosa, y en el otro reserva egoísta y envidia mal encubierta.

Con estas encontradas cualidades, se dudará que los dos jóvenes pudieran vivir juntos en armonía, y sin embargo así era, porque Benito, con su carácter expansivo y generoso, si notaba algo que le desagradase en su primo, lo perdonaba y atribuía á su mal humor, efecto de sus desgracias, y no á su corazón dañado.

El alferez Muñoz, que era un aragonés franco, de escasa educación, pero valiente soldado, que estimaba mucho á su jefe, se permitía hacerle con rudo lenguaje algunas observaciones respecto de la lealtad de Chastre, que no era santo de su devoción.

Es verdad, que el celoso alferez tenía sus fundados motivos de desconfianza por su historia pasada que conocía, y porque le había sorprendido ciertas señales é inteli-

gencias con gente sospechosa del pueblo.

Benito procuraba tranquilizar al veterano respecto de este punto recordándole la memoria del respetable padre de su primo, el valiente coronel D. José de Chaspe, tan estimado en el ejército, y á toda su familia, que eran modelos de lealtad y españolismo.

El buen Muñoz, que tenia mucho de Sancho, ensartaba media docena de refranes sin darse por vencido.

—Todos los dias, mi comandante, se vé salir una mala rama de un buen tronco, y quien hace un cesto hará ciento.

Benito se reia de las sentencias del viejo marrullero, al que no podia ménos de querer por su carácter franco y leal, sin que sus palabras despertáran en su noble alma la menor desconfianza.

Lejos de desconfiar Solís de su primo, le encargaba con frecuencia de algunas comisiones á los pueblos próximos, para distraer su mal humor, lo cual daba mucho que gruñir al buen alferez con su comandante.

VIII.

Las predicciones y sospechas del veterano Muñoz tuvieron por desgracia muy pronto una desastrosa confirmacion.

Una noche en que Chastre se encontraba fuera en una de sus comisiones, no existiendo en el pueblo más que una veintena de soldados, porque el resto habia salido á diferentes facciones, por consejo del pérfido primo, se presentó este último de repente en la habitacion donde dormia el confiado comandante.

Al despertar Solís se sorprendió de ver á Chastre á su lado, con el rostro descompuesto de furor, teniendo su espada desnuda en la mano, y encontrándose seguido de gente armada de mala catadura, que alumbraba con teas.

—No te muevas, primo, le gritó el villano Chastre, porque eres mi prisionero por ley de guerra.

—¡Miserable!, exclamó Solís incorporándose, con desprecio. —¡Buena ley es tu vil traicion!

—Te prevengo, primo, que tengo encerrado en mi pecho el veneno de muchos años, y que voy á hacértelo beber gota á gota.

—Puedes matarme desarmado, que es lo que cumple á un traidor tan cobarde.

—Soy tan valiente y generoso como tú, y en prueba de ello, te permito que cojas tu espada, para tener el gusto de picarte poco á poco el corazon.

Benito, que se encontraba vestido en su hamaca, dió un salto de tigre, y agarró su espada que estaba á pocos pasos.

—Antes de matarte, querido primo, dijo Chastre con mirada feroz, quiero como cristiano ayudarte á bien morir. —Los soldados que tenias en el pueblo los he sorprendido y degollado, maldiciéndote todos en su agonía por tu necia confianza. —Yo te aconsejé que alejáras del pueblo á los demás á distintos puntos, donde tambien habrán sido muertos. —Si no te basta todo

esto que te deshonra como militar, sábetelo, interesante y hermoso primo, que tambien mandé matar á tu madre.

El comandante, ciego de ira, que era lo que deseaba su villano enemigo, se tiró á fondo, sobre él, sin atender las reglas del arte, pero Chastre que era un famoso espadachin, paró su tremendo golpe con una hábil finta, contentándose con herirle levemente en el rostro.

La confianza que tenia en su habilidad, y el creer que su primo sabia poco de esgrima, fué la causa generosa de permitirle defenderse, porque contaba divertirse mucho con su tormento, y con su ciega ira, antes de rematarlo.

Pero Benito, al sentir el choque de los aceros y su pequeño rasguño, efectuó en sí una súbita reaccion, recobrando toda la serenidad propia de su valiente ánimo.

A despecho de su vil y engañado primo, era el comandante tambien hábil en el manejo de la espada, por lo que el combate tomó unas proporciones regulares, arre-
pintiéndose bien pronto Chastre de no ha-

ber aprovechado la primera ventaja, porque empezaba á verse apurado, sin poder atender más que á defenderse.

Temia ya, que repuesto su valiente primo, y alentado por el juicio de Dios, iba á darle un castigo, que reconocia en el fondo de su conciencia tener muy merecido, lo que le hizo perder toda su calma y serenidad, y pronunciarse en abierta retirada.

En efecto, Benito, sin apartarse de la más esperta guardia le llevaba acosado con una lluvia de golpes que se iban haciendo peligrosos, á pesar de su gran habilidad en pararlos, por lo que sofocado y medroso Chastre gritó á sus secuaces que presenciaban neutrales el combate:

—A él, amigos míos.

El miserable no pudo concluir esta exclamacion, porque cayó en tierra atravesado de parte á parte, no por Benito, que se quedó sorprendido y parado en su guardia, sino por el valiente Muñoz, que se presentó de improviso en la habitacion, sin que nadie impidiera su entrada.

Despues entre los dos valientes dieron

pronta y buena cuenta de los demás miserables, desalentados con la muerte de su jefe, arrojándose por último Benito en los brazos del buen Muñoz al que dijo entusiasmado:

—Gracias, amigo mio, porque habeis salvado mi honra militar, y me habeis librado del remordimiento de dar muerte á ese infame pariente.

—A perro viejo no hay *tus tus*, mi comandante.—Hacia dias que seguia la pista á ese tuno, y al ver que ayer nos mandasteis salir fuera á todos, no dudé que esta noche iba á dar el golpe que tramaba.—Yo me alejé un poco con mi partida, y al anocheecer mandé dar media vuelta á la izquierda, y me entré de callada y bonitamente en el pueblo, enviando antes recado á todas partes para que los demás compañeros vivieran alerta.—Sin embargo, á mi llegada no pude impedir que esos miserables hubieran ya degollado los veinte soldados de la guardia de prevencion, á los que sorprendió traidoramente vuestro primo, valido de la autoridad y confianza que le dabais.

—¡Infame! ¿Pero por qué no me avisasteis, amigo mio, con tiempo para evitar su traicion?

—El loco por la pena es cuerdo, mi comandante, y queria que vuestro primo llevára á cabo sus infames planes, cuyo resultado pensaba impedir á tiempo, para que por vos mismo os convencierais, que todos no son tan buenos y leales como pensais.—Creo que los demás compañeros habrán librado el pellejo con las instrucciones que les envié, y mañana podeis estar al frente de toda nuestra gente, ménos los pobres diablos que cayeron aquí en la trampa.—Me consuela, sin embargo, de esta desgracia, que no he podido évitar, la cumplida venganza que hemos tomado con esos siete canallas, y los muchos que cogeremos despues, porque los conozco á todos.

—No sé como podré pagar á V. lo mucho que le debo.

—Escarmentando, mi comandante, y acordándose del refran: al amigo que no es cierto, el un ojo cerrado y el otro abierto.

IX.

Segun habia previsto el astuto alferéz, al dia siguiente regresaron sin novedad al pueblo todos los destacamentos, habiendo escarmentado á los enemigos que intentaron sorprenderlos.

La intentona de Chastre respondia á un basto plan de conspiracion, que debia poner en armas todos los hombres útiles de estos pueblos en favor de Simon Bolivar, que preparado al efecto debia entrar procedente de Santa Fé, luego que se hubieran exterminado las tropas que lo impedian.

La muerte de Chastre y de los principales conspiradores en la misma habitacion del comandante, ó más bien la astucia del valiente Muñoz, apagó por el pronto este chispazo del fuego que no tardaría en abrasar con sus horrores aquellos hermosos campos.

Sin embargo, Simon Bolivar invadió poco

despues por otro sitio la provincia, que toda parecia contaminada, y bien pronto al frente de una fuerte partida derrotó en Cuenta al brigadier Correa, haciéndole muchos prisioneros.

El bizarro D. Antonio Tiscar salió á su encuentro para oponerse á los rápidos progresos de los republicanos, y Solís recibió una orden apremiante del gobernador militar para acudir á marchas forzadas á la ciudad de Barinas, sériamente amenazada.

Puede suponerse la alegría con que recibió el jóven esta orden de regreso que se apresuró á cumplir sin dilacion, llevado en alas de su ardiente deseo de ver á la mujer que tanto amaba.

A su llegada á Barinas, como puede suponerse, la primera visita, despues de cumplir sus deberes militares, fué á su amigo Tirso, y quiso su buena suerte, que al asomarse á lo alto de la tapia del jardin, viera á la hermosa Teresa, que miraba para aquel sitio, como si la pobre niña deseára que por aquel horizonte luciera el sol de sus perdidas esperanzas.

Como la jóven no tenia ni remota idea de la llegada de su amante, del que hacia dias no recibia noticias, su mirada anhelante y continua hácia aquel sitio, por el que habia desaparecido su felicidad, demostraba la tristeza y desesperacion de su alma. Al verlo aparecer de repente la alegría de la pobre niña no tuvo límites.

Por demás tierna fué esta primera entrevista para los dos amantes, en la que uno y otro dieron expansion á todos los sentimientos, acumulados durante su larga ausencia, teniendo para ellos el mayor interés los más pequeños pormenores.

Teresa dió á Benito la buena noticia que su madre habia variado de opinion respecto de sus relaciones, porque ya la preguntaba con interés cuando sería su vuelta, asegurándola que no se opondría á que se hablasen como antes por la reja de su casa, lo cual podia hacer desde el dia siguiente.

Con estas indicaciones favorables no dejó el apasionado Solís de acudir enseguida á la casa de Teresa, y vió en efecto en la reja

á su madre, que le saludó con la mayor franqueza y cariño, como si nada hubiera sucedido entre ellos.

Luego que habló un rato Doña Luisa de cosas indiferentes con el enamorado jóven, se retiró al centro de la casa, dejándole solo con su hija en la reja.

No podia ser mayor la felicidad de los dos amantes por aquel favorable cambio, que no sabian á que atribuir, y que los permitia sin embargo hablarse con entera libertad, y les anunciaba haber desaparecido los obstáculos que se oponian á su anhelada union.

En efecto, Doña Luisa volvió á abrir las puertas de su casa al comandante, que pasaba en ella largas horas de expansivo amor, sin que en la pureza de sus honrados sentimientos intentára empañar en lo más mínimo el claro cristal de la jóven que destinaba para su esposa.

Doña Luisa, que se habia vuelto en extremo expansiva y amable con Solís, le invitó un dia para que aquella misma noche fuera á cenar con ellas, procurando hacer-

lo con tal secreto y disimulo que nadie en la ciudad lo notara, para evitar motivo a las malas lenguas, y que no padeciera la honra de su hija por un motivo tan inocente.

X.

Nada hemos dicho de la alegría con que los dos honrados hermanos Gonzalez recibieron á su huésped, quizás porque, como al enamorado joven, nos importaba más ocuparnos del objeto preferente de sus amores. Esto será un poco egoísta, pero hay que perdonarlo con frecuencia á los enamorados.

—Con mucho cuidado nos ha tenido usted, D. Benito, en los pocos días que ha faltado de la ciudad, decía D. Manuel Gonzalez.

—¿Y por qué, amigo mio?

—La mejor noticia que corria de V. era que le habian muerto los indios, y se lo habian comido.

—¡Malos ratos habrá pasado cierta joven que yo sé! decia Dolores.

—Pero en fin, queridos amigos, aquí me tienen Vds. bueno y sano, á pesar de la mala voluntad de esos noticieros, á los que no sé el daño que les haya hecho.

—No es porque le odien, repuso Gonzales, sino que basta sea V. partidario de España, para que le deseen la muerte la mayor parte de los republicanos, que aquí son muchos por desgracia.

—Por eso, amigo mio, decia Dolores, no vuelva V. á sus andadas de retirarse á deshora, porque hay muchos malhechores y pudiera ocurrirle una desgracia. Lo mejor sería que se hiciera acompañar de noche por algunos soldados, ya que ha tomado tan á pecho sus salidas.

—No tenga V. cuidado, Dolores, respondia Solís riéndose, que en lo sucesivo, cuando me ocurra, haré me acompañe todo mi batallon con los tambores batiendo marcha.

—Sobre todo para que queden ocultos sus amores, dijo riéndose tambien D. Manuel.

—No se burlen Vdes. de mí, que una noche al abrir su puerta pueden sorprenderlo para robarle, dijo Dolores, y más sabiendo que tiene en su poder fondos de la comision.

—No tema V., patroncita, que llevo siempre un par de pistolas y mi espada para cortarle las uñas al que quiera robarme.

Nuestro joven comandante, que estuvo de excelente humor el resto del dia, en que se hallaba convidado á cenar en casa de su amada, fué á primera hora de la noche á la tertulia del gobernador, donde no habia estado desde su llegada.

Fué recibido con una exclamacion general de extrañeza y cordialidad, sobre todo por las señoras, que no esperaban las favoreciese tan pronto el joven comandante, que habia tomado fama de excéntrico y de enamorado.

En especial una linda morenita, que por su gracia y desenvoltura debia ser andaluza, le dijo mostrándole una silla:

—Venga V. aquí á mi lado, señor huron,

y cuente á sus amigos cómo le ha ido por esas tierras, porque por estas ya sabemos que no pierde su tiempo.

—Segun las voces que por aquí han corrido me han comido varias veces los indios, dijo riéndose Solís.

—Yo sé quien hubiera sentido en la ciudad que no le dejáran siquiera su tierno corazon, dijo la burlona andaluza.

—¿Y á quién puede interesar mi corazon?

—A la linda jóven que tuvo más suerte que nosotras para curarle sus pasadas tristezas.

—Veo que sigue V. siendo un enemigo encantador que no desperdicia sus satíricas flechas.

—¿Crée V. que no nos interesan los amigos? Pues ya hemos sabido que su primera visita, al llegar á la ciudad, fué á cierto carpintero que le hace escaleras para subir á su cielo de amores.

—Permítame V., señora, que le niegue esos hechos calumniosos, que ofenden la honra de la persona á quien V. alude, la cual en todo caso es un cielo tan puro, que

no permite ser profanado por la lengua de ningun mortal.

—Concedo entónces, amigo mio, que usted se sube á la escalera solo para adorar de más cerca á ese venturoso cielo.

—Si V. fuera tan amable como graciosa, le agradecería dejáramos en paz á esa pobre niña, á quien ofendemos con traerla en boca.

—Tiene V. razon, que los pobres mortales no podemos ocuparnos sin ofenderlos de los dioses del Olimpo, y más de su misteriosa Vénus, que no la gusta salir de su concha, para que no la empañe ni la luz del sol, dijo la morenita algo picada.

—Vamos, señores, un *montecito* para pasar el rato, gritó un caballero con los dedos llenos de sortijas, que sentado delante de una mesa barajaba al descuido sus naipes.

Todos como movidos por un resorte, acudieron presurosos en derredor de la mesa, incluso la despechada andaluza, que empezaba ya á mortificar con sus punzantes indirectas á nuestro enamorado jóven.

En una casa ordinaria de juego, aún en-

tre tahures, no podría formarse idea exacta de la escena repugnante que tuvo lugar entre aquellas gentes que se llamaban decentes y de buen tono.

Las señoras se sentaron en primera fila al rededor de la mesa, y los hombres se pusieron de pié á sus espaldas.

Cuando el oro empezó á circular con profusion de mano en mano, como las olas de un revuelto y dorado mar, los padres se olvidaron de sus encantadoras hijas, y los esposos de sus amadas mujeres.

Cada una de estas últimas procuró tener á su lado un compañero preferido, que siempre eran los más ricos ó los más afortunados, permitiéndoles toda clase de libertades, en aquella oscuridad general en que no habia ojos sino para los naipes.

Al poco tiempo la confianza se hizo más expansiva, y las mujeres hermosas hacian un *ladito* al objeto de su preferencia, que se sentaba un poco apretado entre ellas, para jugar más cómodamente sus *vacas*, que no notaban los preocupados maridos, ni las entretenidas mamás.

En medio de un silencio anhelante, como el sueño de un calenturiento, todos aquellos ojos encendidos como áscuas, en sus rostros desencajados, estaban fijos en la baraja del banquero, y alguna vez una mano con las uñas ensangrentadas ponía sobre el tapete montones de oro.

Todos aquellos seres parecían poseídos del demonio de la avaricia, sin rehuir sus crueles tormentos.

Benito, en sus severos principios, miraba con repugnancia aquellas escenas de miseria, que tanto rebajaban á sus actores, y más cuando faltando el dinero en algunos poco afortunados, empezaron á pedir sin rubor á conocidos ó desconocidos, ó á empeñar objetos de valor que llevaban.

—¿Solís, será V. bastante amable para jugar conmigo una *vaquita*? le gritó la graciosa andaluza que conocemos.

—Vaya V. y siéntese á su lado, le indicó el condescendiente marido de aquella jóven.

—Muchas gracias, señora; tengo que

marcharme muy pronto, repuso Solís bruscamente.

—No insisto, comandante, por aquello de afortunado en amores desgraciado en el juego, dijo riéndose con marcado despecho la morenita.

Solís empezaba á fastidiarse, y acercándose su hora deseada, despues de saludar, se marchó de aquella tertulia, convertida en lupanar por el más repugnante y corruptor de los vicios.

XI.

Cuando Solís salió de la casa del gobernador, la noche era lóbrega, y las calles de la ciudad de Barinas, que en aquella época carecian de alumbrado, se prestaban fácilmente á una sorpresa, que no temia nuestro valiente jóven, alegrándose por el contrario de aquella oscuridad, que le permitia llegar á casa de su amada sin ser visto.

Como iba de militar, se quitó la espada y

con ella se auxiliaba para no tropezar en las paredes, guiándose por su buen tino en su lóbrego camino.

Llegó con toda felicidad á la casa de Doña Luisa, y un golpecito convencional le abrió sus puertas, dentro de las que pensaba pasar un rato de feliz y sencillo entretenimiento, que compensára el disgusto que habia sentido en la tertulia del gobernador.

La amable mamá salió á recibirle, y despues de haber asegurado por sí misma la puerta, condujo al jóven al comedor de la casa, donde ya le estaba esperando Teresita, radiante de felicidad y de hermosura.

Este comedor era una extensa habitacion cuadrada, que tenia en un testero un hermoso espejo, y en el de enfrente una puerta con grandes vidrieras. Los otros dos costados estaban ocupados el uno por un aparador de cristales, y el otro por una chimenea encendida, que daba agradable calor á la habitación.

Esta última se hallaba alumbrada por una gran lámpara colgada en su techo, que

correspondia al centro de una mesa de caoba, rodeada de algunos cómodos sillones. Un reloj que habia colgado en la pared señalaba las diez, cuando el joven comandante entró.

—¡Horrible noche! Sr. Solís, dijo Doña Luisa, ofreciendo al joven un sillón cerca de la chimenea.—Es de agradecer haya usted venido con tiempo tan malo á favorecer á dos pobres mujeres como nosotras, tan solitarias y aburridas en este rincón.

—Ya sabe V., Doña Luisa, que en esta casa está mi felicidad, y que algunas pequeñas molestias significan bien poco para alcanzar tanta dicha.

—Hoy he tenido una buena noticia, y he querido celebrarla con el que va á ser el esposo de mi querida hija.

—No podia V. darme mayor placer que permitirme pasar á su lado estas horas de confianza, porque ellas me dan una idea de la vida feliz que me espera cuando sea parte de su familia.

—Gracias, exclamó en voz baja Teresa,

descubriendo en sus hermosos ojos toda la alegría de su alma.

—Con el permiso de V. me retiro un momento, dijo Doña Luisa, porque, como no tenemos más qué una criada, he de arreglar algunas cosas, para que ya que no le demos un banquete suntuoso como se merece, no falten en nuestro pequeño obsequio algunos pormenores precisos que lo hagan disimulable.

Los dos amantes quedaron solos en el comedor, y como uno y otro se creían en la posesión segura de su felicidad, se entregaron largo rato á esas expansiones sencillas y apasionadas del verdadero cariño, que no se permite una idea material, cuando existen goces tan superiores en los puros sentimientos del alma.

Doña Luisa volvió acompañada por la negra su criada, y ambas pusieron en la mesa algunos sencillos manjares y botellas, con los que pensaban pasar un rato delicioso de expansión y confianza.

A Benito le hizo colocar Doña Luisa en lo que llamaba el sitio preferente de la

mesa, que era enfrente del espejo y de espalda á la puerta de entrada, sentando á su izquierda á Teresa, y poniéndose ella á la derecha.

La amable mamá hizo los honores de su pequeño banquete con expansiva alegría y finura, haciendo beber deliciosos licores á los amantes, con tan frecuentes obsequios que estos se creían trasportados á un Edém, entre los vapores alcohólicos y las caricias inocentes de su amor. Sobre todo la pobre joven, nada acostumbrada á estas tiernas emociones, sentia un desvanecimiento extraño y delicioso, que le hizo al final inclinar la cabeza en el hombro de su amante quedándose dulcemente dormida.

Benito sentia tambien una pesadez extraordinaria en la cabeza, y solo siendo fuerte como un roble, pudo resistir la tendencia al sueño que tambien le acometia, sin darse cuenta de aquella ridícula languidez. Doña Luisa, viendo dormida á su hija, se levantó y la sacó en sus brazos del comedor ayudada por la negra para llevarla á acostar, rogando á Solís la espera-

se hasta su vuelta, porque tenia que hablarle de cosas importantes.

XII.

Luego que Solís se quedó solo en la habitacion, encendió un cigarro habano, y fumando se estuvo recostado en su asiento, esperando la vuelta de Doña Luisa, bastante más despejado de su desvanecimiento, merced á un gran vaso de agua, y á su naturaleza vigorosa.

Largo rato hacia que contemplando las espirales de su aromático cigarro se encontraba en ese arrobamiento que solo comprenden los fumadores, y que viene á ser el corolario de las ilusiones de la vida; *humo en el aire, fuego en la boca y á los piés ceniza*, cuando en el espejo que tenia enfrente vió claramente la cabeza de un hombre, que se asomaba por la vidriera de la puerta que estaba á sus espaldas.

Como sabia que en la casa no habia más

que mujeres, le alarmó aquella cara sospechosa, pero sereno, no hizo el menor movimiento de extrañeza, continuando en la misma posicion con los ojos fijos en el espejo, que le avisaba lo que podia pasar á su espalda.

Sacó con disimulo las pistolas que llevaba en el bolsillo, y tomando una en cada mano las ocultó debajo de la mesa, esperando impávido y preparado los sucesos, que aunque extrañaba, no temia su valiente corazon.

De repente se abrió con sigilo la puerta vidriera, y por ella apareció un hombre de muy mala traza armado con un trabuco, y seguido de otros tres de la misma calaña, con sendos puñales.

Al sentir Benito ruido y ver salir aquellos hombres, dió un gran salto y se colocó al otro lado de la mesa, cuyo parapeto le sirvió de mucho, y tal vez le salvó la vida.

Estos verídicos sucesos que contamos los recordarán los vecinos ancianos de Barinas, porque dieron lugar á una causa cri-

minal muy ruidosa, por lo notable y extraño de sus circunstancias.

El que venia delante dijo al comandante apuntándole con el trabuco:

—No se mueva V. porque le abraso las entrañas.

Por toda contestacion el valiente jóven le disparó un pistoletazo en el pecho que le dejó tendido y muerto. Con la otra pistola, veloz como el rayo, levantó la tapa de los sesos al segundo, y apoderándose de su espada que tenia en un rincon inmediato, tiró una estocada en el pecho al tercero que le pasó de parte á parte y le hizo caer tambien en tierra mal herido. El otro asaltante que quedaba quiso ganar la puerta huyendo, pero el intrépido comandante le cortó el paso, y viéndose perdido, se puso de rodillas, pidiéndole que no le matase.

La hermosa Teresa, que apareció un momento en la puerta poseida de espanto, se retiró medio trastornada al ver la mirada de furor que la dirigió su amante, y más cuando le oyó decirle:

—¿Vienes, infame, á gozarte en tu obra

Solís cogió á la negra criada, que tambien se presentó, sin duda para ver el resultado de su infame trama, y la obligó á que amarrase con el mantel de la mesa al asesino rendido.

Bien asegurado éste, le obligó como igualmente á la negra, á que marcháran delante de él, hácia la puerta de la calle, alumbrando aquella con una luz.

El encontrar esta puerta tan bien cerrada como la dejó Doña Luisa cuando entraron, afirmó más al comandante en la idea, que Teresa y su madre eran cómplices de aquella infame asechanza, porque creia imposible que cuatro hombres se hubieran ocultado en la casa sin que ellas lo notasen.

Al salir Solís á la calle dió voces llamando á los vecinos, presentándose enseguida uno de enfrente, al que contó en pocas palabras lo ocurrido, y éste lo tomó tan á pecho, que gritaba desaforado *favor al Rey*, sin que nadie pudiera hacerle callar, con lo que bien pronto se llenó el barrio de luces y de hombres armados.

El comandante dijo á unos cuantos de

estos últimos, que en aquella casa habia tres hombres muertos, y que guardáran la puerta, sin permitir salir ni entrar á nadie hasta que viniera la justicia, que iba á buscar él mismo.

Despues, acompañado de dos vecinos armados, se dirigió á casa del gobernador con el preso, el que entregó á los soldados de la guardia que eran de su batallon. Aunque eran las doce de la noche encontró todavía reunida la tertulia entretenida con su eterno juego, por lo que al dar parte al gobernador todos se enteraron, quedando admirados de su valor y suerte al librarse de tan grande peligro.

El gobernador dió orden que llevasen el preso á la cárcel, poniéndole incomunicado, y dispuso que un alcalde ordinario, que se hallaba presente, fuera á la casa con un escribano y algunos soldados para instruir las primeras diligencias.

Despues la palabra mágica del banquero de juego volvió la calma á la perturbada reunion, que se olvidó bien pronto del comandante y del mundo entero.

El pobre Solís se vió obligado á volver á la casa con el juez, aunque esta diligencia precisa le destrozaba el alma, encontrándose á su llegada toda la calle iluminada y atestada de gente, porque la curiosidad habia despertado al vecindario, que alumbraba con teas encendidas.

El juez mandó despejar la puerta poniendo en ella dos soldados de centinela, y acompañado del escribano, de un alcalde de barrio, que estaba presente y de algunos soldados, entró en el comedor de la casa, donde Solís lo encontró todo en la situacion que lo habia dejado.

Sólo el herido de espada se hallaba aún en sus últimos momentos arrimado á la pared, sin duda porque en su agonía habia intentado levantarse.

El juez mandó enseguida buscar un cirujano, antes de mover los cadáveres, y entretanto el escribano extendió la declaracion del comandante como cabeza del proceso. Aunque le era muy triste, tuvo Benito que declarar la verdad de los hechos ocurridos, procurando, sin embargo,

acriminar lo ménos posible á la mujer por quien momentos antes hubiera dado mil vidas que tuviera.

Tomada su declaracion, procedió el juez despues al reconocimiento de la casa, para prender á todos los que encontrára en ella, á cuya diligencia no quiso acompañarle Solís, porque el jóven no se creía con fuerzas para volver á ver á la mujer que tanto habia amado, y á la que creía ahora un mónstruo de ingratitud y falsedad.

De la declaracion del reo preso, y del reconocimiento que practicó el juez en la casa, formó desde luego el concepto que los cuatro asesinos habian estado escondidos dentro de ella, con la connivencia de las mujeres que la habitaban, porque todas sus entradas y salidas se encontraban perfectamente cerradas sin señales de violencia.

Manifestó este funcionario á Benito, que habia encontrado á la jóven Teresa echada en una cama con una fuerte convulsion, auxiliándola las otras dos mujeres con el mayor interés, y que á todas tres las dejaba

encerradas y con centinelas hasta llevarselas á la cárcel.

Que la negra lloraba amargamente, sin poderla nadie consolar, y la Doña Luisa parecia la más serena, ocupándose sólo de su hija, sin querer contestar á las preguntas que la hicieron.

Estos pormenores destrozaron el corazon del pobre jóven, que en aquella ocasion no le preocupaba ya más que el sentimiento de saber que padecia la mujer á la que á pesar de todo seguia queriendo con toda su alma.

Del reconocimiento de los cadáveres, resultó tambien que uno de ellos se le habia conocido en la ciudad como persona de la mayor confianza de Doña Luisa, cuya circunstancia afirmó más al juez en la creencia de que las mujeres de aquella casa eran cómplices de aquel horrible crimen.

Solís no tuvo fuerzas para continuar más tiempo en aquella casa maldita y se retiró á la suya, dejando al juez practicando sus diligencias posteriores.

El resto de la noche lo pasó el triste jóven

destrozado por las más crueles y encontradas ideas, pareciendo que todas las furias del Aberno se habían apoderado de su alma.

Unas veces pensaba en el peligro en que había estado por la más negra de las asechanzas, siendo la mujer por quien hubiera dado mil vidas la que había atentado á la suya, en los momentos en que parecía respirar mayor felicidad, prodigándole sus más entusiastas caricias.

No podía convencerse de tanto disimulo y falsía, y al recordar su cara de ángel y sus palabras cariñosas y arrobadoras, comprendió la existencia de las sirenas de la fábula. Maldecía mil y mil veces á las mujeres, y sentía que aquellos asesinos no le hubieran quitado la vida, que tenía que ser ya triste y desesperada despues de aquel cruel desengaño.

Pensaba en todas las seductoras palabras de Teresa momentos ántes de la traicion para inspirarle sin duda mayor confianza, y para que recibiera más confiado el golpe mortal que le preparaba. Otras veces sen-

tia haber sido tan considerado, respetando el honor de aquella mujer, á la que en su idolatría habia consagrado solo un altar de virtuosa y platónica adoracion.

Pensaba comparándola con esta traicion la de su primo Chastre, y concluia por creer que el mundo está lleno todo de infames séres, que no merecen aliente entre ellos un hombre honrado, lo que le hacia hasta odiar su existencia.

XIII.

Apenas amaneció, los patrones de Solís entraron á verle, sabedores del pasado suceso, cuya noticia corria ya por toda la ciudad, y le encontraron levantado y poseido de una fiebre ardiente que le consumia, pronunciando palabras incoherentes, que parecian locura.

Bien conocieron que aquella triste situacion del jóven era producida por su excitacion nerviosa á causa de la fiebre, por lo

que le desnudaron y consiguieron meterle en la cama, llamando á un médico ensiguida, sin hablarle una palabra del suceso pasado.

Como los dos hermanos eran gente buena, y querian mucho al comandante, le prodigaron toda clase de cuidados, con los que el pobre jóven entró pronto en favorable reaccion, merced tambien al copioso sudor que le produjeron las medicinas.

Aquel dia no quisieron los cariñosos patrones que recibiera á nadie, más que al facultativo, y eso que la curiosidad trajo á su casa la mayor parte de los vecinos de la ciudad, ansiosos de escuchar de su boca tan extraordinarios sucesos.

Repuesto Solís á los dos ó tres dias de su dolencia física, porque la moral nada podia curarla, le aconsejaron sus amigos, para distraerle de su profunda preocupacion, que saliera á la calle, y viera á todo el mundo.

El buen alferez Muñoz, que habia estado muchas veces á preguntar por su salud, fué el primero que entró en su habitacion,

dándole con alegría el parabien de su alivio físico, porque no conocia ni queria conocer otra clase de dolencias.

—Qué diablos, mi comandante, me alegro verlo ya bueno, y muérase la muerte, que todo lo demás lo cura el tiempo, y con un clavo se saca otro clavo.

—Es muy triste, amigo mio, verse tan burlado como yo lo he sido por esa familia, en quien tenia tanta confianza.

—Por eso el mejor de los dados es no jugarlos, y el que se fia de mujeres, suele verse sin paredes.—Yo siempre las odié, porque tengo más miedo á una carita de ángel que al demonio, al que si puedo le rompo la crisma y *laus deo*; pero una niña hermosa le da á uno más vueltas que un molino, y hay que agradecersele.—Me mantengo en mis trece, que el buey suelto bien se lame.

Benito dejaba al buen alferez enjaretar sus eternos refranes, sin hacerle gran caso, comprendiendo, sin embargo, que en el fondo tenia razon al desconfiar de las mujeres.

Habia sido víctima de la que creia más santa y pura, y era disculpable maldijera á todas las demás en aquella ocasion.

Salió, pues, con Muñoz á dar un corto paseo, y pronto tuvo que arrepentirse, porque á cada conocido que encontraba tenia que repetir las desagradables escenas que queria olvidar por ser su tormento.

Pero los curiosos son crueles y despiadados, y nada les importa con tal de satisfacer sus deseos, y si alguno notaba el desagrado de Solís lo extrañaba diciéndole, que debia estar orgulloso de haber mostrado tanto valor, y ser el objeto de la admiracion y de la curiosidad general.

No creia Benito que nadie tenia derecho para acriminar á su Teresa, por más que á sus ojos apareciera como un monstruo de falsedad, y sobre todo se ponía fuera de juicio, si algun malicioso se permitia dar un carácter de liviandad á las puras relaciones que con ella habia tenido.

En este terreno no podia contenerse, y salia á la defensa de la jóven lleno de en-

tusiasmo, encontrando una gran satisfaccion en poder defender su virtud, ya que en otros extremos tuviera que callarse á su pesar.

—¿Es posible, comandante, le decia un amigo, que defienda V. todavía á la mujer que intentó asesinarle abusando y burlándose de los más puros sentimientos del corazon?

—¿Y por qué dá V. por hecho un crimen que sólo pueden apreciar los jueces despues de muchas pruebas y estudio?

—Sin ser juez, y solo mirando la cuestion por los hechos que todos conocemos, hubiera ya mandado dar garrote desde luego á todas las mujeres de la casa, para satisfacer con esta expiacion la vindicta pública, sublevada con justicia.

Benito, sin poder disimular su despecho, volvió bruscamente la espalda á aquel cruel razonador, y se marchó á su casa para no oir hablar más de un asunto que le destrozaba el alma.

Cuando Solís llegó á su vivienda, resuelto á despachar sus asuntos cuanto án-

tes para marcharse de aquella ciudad, que aborrecia ya con sus cinco sentidos, encontró esperándole un muchacho que le dijo ser criado del alcaide de la cárcel, el cual le entregó un papel con mucho misterio.

El mensajero queria llevarse la respuesta, pero Solís le despidió bruscamente diciéndole que no tenia ninguna que darle.

Se entró despues en su habitacion sin abrir aquel papel, que por la letra del sobre conoció ser de Teresa, y buscando otros muchos que tenia de la misma jóven, se fue con todos juntos hácia la chimenea con ánimo de arrojarlos al fuego, para destruir aquellos dolorosos recuerdos de sus mentidas ilusiones.

Le habian hecho tan feliz aquellos papeles, que antes de quemarlos se detuvo vacilante, pensando si sería mejor devolverlos á la pérfida, para que sufriera más con aquel brusco desaire, pero no tuvo valor para causarla este nuevo sentimiento. Largo rato anduvo indeciso y desesperado por la estancia con ellos en la mano, sin saber qué hacer en sus crueles dudas,

estrujándolos unas veces con rabia, y otras tirándolos furioso encima de una mesa, cuando involuntariamente se fijó en uno que estaba abierto, en que la ingrata le juraba su eterno amor.

Leyó con avidez todas aquellas líneas llenas de sensibilidad exquisita, y al concluir entre sollozos, lo tiró desesperado llamándola falsa y traidora.

Aquel papel, semejante á un agudo puñal, habia renovado cruelmente todas las heridas del pobre jóven, que se sentia loco de dolor y de amargura.

Despechado abrió, con impaciencia febril la nueva carta, que acababa de recibir y leyó lo siguiente:

«Bien mio; si puedo darte aún este dulce nombre. — Ni el inmundo y lóbrego calabozo en que me hallo, ni el ruido de las cadenas y lamentos de los presos inmediatos, ni los dolores horribles que me atormentan, son para mí tan sensibles como estar privada de tu vista. — Compadécete de mí, Benito, siquiera porque soy mujer y desgraciada. — No te pido perdon, porque soy

inocente y no te he ofendido ni con el pensamiento. — Sólo te ruego por última vez, que si te ha quedado un resto de cariño y generosidad, te aproximes á las rejas de mi calabozo para oír un momento tu voz, y concluiré despues tranquila y feliz los pocos instantes que me quedan de esta vida miserable que aborrezco.»

Puede suponerse el efecto consolador que la lectura de esta carta causaría en el enamorado Benito, tan predispuesto en favor de la jóven. No necesitó más pruebas para creer inocente á la mujer, que á pesar de las terribles apariencias contrarias, era dueña absoluta de todos sus sentimientos.

Corrió presuroso á la cárcel, y aunque era bien avanzada la noche no encontró dificultad para entrar enseguida, por ser los soldados de la guardia de su batallon.

El alcaide, que se daba aire é importancia de curial, tratando de imitar sus modales amanerados, que desdecian de sus ribetes toscos y ordinarios, se apresuró á abrir la reja y condujo al comandante entre

cortesías hasta su misma habitacion.

Habiéndole indicado Solís que queria hablarle á solas, despidió con mucha política á su mujer y una hija, que se encontraban en ella, y luego le ofreció una silla con la mayor deferencia.

—¿Tiene V. aquí presa, dijo Solís, á una jóven llamada Teresa?

—Sí, señor comandante, en el calabozo más seguro de la cárcel; en uno de los que están situados en los subterráneos, porque aunque son los más húmedos y malsanos no hay temor que puedan escaparse de ellos los presos de consideracion.

—Encuentro esa precaucion sobrado cruel para guardar á una débil mujer.

—Qué quiere V., mi comandante, tenemos mucha responsabilidad los curiales con estos presos, y aunque nos es doloroso tratarlos con crueldad, es lo primero la obligacion, por más que nos duela el verlos sufrir, sobre todo á esa pobre jóven, que no hace más que llorar, sin querer probar alimento.

—¿No podría verla, amigo mio?

—Imposible, señor, porque se halla inco-
municada.

—Si fuera V. tan amable y bueno que lo
permitiera, yo le aseguro que nadie lo
sabría.

—Lo sabría, señor, nuestra conciencia y
esto es bastante. Somos tan severos en el
cumplimiento de nuestro deber, que ni por
nuestro padre faltaríamos á las órdenes de
los señores jueces.

—Tengo tanto interés, amigo mio, en ver-
la, que no sabría cómo agradecerlo.

—Mucho lo sentimos, mi comandante,
pero no podemos servirle aunque nos va-
liera la salud de nuestra amada hija. Ade-
más, ¿por qué quiere ver á esa mujer que ha
conspirado tan horribilmente contra su
vida? Si fuéramos juez ya la habríamos
mandado ahorcar á pesar de nuestros sen-
timientos humanitarios.

—Estoy seguro de su inocencia.

—No es inocente, mi comandante, y si
muy taimada.

—Me dice el corazon que V. y todos se
equivocan respecto de esta pobre niña.

—Con su extraordinaria hermosura y con sus engañadoras gracias, mi comandante, le tiene á V. hechizado, y no la conoce como nosotros, que la vemos friamente con los ojos de la justicia.

—El tiempo dirá quién tiene razon.

—Mucho nos alegraríamos por V. equivocarnos, pero es difícil que se pruebe su inocencia, cuando hasta ahora todo la condena.

—¿No podríamos, amigo mio, mudarla siquiera de prision?

—Eso es otra cosa, mi comandante. Tenemos inmediata á esta otra habitacion muy segura y decente, donde ponemos algunos presos, que nos ayudan con alguna cosilla á soportar las escaseces de nuestro mezquino sueldo.

El buen carcelero, que en sus palabras queria imitar con su ridículo plural las fórmulas del lenguaje jurídico, descubrió por fin sencillamente su lado vulnerable y nada justo. Benito, que sabia que casi todos los hombres tienen su valor en venta, le metió en la mano dos onzas de oro, con lo que el

aprendiz de justicia quedó deslumbrado y ciego de ambos ojos.

XIV.

Llamó nuestro domesticado cancerbero á su mujer y á su hija, y les rogó que preparasen con el mayor esmero la habitacion especial, y tomando una linterna invitó ya sin escrúpulos al comandante á que le siguiera para ver á la presa.

Benito, con el corazon oprimido, le acompañó por varias escaleras y corredores á los sótanos de la cárcel, cuya atmósfera inmundada y mefítica le hizo dolorosa impresion, considerando que la respiraba la mujer idolatrada para la que deseaba sólo un paraíso.

Los hondos suspiros que salian del calabozo, le hicieron conocer que allí se encontraba su amada Teresa, porque solo sus lamentos podian resonar tan dolorosamente en su alma apasionada.

No puede darse nada más cruel é inhumano que estas prisiones preventivas, que existen por desgracia en muchos países, en las que la sociedad despiadada relega algunos infelices, muchas veces inocentes de los delitos que se les atribuyen, dándoles en todo caso por única compensacion, si se han equivocado, una libertad que quizás no pueden usar por las enfermedades y los dolores que han contraído en aquellas inmundas viviendas.

El calabozo en que se hallaba la pobre Teresa era un refinamiento de esta crueldad. Una pequeña habitacion de poco más de dos metros en cuadro, cuyas paredes, cubiertas de filtraciones salitrosas, estaban medio alumbradas durante el dia por una estrecha claraboya que habia en su techo, la cual caia al piso de un patio y que como una cloaca daba paso á las aguas llovedizas.

Puede suponerse la horrible situacion de la desgraciada jóven, teniendo que sufrir aquella lluvia, muy frecuente en la estacion, sobre un suelo cenagoso de tierra, sin

otro sitio para todas sus necesidades, sin otro abrigo que sus vestidos y una raída manta, y sin más lecho que un poco de paja húmeda.

Si á esto se agrega los tremendos grillos con que cargaron sus delicados piés, que no la permitían moverse, comprenderemos si puede inventar mayores tormentos la perversidad humana, y si es mil veces preferible la muerte á semejantes reclusiones.

En los tres ó cuatro días que llevaba la infeliz niña en aquel inmundo sitio, había sufrido tanto su delicado cuerpo, y tan crueles dolores morales, que no es extraño deseára la desdichada con ánsia la muerte como término de su padecer.

Esta no hubiera tardado en llegar, porque cuando abrieron la prision era la jóven una masa inerte, que solo anunciaba la presencia de la vida por sus tristes y profundos suspiros.

Horrorizado Benito al distinguir el idolatrado cuerpo de su amada confundido entre tanta inmundicia, dió un grito penetrante que pareció oír la jóven, incorpo-

rándose galvanizada y tendiéndole los brazos, sin poder articular una sola palabra.

El comandante, loco de dolor, la cogió en sus brazos, y sacándola desmayada de aquel inmundo sitio, corrió con ella sin atender al oficioso alcaide, que deseaba alumbrar y acompañarle.

Bien pronto depositó su preciosa carga en la vivienda que tenían preparada los carceleros, la cual parecía un Edem comparada con el horrible calabozo que dejaba.

En efecto, aunque esta habitacion tenia las tristes precauciones de una prision, era sin embargo bastante confortable, ardiendo en su chimenea abundante leña, y respirando aseo y comodidad el lecho y otros muebles.

Arquímedes no pensó en el oro cuando buscaba su punto de apoyo para mover el mundo, porque nada existe que pueda causar sus milagrosos efectos.

Las monedas que habia dado Solís, y las que prometia con su riqueza, fueron una poderosa palanca que movió al alcaide, es-

merándose con este estímulo á dar comodidades á aquella pobre jóven, que momentos antes tenia abandonada y moribunda, sin que sus lamentos despertáran su dormida caridad.

Benito se apresuró á colocar á su amada sobre el lecho, sin que la infeliz mostrara señales de volver á la vida por más estimulantes que la dieron.

—No se canse V., señor, dijo el alcaide. Esta niña se encuentra estenuada, porque no ha sido posible hacerla probar comida en los tres dias que lleva presa, y mientras no tome alimento será inútil todo lo que hagamos.

—¿No tiene V. algun caldo, señora? preguntó Solís á la mujer del alcaide.

—No señor, por las horas que son; pero tengo en cambio un vino generoso y bizcochos, que harían resucitar á un muerto.

—Haga V. el favor de traerlos enseguida, y no economicen Vdes. gastos, que yo respondo de todo, dijo Solís.

La mujer volvió al poco rato con su vino y bizcochos, y Benito empezó á echar en la

boca de su amada con una cucharita pequeñas porciones del precioso líquido, que tragaba aunque con mucha dificultad.

—Esta pobreniña vive, dijo la alcaidesa, que era realmente compasiva, porque dándome lástima, bajé esta mañana, sin que lo viera mi marido, con una taza de caldo, la que tomó á mis ruegos la infeliz, por conservar la vida, segun dijo, hasta ver antes de morir á un caballero á quien esperaba.

—No tenias necesidad, querida esposa, de reservarte, porque sabes que somos compasivos con los pobres presos.

La buena mujer encontraría en su interior una respuesta á estas hipócritas palabras, pero no se atrevió á darla por temor sin duda que no fuera del agrado de su transformado y servicial esposo.

Merced á los cuidados que todos la prodigaban á porfía, volvió en sí la infeliz Teresa, abriendo sus hermosos ojos asustada y mirando á todas partes.

—¿Dónde estoy, Dios mio, qué casa es esta, y quién me ha traído á ella?

—Está V. en mi casa, hija mia, dijo la alcaidesa con el mayor interés, y ya se acabaron todos sus dolores.

—Dios la bendiga, buena mujer, respondió Teresa mirándola con ojos de agradecimiento, que V. es la única persona á quien he debido algun consuelo. ¿No ha venido un caballero á verme?

Benito, que sentado en la cabecera de la cama tenia recostada sobre el pecho á la jóven, la cual no habia podido verle, respondió: aquí estoy Teresa mia.

La infeliz niña al oir aquella voz querida se volvió de repente y se abrazó á su amante, prorumpiendo en un llanto tan desconsolador, que no la daba tréguas para hablar una sola palabra.

Benito, que en aquel momento no se acordaba más que de lo mucho que queria á la jóven y de sus grandes sufrimientos, sintió correr sus lágrimas, olvidándose que estaba entre gente extraña.

Es verdad que la buena alcaidesa y su hija, conmovidas realmente con aquella tierna escena, lloraron tambien, parecien-

do poseidos de los mismos sentimientos.

—Tranquilízate, Teresa mia, decia Benito, que Dios es justo y hará que se pruebe tu inocencia.

—Deseo, Benito, que me escuches, y si despues me encuentras culpable no necesitas darme castigo, porque moriré enseguida.

—No quiero que hables, ni te p̄eocupes con nada, sin que antes tomes algun alimento, que tanto necesitas, bien mio.

—Por complacerte tomaré aunque sea el veneno más activo.

No habiendo á mano otro alimento que los vizcochos, la pobre jóven los comió con gran voluntad, aunque con no menor trabajo, con los que y algunas gotas del vino generoso, sintió restauradas un tanto sus fuerzas, y se apresuró á decir á su amante:

—La mañana en que mi madre te convidó á cenar nada sabia de esto, hasta que ella misma te lo dijo delante de mí. Debiste conocer por mi involuntario contento cuánta alegría me causó esta noticia. En el resto de aquel dia, en que me creia la

más feliz de las mujeres, solo me ocupé en prepararte algunas cosillas para obsequiarte, porque todo se me figuraba poco para mi cariño. Cuando entraste por la noche no lo supe hasta que te ví en el comedor donde me dijo mi madre que te esperase. Ya recordarás, ¡ay de mí!, aquella cena en que fuimos tan felices, pareciéndonos en la franqueza con que estábamos, que éramos ya el uno del otro. Tus palabras conmovían mi corazón, y tus sencillas caricias y obsequios me produjeron un arrobamiento tan extraño y dulce, que me quedé dormida sobre tu hombro, sin saber qué poder embriagador me atraía hacia tí, que eras mi vida y mi alma. No sé el tiempo que estuve en tan dulce ensueño, ni cómo me llevaron de tu lado, solo sí que tuve un horrible despertar al oír dos tiros dentro de mi casa. Creyéndote en peligro, corrí desalada al comedor para defenderte si era preciso ó morir contigo, pero me recibiste con mirada tan airada y tan duras palabras, que olvidé hasta el lago de sangre que te cercaba para atender solo al golpe mortal

con que me destrozaste el alma. Quise buscar á mi madre para encontrar algun consuelo, y no hallándola no pude resistir la fuerza de mi dolor y caí privada de conocimiento. ¡Triste de mí! Recobré el sentido en mi horrible calabozo para odiar una existencia que ya no podia dedicarte, puesto que me creias indigna de tu amor, atribuyéndome una complicidad cruel, cuando hubiera dado por tí mil vidas que tuviera. ¡Puedes figurarte cuánto habré sufrido en mi terrible prision! No me destrozaban los dolores físicos, porque tenia el consuelo que estos habian de producir mi pronta muerte, sino la horrible pesadilla de que pudieras dudar de mi inocencia y de mi ardiente amor. ¿Hubiera sido tan cruel, no digo contigo, que poseias todo mi cariño, sino con un indiferente, que si hubiese previsto el más remoto peligro, no te lo avisára? ¡Matadme, Dios mio, pronto, si he de continuar en esta cruel situacion!

Benito, que habia estado escuchando á su amada con el mayor interés, hablándole sus palabras con tanta elocuencia á su

corazon predispuesto á creerlas, sintió desvanecerse las ligeras sombras de su duda, y se apresuró á decirla:

—Podrás ser desgraciada con tus jueces, Teresa mia, pero tranquilízate, que yo siempre defenderé tu virtud.

—Esto solo me satisface, bien mio.

—No dude V., señorita, que Dios defenderá tambien su inocencia, dijo la buena alcaidesa limpiándose los ojos.

—La declaracion de su madre y la criada pueden salvarla, se atrevió á decir el alcaide, que siempre procuraba ajustarse á las situaciones en que se encontraba.

—En último caso, exclamó Solís con noble arranque, la salvaré yo, que tengo conciencia de que es inocente, y esto me basta.

Teresa, llena de agradecimiento, por estas palabras que la hacian feliz, besó con entusiasmo las manos de su amante, dándole gracias con toda la efusion de su alma.

—¿No podríamos quitarla estos grillos? interpeló Benito al alcaide.

Este último, observando una señal afir-

mativa de su mujer, salió presuroso de la habitacion, y volvió con una lima, cumpliendo enseguida los deseos del joven comandante, al que se habia entregado en cuerpo y alma.

—Gracias, amigo mio; espero que tanto usted como su señora procurarán que no falte nada á esta señorita, pues todos sus gastos corren de mi cuenta, y les premiaré ámpliamente sus servicios.

—No tenga V. cuidado, que se queda á mi cuidado, dijo la alcaidesa.

Benito se retiró por fin bien tarde, repitiendo muchas veces sus recomendaciones, que no necesitaban aquella familia, y dejando tranquilo y feliz el ánimo de la pobre joven, que no sentia sus dolores físicos aliviados ya los morales.

XV.

Cuando el comandante llegó á su casa, eran más de las doce de la noche, por lo

que encontró en su cuarto, esperándole lleno de inquietud, á su buen patron Don Manuel Gonzalez.

—Llevais, amigo mio, el valor hasta la temeridad, al retiraros tan tarde á vuestra casa, cuando sabeis lo peligroso que es andar á deshora por la ciudad, y debia V. haber escarmentado con su último chasco.

—Lejos de enmendarme, D. Manuel, ¿querrá V. creer que he estado toda la noche con las personas que intentaron asesinar-me?

—Cualquiera cosa creeré de una persona como V., que aprecia tan poco su vida.

—Sí, amigo mio, y no estoy arrepentido. He sacado de su calabozo á mi hermosa asesina, trasladándola á otra habitación más saludable y decente, donde la cuidarán como á mí mismo.

—¿Es posible que se ocupe V. todavía de esa mujer que tanto daño le ha hecho?

—Ella no me ha hecho ningun mal, y nos hemos dejado engañar por las apariencias.

—Mucho me alegraría, D. Benito, por-

que á mi pesar siento gran interés por esa niña, á la que he creído siempre incapaz de una accion tan fea como la que le atribuyen, considerando sus buenos y generosos antecedentes.

—Créame V., D. Manuel; yo que he tenido lugar de tratarla tanto tiempo, y he penetrado el fondo de pureza y de bondad que encierra su alma, á parte del cariño desinteresado que siempre me mostró, tenia tambien mis dudas, y un papel suyo, en que me pedia compasion, las desvaneció por completo. He ido á la cárcel, y la he sacado medio muerta, amigo mio, de un sitio tan inmundo, que no merecian estar en él ni los mayores criminales. ¡Cuánto ha sufrido la pobre niña en estos tres ó cuatro dias!

—Ha hecho V. bien en socorrerla, que la generosidad sienta bien, aun con los enemigos.

—He escuchado sus explicaciones, amigo mio, y hay cierto lenguaje elocuente, que solo inspira la verdad y la inocencia.

—Los jueces, por desgracia, no pueden

atenerse solo á ese lenguaje, sino á las pruebas que resulten en la causa. Por eso debe V., D. Benito, verlos y tratar de atenuar cualquiera declaracion desfavorable que V. haya hecho con la mala impresion del momento.

—En mi declaracion no la acriminé lo más mínimo, y si acaso, estoy pronto á desvanecer cualquier mal efecto.

Benito se acostó aquella noche completamente tranquilo por primera vez desde sus últimos sucesos, y así gozó un sueño reparador de sus fuerzas y de su espíritu.

Al dia siguiente fué bien temprano en casa del escribano de la causa, sin lograr verlo en su primera visita; por lo que para hacer tiempo entró en la cárcel, donde permaneció muchas horas, satisfecho del cuidado que prodigaban á su amada Teresa.

Tambien esta última habia logrado dormir algunos ratos en la pasada noche, porque se consideraba ya completamente dichosa al recuperar toda la confianza y el cariño de su idolatrado amante.

Empezaba á anochecer cuando el coman-

dante llegó á la casa del escribano, al que encontró por fin en su despacho.

—He estado hoy sumamente ocupado, le dijo este último, en practicar algunas diligencias relativas á la causa de V., que van á sorprenderle, porque se ha descubierto un antiguo crimen más horrible, perpetrado tambien en la misma casa donde quisieron asesinarle, y el cual es ya del dominio público, y ha excitado la indignacion de toda la ciudad.

—Ninguna noticia tengo de ese nuevo hecho, porque he pasado todo el dia dentro de casa, y nada he sabido.

—Ha sido esto una nueva luz, que aclara la infame conducta de esa familia feroz, de la que se ha librado V. por un milagro de la Providencia, añadió aquel.

La relacion que con tono cartulario hizo el escribano á Solís fué la siguiente:

Habrá como cosa de dos años, que vino á esta ciudad desde Santa Fé de Bogotá, un jóven llamado D. José María Vazquez, para hacer por mandado de su padre una gran cobranza de dinero. Este jóven trajo reco-

mendacion para un caballero de esta ciudad, en cuya casa se alojó desde el primer momento.

Era el D. José un jóven bien parecido, alegre y rumboso con las mujeres, con las que se gastaba su gran caudal en grandes francachelas. Visitaba muchas casas de la ciudad, y fué presentado en la de Doña Luisa Gil por un pariente ó criado de ésta, hombre de costumbres sospechosas, pero de genio alegre, con el que simpatizó al poco tiempo. Desde el momento en que vió á Teresita se prendó de ella tan ciegamente, que no se separaba de su casa, y aún se decía en la ciudad, que solo esperaba la licencia de su padre para casarse. La hermosa hija de Doña Luisa dicen, que viendo el favorable partido que le ofrecian estos amores de acuerdo con su madre, se dejaba obsequiar en grande por el ciego amante, que no las escaseaba sus espléndidos regalos y agasajos. De pronto se cortaron estas relaciones, en público, aunque decian que el jóven seguia visitándolas en secreto.

Una noche, siendo como las doce, llamó

á su casa el Vazquez, acompañado de dos ó tres amigos suyos de francachelas, medio beodos todos ellos, y alborotando la vecindad con sus golpes. Salió á abrirles la puerta su mismo patron, por no incomodar á las criadas, y aunque la noche estaba oscura, creyó reconocer entre los acompañantes de su pupilo al pariente de Doña Luisa Gil. El jóven calavera despidió á su patron rogándole que se acostára y le dejára la llave de la puerta, porque pensaba volver á salir. El complaciente patron accedió á los deseos del Vazquez sin extrañeza, porque ya conocia sus costumbres y otras noches habia hecho lo mismo.

A la mañana del dia siguiente, el patron encontró puesta la llave de su casa, lo cual le incomodó mucho, ofreciendo no volver á dejársela á aquel aturdido, para evitar el ser sorprendido y robado, y más sabiéndose en la ciudad los grandes intereses que poseía.

Viendo el patron que su huésped no habia parecido á comer en todo el dia, no dejó de extrañarle semejante desórden,

aunque el jóven le tenia muy acostumbrado á ellos con sus frecuentes calaveradas. Entró, sin embargo, en su habitacion, por ver si estaba dormido, y no encontrándole el pobre hombre quedó sorprendido y aterrado al ver todos sus baules abiertos y rotos, con la ropa tirada por el suelo y otras señales evidentes de que habia sido robado.

El buen señor todo aturdido llamó á su mujer, la que no ménos asustada, aunque más serena, le mandó cerrar la puerta y avisar á la justicia en seguida, á la que declararon toda la verdad confiados en su inocencia, rogando sin embargo á Dios no les costára caro la condescendencia de dejar la llave de la casa á semejante aturdido.

La justicia hizo las debidas diligencias é inventario de los efectos que se hallaron en el cuarto, de los cuales nombró depositario al mismo patron, conociendo su probada honradez. El jóven Vazquez no volvió á aparecer desde este dia, y su desaparicion misteriosa fué objeto de mil comentarios en la ciudad, suponiendo los más, que se habría vuelto con su padre.

Este último, noticioso de la pérdida de su hijo, se presentó enseguida en la ciudad, y pidió judicialmente por primera providencia la prision del patron, que debia saber algo de su paradero y tenia obligacion de responder de todos sus intereses; insistió que todas sus sospechas recaian sobre esta familia, porque siendo uno de los principales deudores, tal vez habian hecho desaparecer á su hijo para librarse de la deuda. Como el pobre hombre no tenia testigos para probar su defensa, fué preso con toda su familia, como igualmente el pariente ó criado de Doña Luisa, que era su más inseparable amigo y sobre el que recaian más sospechas. A la Doña Luisa y á su hija se tomaron declaraciones como á otras personas, sin que por ellas se pudiera averiguar nada. Se remitió la causa á la Audiencia de Caracas, y aquel tribunal reclamó los reos presos, en cuyo estado de sumario continuaban las actuaciones hasta que ocurrió el suceso de V., que Dios ha permitido para castigo de los verdaderos criminales.

En vista de una reciente solicitud que ha hecho el patron de Vazquez desde la cárcel de Caracas, el Sr. Gobernador ha mandado que el juez practique un reconocimiento en la casa de Doña Luisa, para averiguar si en ella se encuentra enterrado el cádaver del jóven. Como escribano he acompañado al señor juez en esta diligencia, y desde bien temprano, con auxilio de albañiles y peones, se principió el reconocimiento, no dejando habitacion en la casa cuyos suelos y paredes no hayamos removido, tomando todos gran interés en este registro para librar á una familia honrada que está padeciendo sin culpa. No encontrando indicio alguno en la casa pasamos al jardin, y despues de reconocer todo su suelo infructuosamente, mandó el juez que de un pozo arruinado y desbaratado, que en él existia, se sacasen toda la tierra y escombros que lo obstruian.

A poco de practicar esta operacion, se descubrieron restos horribles de lo que buscábamos, como fué una calavera separada de su tronco y todos los demás huesos del

cuerpo de Vazquez, que pudo identificarse por algunas prendas que conservaba aún intactas.

Tengo que extender diligencias de estos hechos para remitirlas enseguida á la Audiencia de Caracas, y que se declare la inocencia de los pobres patrones de Vazquez, que están sufriendo presos sin culpa desde hace tanto tiempo.

¡Por fin, Dios quiso que se descubrieran las maldades de esa casa, depósito de iniquidades, y sepultura de jóvenes incautos, que como V. caian en las redes de la hermosa y pérfida Teresa para ser devorados por tan monstruosas arañas!

—No juzgue V., amigo mio, por solas las apariencias, repuso Solís, condolido por aquella horrible relacion que tanto comprometia á la mujer que á pesar de todo amaba.

—¡Apariencias! mi comandante.—Son pruebas concluyentes las que contra ella resultan. Uno de los asesinos, á quien usted quitó la vida, era el pariente de Doña Luisa, que en aquellos dias logró sin duda es-

caparse de las cárceles de Caracas, donde estaba preso por fundadas sospechas en la desaparicion de Vazquez; porque era el que le acompañaba en la noche que ocurrió su muerte. Pues bien, Teresa debió saber la vuelta de este hombre, y tambien que se encontraba escondido en su casa con sus cómplices, y nada quiso advertir á V.

—Pudieron entrar la noche que trataron de asesinar me sin que Teresa lo supiera.

—¡Entrar aquella noche! Imposible, mi comandante; sabe V. que reconocieron todas las entradas y salidas de la casa, y se hallaban perfectamente cerradas, sin señales tampoco de violencia. Si les hubieran abierto, estando V. en el comedor tan próximo á la puerta, lo hubiera sentido.

—Podian estar escondidos dentro de la casa, repuso Solís, que á toda costa queria tener de su parte al escribano.

—Tampoco, mi comandante. ¿Cree usted fácil que se escondan en una casa tan pequeña como la de Doña Luisa cuatro hombres sin que su hija lo notára? Desengáñese V. y no defienda á esa pérfida jó-

ven, que le tiene engañado con sus zalamerías, como lo hizo con el desgraciado Vazquez. Cuando la causa de este último, se la tomaron declaraciones, y estaba tan bien instruida, que sin vacilar manifestó que siempre le habia despreciado y huia de sus pretensiones amorosas. ¡Qué corazon tan pervertido en edad tan tierna! Si V. hubiera desaparecido, estoy seguro habría dicho de V. lo que declaró respecto de Vazquez. El Gobernador ha mandado que se haga público el horrible hallazgo de Vazquez, para sincerar la opinion equivocada contra sus patrones, y están tan irritados los vecinos, que piden á gritos que metan á las tres mujeres dentro de su casa y la peguen fuego, para que desaparezcan hasta sus cimientos. Yo tambien daría este tremendo castigo á esas malas mujeres para escarmiento de otras. ¿Qué me contesta V. á todo esto, mi comandante?

—¿Qué he de decirle, amigo mio? Que son pruebas concluyentes que condenan á Doña Luisa y su criada; pero no puedo creer á Teresa con tanta crueldad, cuando

he tenido motivos para apreciar sus generosos y honrados sentimientos, que me hacen creer no debe ser hija de semejante madre.

XVI.

Solís se despidió del escribano, deseando que el aire de la calle refrescara su cabeza, que sentia próxima á estallar en pedazos, efecto de las horribles ideas que le atormentaban.

Era ya bien anochecido, y al cruzar por delante de la cárcel, que estaba al paso de su casa, se sintió poseido de un furor tan espantoso contra Teresa, que tuvo que hacer un esfuerzo para no llevar á cabo las terribles ideas que le preocupaban de entrar y darla de puñaladas, matándose despues.

Todos los furores del infierno parecian haberse apoderado de su alma, los que le retenian á su pesar enclavado y como loco

delante de aquella casa maldita, donde se ocultaba el sér que era causa de todos sus tormentos.

—¡Qué agena estarás, infame mujer, decia, que conozco ya todos tus delitos! ¡Cómo me ocultaste, con tu hipócrita y fingida inocencia, las relaciones íntimas que habias tenido con Vazquez! ¡Qué necio fuí al respetarte y creerte santa y buena como mi madre! ¡Estarás esperándome ahora, pérfida, para seguir usando conmigo tus seducciones engañosas, que no sé resistir, y hacerme creer en tu inocencia!

Como se vé Solís, á sus crueles dolores habia aumentado el tormento de los celos, el más horrible de todos. El pobre jóven era juguete, cual frágil barquilla, del oleage encontrado de sus impresiones, cayendo con frecuencia en los abismos de la desesperacion, cuando creia navegar en los mares bonancibles de la felicidad y la esperanza. Su última impresion de celos pareció trastornar su razon y hasta borrar sus sentimientos generosos, porque como hombre creia ofendido su amor propio, y como

amante se veia burlado en lo más puro de sus sentimientos.

Desesperado se apartó de aquel sitio, marchándose á su casa resuelto á no volver á ver á la mujer ingrata, que tan mal pagaba su interés, pero propuesto á no abandonarla tampoco por muy criminal que fuera.

Al llegar á su casa, se encerró en su habitacion resuelto á no ver á nadie, y sin cuidarse de la hora acostumbrada en que tomaba su alimento, por lo que alarmado su patron entró á preguntarle si estaba indispuesto.

—Sí, amigo mio, estoy realmente enfermo, del cuerpo y del alma, y le agradecería que no se ocupára de mí.

—¿Cómo quiere V. que le dejemos? Supongo que su malestar será producido por los nuevos descubrimientos que se han hecho en casa de Doña Luisa, y que siguen atormentándole.

—No me hable V., D. Manuel, de ese asunto que me destroza el alma. No sé lo que siento en mi interior, y yo mismo me

acuso de ser tan obstinado y ciego, que no acabo de despreciar á esa mujer, que va á trastornar mi juicio.

—Realmente que me inspira V. profunda compasion, D. Benito.

—¿Qué quiere V? No sé si es amor ó lástima lo que siento por esa jóven, pero le aseguro que son en último caso tan crueles mis tormentos, que me pesa haber defendido mi vida aquella noche, porque hubiera muerto de una sola vez y no sufriría ahora tantas agonías y tantas muertes.

—Tenga V. conformidad, amigo mio, que Dios es justo y le dará el remedio de sus dolores cuando ménos lo espere.

—Si se justifican los horribles hechos que acumulan á Teresa, ¿cómo es posible que tenga valor para verla sufrir su tremendo castigo, cuando á pesar de todo daría mil vidas por la suya?

—¿Por qué no se marcha V. unos días lejos de esta poblacion hasta que tenga desenlace este drama horrible?

—¿Marcharme, D. Manuel? Lo que más aprecio en el mundo es el honor; pues

bien, prefiero quedar deshonrado, perdido y preso, á dejar esta ciudad en que sin embargo sufro los tormentos del infierno.

El buen patron dejó solo á Solís á su pesar, porque le veia presa de una exaltacion de ideas, y unos furores que no le anunciaban nada bueno. No se retiró sin que el joven le entregára antes sus armas, y le diera palabra de no atentar contra su vida, lo cual no era muy de temer tampoco, dadas las profundas ideas religiosas que siempre habia mostrado. Pero el buen señor veia á su querido pupilo presa de una semilocura, y sabia que cuando la razon falta es de temer la desesperacion, por lo que á pesar de todo habia tomado algunas precauciones, sin perderlo tampoco de vista.

Cuando Benito se quedó solo, empezó á pasear por su habitacion como un furioso sin poder darse razon cierta de sus ideas. Unas veces no encontraba para Teresa más que palabras duras, echándola en cara todas sus supuestas infamias, y otras caia en una profunda ternura recordando las prue-

bas de amor que de ella habia recibido. Cuando se hallaba en este último período de ilusiones, la memoria de la jóven le rodeaba de nubes arrobadoras y de delicias, que le trasportaban á regiones lejanas de la realidad del mundo material. Decia entonces en su alucinamiento, que la robaría y se escondería con ella en el último rincon de la tierra, pero la realidad le despertaba pronto de su ensueño, y caia nuevamente de su cielo de ilusiones en el abismo de sus sospechas y de sus celos.

Combatido por tan encontradas y atormentadoras ideas, pasó el jóven una noche horrible de insomnio y de delirio, sorprendiéndole la luz del nuevo dia, sin haber tenido ni un momento de descanso. Su fuerte naturaleza no pudo resistir, sin embargo, tantas emociones, y cayó por fin postrado en su lecho con una fiebre delirante.

Sus cariñosos patrones, cuando lo encontraron en tan peligroso estado, llamaron un facultativo, y merced á una fuerte sangría y á otros calmantes pudo tomar algun descanso.

Pero en la tarde de aquel dia esperaba al pobre jóven una nueva emocion, cuando parecia haber recobrado parte de su tranquilidad.

Oyó al criado del alcaide que disputaba con su patron, para que le entregáran una carta, á lo que se oponia aquel por orden del facultativo, que habia prohibido toda clase de emociones al enfermo.

Benito mandó le trajeran aquel papel, lo cual no hubo medio de evitar por la manera como lo exigió.

Era en efecto una carta de Teresa, en la que se lamentaba de su larga ausencia, cuando sabia que no podia ni queria vivir sin él, y en la que le alentaba á tener confianza en el triunfo de su inocencia.

Benito, que leyó esta carta con febril desden, y aparentado una calma que no tenia, pidió á su patrona recado de escribir.

—Por Dios, D. Benito, dijo la Dolores, que el médico le ha prohibido ocuparse de nada.

—No tenga V. cuidado, patroncita, que estoy bien tranquilo, y lo que voy á escri-

bir cortará para siempre estas relaciones fatales, que llevan trazas de acabar con mi vida.

—Pero, señor, si os encuentro tembloroso y demudado.

Benito lanzó una carcajada que tenia mucho de sardónica, y con lo que pareció tranquilizar á la sencilla Dolores, cuando hubiera asustado á un inteligente.

Benito trazó en el papel que le dieron con mano trémula y febril los siguientes renglones, que parecian destilar todo el veneno de su alma, el cual debia apurar hasta las heces la infeliz jóven.

«Teresa, perdiste el otro dia el tiempo al tratar de sincerarte respecto de mi frustrado asesinato, cuando tienes que confesar el que cometiste con el jóven Vazquez, tu querido. ¡Cómo me ocultaste, pérfida, estas relaciones que tampoco favor te hacen, diciéndome tantas veces que yo era tu primero y único amor!

»Si ves que te olvido y no vuelvo á acordarme de tí, ya sabes la causa.

»Arrepiéntete de tus maldades, y resíg-

nate á sufrir el castigo que te impongan las leyes.

»No me contestes disculpándote, porque no quiero saber más de tí, y tendré siempre presente tus falsedades, que te recuerdo ahora para tu eterno remordimiento.

»¡Me horrorizas cuando pienso en lo serena que estabas algunos dias en el jardin sentada sobre el brocal del pozo, esperándome cerca de la tumba de tu anterior víctima!

»Bien conozco que una mano poderosa dirigia mis acciones, cuando te juré respetar tu honor, porque no debiéndote ningun favor, nada tengo que agradecerte, ni nada te remorderá tu conciencia en nuestras relaciones, por lo cual puedes olvidar al que ya nunca será tuyo.

BENITO.»

Apenas habia salido el criado del alcaide con la anterior carta, hija de su febril despecho, que tan terrible daño habia de causar á la infeliz Teresa, se arrepintió So-

lís de haberla escrito, por un efecto de compasion y de las encontradas y terribles reacciones que estaba sufriendo.

Rogó á Gonzalez encarecidamente que corrieran detrás del conductor de aquella fatal contestacion, que creia tan poco generosa para una infeliz mujer que tanto sufría, y cuya lectura podia causarla la muerte, pero fué imposible el alcanzar al criado, lo que llenó á Solís de la mayor desesperacion y remordimiento.

Al poco tiempo de sus horribles cavilaciones, no fué ya posible impedirle que se vistiera, resuelto á marchar á la cárcel para neutralizar el mal efecto de lo que llamaba un crimen, por más ruegos y súplicas de sus queridos patrones, que temian con razon por la salud física y moral de su pupilo.

Cuando estaba preparándose para salir, entró el alcaide de la cárcel, quien le dijo bruscamente, y hasta olvidándose de sus ridículos saludos:

—Ya acabó de padecer aquella infeliz, mi comandante.

—¿Qué dice V? preguntó horrorizado Benito.

—Que la presa que nos tiene tan recomendada se encuentra en sus últimos momentos y habrá espirado á estas horas.

—Explíquese V. pronto, por Dios. ¿Qué ha sucedido? exclamó Solís empezando á vestirse á todo prisa.

—La presa estaba ayer y hoy muy inquieta, decia el carcelero, porque V. no iba á verla, lo que la decidió á escribirle con nuestro consentimiento. La contestacion de V. no debió ser muy satisfactoria, porque cuando acabó de leerla cayó en el suelo sin sentido como herida del rayo. La pusimos en su cama, y no bastando los remedios caseros que la dimos para volverla la razon, pedimos permiso al señor juez y llevamos un médico, quien desde luego mandó olearla como remedio para su alma, porque desconfía del de su cuerpo. La hemos metido en un baño, y hemos hecho cuantos remedios nos ha mandado el facultativo, incluso administrarla los santos sacramentos, sin que haya dado señales de

vida. Como una vez la enferma ha balbuceado su nombre de V., se lo hemos explicado todo al doctor, que es persona de confianza y amigo de V., y este señor ha mandado que vengamos á rogarle se presente en la cárcel.

Sin querer escuchar más, y olvidándose Solís de su estado delicado y de todos sus propósitos, salió corriendo hácia la cárcel, deseando dar á su amada Teresa toda su sangre, si una gota de ella pudiera salvar su vida.

Encontró en su habitacion al facultativo llamado García, que era amigo suyo, y el mismo que le habia asistido en su última dolencia, y sus primeras palabras no fueron nada tranquilizadoras para su aterra-do espíritu. La enferma se hallaba accidentada, y con una peligrosa congoja en el corazon, de la que dudaba pudiera salvarse, habiendo sido hasta entonces impotentes los más eficaces remedios de la ciencia, que habia apurado.

El pobre Solís refirió al facultativo toda la triste historia de sus amores, cuya tier-

na relacion acabó por interesarle por aquellos dos infelices amantes, á los que habia oido repetir á la cabecera de sus lechos de dolor sus nombres respectivos, en los momentos supremos en que al uno y al otro parecia abandonarles la vida.

Era, por lo demás, este facultativo un guerrero de la ciencia de gran corazon, que defendia con el mayor entusiasmo la vida de sus enfermos por humanidad; así es que el interés que le inspiraba aquella desdicha, le hizo prometer á Solís no abandonarlos en toda la noche.

Serían las dos de la mañana, cuando la enferma empezó por fin á dar señales de vida. Su naturaleza parecia vencer en la lucha que tenia entablada con la muerte, por lo que el médico rogó á Solís que saliese del cuarto para evitarla la primera emocion.

Así lo hizo el jóven, no sin tener su alma y sus oidos en la habitacion, inquieto y anhelante con los menores pormenores que en ella pudieran ocurrir.

—¿Quién me quiere tan mal, que me ali-

menta esta miserable vida que aborrezco? articuló la jóven con voz desfallecida.

—Cobre V. ánimo, señorita, que ya tendrán término sus males, dijo el médico lleno de compasion.

—Al oir aquella voz extraña la jóven retiró el brazo bruscamente, cuando el facultativo la tomaba el pulso lleno del mayor interés, y le dijo:

—¿Es V. el juez de mi causa? Yo soy el único reo de los delitos cometidos en mi casa, y justo es que los espíe en el cadalso. Como no es agradable mi vida á nadie, no quiero defenderla, y es natural se satisfagan los deseos del pueblo que pide mi muerte.

El médico dejó hablar á aquella infeliz, compadecido del acento desesperado con que se delataba en demanda de una muerte, que ansiaba como término de su desventura.

—Señorita, yo no soy juez de su causa, ni sé que esté acusada de ningun delito.

—¿Cómo nó, cuando lo dice este papel? exclamó la pobre jóven sacando de su se-

no la carta que la habia escrito Benito.

—Soy, señora, un facultativo enviado por una persona que á pesar de todo la quiere mucho, y que daría su vida por su restablecimiento.

—¿A dónde está esa persona? preguntó la jóven mirando inquieta á todas partes.

—¿Desea V. verla?

—Sí señor, porque ella sola puede devolverme la vida.

Benito, que se habia acercado con disimulo é inquietud durante esta conversacion, que tanto le interesaba, dijo descubriéndose á la jóven:

—¿Qué sientes, Teresa?

—Tener vida, contestó ésta dando un grito y rompiendo á llorar amargamente.

El médico hizo señas á Benito que la dejára aquellas lágrimas, que era un poderoso remedio de su dolencia.

Luego que la enferma se hubo desahogado con aquel llanto reparador, Benito la tomó una mano con el más apasionado interés y trató de tranquilizarla.

—No te aflijas, Teresa mia, que es tanto

el cariño que te tengo, que él me hace delirar, y decir cosas que no siento. Seas inocente ó criminal, yo nunca te abandonaré, y defenderé tu vida de la que depende también la mia.

—Nada tengo que decirte, Benito, si no he sabido inspirarte una confianza que desmienta las calumnias y crímenes que puedan atribuirme. Si no he de poder desvanecer tus sospechas, deseo con ánsia que venga el término de mis males.

—No debo negarte, Teresa, que esas relaciones que tuviste con Vazquez, y de las que nada me digiste, trastornaron por completo mi razon, y me hicieron escribirte ese cruel papel, que en mal hora me inspiró el demonio de los celos.

El médico interrumpió á los dos jóvenes y les rogó dejáran para más adelante sus explicaciones, por el estado delicado de la enferma, pero ésta, que preferia morir á que su amante continuára en sus crueles dudas, siguió aunque con ansiedad febril y voz débil su conversacion,

—Vazquez, que era amigo de un pariente de mi madre, á quien yo odiaba, fue llevado á mi casa por éste, y aunque desde el principio me declaró aquel su inclinacion, no quise nunca darle oídos, porque me repugnaban sus costumbres disolutas. Mi madre trató de convencerme del ventajoso partido que era para mí este jóven por sus muchas riquezas, pero no la fué posible vencer mi resuelta oposicion, por lo que al poco tiempo observé con alegría, que cesó en sus pretensiones y obsequios, y hasta de venir á mi casa. Un dia me dijo mi madre que Vazquez iba á cenar con nosotras aquella noche, porque le habia convidado su pariente, á lo cual, aunque me desagradó infinito, no opuse nada, porque tenia confianza en mí misma. Cenamos, manifestándole yo la misma indiferencia de siempre, habiéndome sentado á la mesa muy lejos de su lado, y estando muy sobre aviso con lo que hacian. Vazquez, mi madre y su pariente bebieron en gran algazara durante la comida, procurando yo con disimulo conservar toda mi serenidad,

Cuando fué muy tarde mi madre dijo á Vazquez que se quedase á dormir en casa, y aun me pareció observar algunas miradas de inteligencia, que me ofendieron sin comprenderlas. Mi madre me mandó que la siguiera para hacer la cama del nuevo huésped, y cuando estuvimos fuera de la habitacion no fuí dueña de contenerme, y manifestarla con entereza toda la indignacion que me causaba aquella conducta extraña. Se echó á reir y me dijo que me fuera á acostar á mi cuarto sin meterme en lo que no me importaba. Confieso que al entrar en mi cuarto sospeché de la equívoca conducta de mi madre. No me acosté sin haber asegurado perfectamente la puerta con su llave y algunos muebles, armándome de un cuchillo de punta, que saqué de una mesa, resuelta á defenderme, ó á quitarme la vida en último extremo. Pasé la noche desvelada y sin novedad, y al dia siguiente me dijo mi madre que Vazquez no se habia quedado á dormir, pero que se decia en el pueblo que habia desaparecido sin que se supiera su parade-

ro. No pude ménos de manifestarla mi alegría por esta desaparicion, porque así me dejaría en paz. Mi madre me dijo que. sin embargo, como se estaban haciendo diligencias judiciales, convenia que si alguien me preguntaba no declarase que habia estado en casa aquella noche, porque pudieran complicarnos sin culpa en una causa criminal. Como me era indiferente que pareciera ó no Vazquez, prometí á mi madre decir lo que quisiera, para que no sufriera inocentemente ningun perjuicio. En efecto, á los pocos dias declaré toda la verdad de los hechos que sabia, ocultando que Vazquez habia estado en casa aquella noche, porque me impuso miedo mi madre, y no queria se murmurara de nosotras en la ciudad cuando pareciera. Cuando llegue el caso, esta será, Benito, mi declaracion, y si el tribunal me encuentra culpable sufriré resignada mi sentencia, por terrible que sea, la que no me preocupa si he perdido tu confianza.

—Oh, no, Teresa mia, exclamó Solís. Siempre encuentro en mi interior una cosa

que me dice muy alto, que eres casta é inocente como mi madre.

—Si Doña Luisa y su criada, dijo el médico, confirman como espero lo que V. ha dicho, saldrá V. tan libre como yo de estos horribles crímenes.

—De todos modos, Teresa mia, yo defenderé siempre tu inocencia y te salvaré en último caso.

—Y yo, tambien haré lo que pueda, dijo el médico.

—Gracias, amigos mios, exclamó Teresa, á quien tranquilizaban aquellas manifestaciones, en especial las de su amante, que le devolvian la vida.

XVII.

Cuando Benito y su amigo García salieron de la cárcel, despues de dejar á Teresa más tranquila y descansando algun tanto, era bien entrado el dia.

El buen Gonzalez no dejó de reñir á su

pupilo por haber pasado la noche fuera de casa, estando delicado, pero se tranquilizó cuando éste le dijo que estaba ya completamente restablecido, y le contó todos los interesantes pormenores de lo ocurrido.

El natural cansancio advirtió á Solís que no habia dormido aquella noche, por lo que se acostó y pasó el resto del dia en un sueño tranquilo y reparador.

Su primera salida al levantarse, como es de suponer, fué á la cárcel, donde encontró á la jóven algo más repuesta, merced á su mayor tranquilidad de espíritu, á los cuidados de la buena alcaidesa, y del médico que la habia visitado ya dos veces.

Sobre todo la presencia de Solís parecia que, como el sol, daba vida á aquella pobre sensitiva, tan combatida por los rigores de la desgracia.

Desde aquel dia pasaron juntos los dos amantes en la mayor felicidad las horas que el jóven podia disponer, dedicando éste las restantes para hablar al juez y escribano de la causa, interesándoles con la elocuencia que le inspiraba su amor y el con-

vencimiento de la inocencia de Teresa.

Una tarde que acababa Solís de llegar á su casa, recibió una orden del gobernador para que inmediatamente se le presentara.

Creyendo que la premura de esta orden la motivaba algun suceso político de importancia, porque la provincia estaba entonces alterada por las partidas republicanas, corrió presuroso temiendo que le mandáran salir de la ciudad, cosa que sería la mayor desgracia que pudiera ocurrirle.

El gobernador le recibió en su despacho, donde estaba tambien el juez y escribano de la causa de Teresa.

—He llamado á V., le dijo el gobernador, para leerle la declaracion que ha prestado Doña Luisa Gil, la cual está confirmada por la criada y otras que se han tomado en el proceso. Es un documento curioso que le sorprenderá extraordinariamente, y que le causará no menor satisfaccion.

El escribano leyó á Solís la declaracion de Doña Luisa, cuyo extracto, sacado del mismo sumario, es el siguiente:

«Doña Luisa Gil, de 60 años de edad, na-

tural de la ciudad de Guanare, en la provincia de Barinas, viuda de D. Eduardo Sanchez, cuando se casó con éste se fué á establecer en su compañía á la de Angostura, donde tenian un comercio.

«En esta especulacion, decia aquella, lo pasaron muy bien, por la gran proteccion que les daba el intendente de la provincia, primo de su esposo, el cual les permitia hacer grandes negocios. Mejoró pronto tanto su fortuna, que su marido adquirió judicialmente, entre otras fincas importantes, dos preciosas casas de campo inmediatas á la ciudad, porque su dueño se vió complicado y condenado en una causa criminal por monedero falso.

«Una de estas casas de campo la revendió aquel á un caballero español llamado Don Antonio de Solís, que vino á establecerse en el país con su familia, el cual tenia una hija nombrada Mercedes, que era un modelo angelical de hermosura, y causaba la admiracion de todos.

«Doña Luisa, que no tenia hijos de su matrimonio, cuando tanto los deseaba, concii-

bió el criminal proyecto de apoderarse de esta preciosa niña, aunque para conservarla tuviera que esconderse en el centro de la tierra, ya que, según decía, el cielo había sido tan injusto que le negara semejante bendición. Su marido se prestó fácilmente á este plan criminal combinado con otros que fraguaba contra la familia de Solís, y una noche la niña Mercedes fué robada de su casa y ocultada como un tesoro por la Doña Luisa, que desde entonces la hizo su hija bajo el nombre de Teresa.

«El rencor envidioso que la familia de Sanchez tenia contra la de Solís, fué la causa de la perdición de unos y otros, pues le costó la vida al marido de Doña Luisa, y aquellos tuvieron que emigrar fuera de la provincia.

«Todo lo dió por bien empleado, decía Doña Luisa, incluso la muerte de su esposo, al que no quería, y la pérdida de sus bienes, porque la huida y desaparición de los padres de Mercedes la aseguraba la tranquila posesión de ésta.

«Con los recursos que la quedaban se

trasladó la Doña Luisa á la ciudad de Barinas, en compañía de una negra de su propiedad y de un mulato, hijo de ésta, que tambien le pertenecia, y que eran instrumentos útiles para sus proyectos.

«La Doña Luisa pasó muchos años en Barinas adelantando poco en sus negocios, porque el mulato llamado Antolin, en quien habia puesto toda su confianza, se hizo tan libertino y gastador, que consumia el producto de sus especulaciones dándose aires de persona importante.

«Procuró, sin embargo, la Doña Luisa, dar una educacion brillante á su pretendida hija Teresa, fundando grandes esperanzas en su extraordinaria hermosura y brillantes cualidades, las cuales le producian un orgullo exagerado, como si realmente fuera su propia obra.

«Mucho la contrariaba las honradas y generosas inclinaciones de Teresa, que á su pesar no podia vencer, porque nada la hubiera satisfecho más que la jóven fuera dócil instrumento de sus planes inmorales, pero por lo ménos pensaba casarla con un

hombre rico, lo que tampoco consideraba como mala especulacion.

«Como cosa de dos años antes llegó á la ciudad un jóven de Nueva-Granada, llamado Vazquez, que contrajo gran intimidad con el mulato, por lo muy dado que uno y otro eran á diversiones y devaneos. El mulato llevó á su amigo á casa de Doña Luisa, la que le destinó desde luego para su hija, por ser un jóven de familia principal é inmensamente rico.

«Luego que Vazquez vió á la hermosa Teresa, quedó locamente prendado de ella, pero la jóven, léjos de participar de su entusiasmo, le mostró desde luego una repugnancia ostensible, causada sin duda por sus escandalosas costumbres, y tambien por su amistad con el mulato, al que detestaba con sus cinco sentidos.

«La Doña Luisa confesaba que habia trabajado mucho para vencer la obstinacion de Teresa, pero que ninguno de sus fuertes argumentos habia sido suficiente, por lo que conociendo el jóven que no eran atendidos sus obsequios, y hasta se despreciaba

su mano, dió en retirarse ofendido de la casa.

«Supo el mulato que Vazquez habia hecho efectivas todas las deudas de su padre, las cuales ascendian á una fuerte cantidad, y de acuerdo con Doña Luisa se propusieron robarle y asesinarle.

«El mulato buscó tres amigos suyos de libertinaje y concertaron el plan con la Doña Luisa, la que se encargó de atraer al joven á su perdicion con el cebo de su inocente hija.

«En efecto, la viuda habló á Vazquez con el mayor cinismo, invitándole á que fuera á cenar y dormir una noche á su casa, quedando en plena libertad de vencer si podia la obstinacion de su hija por todos los medios que quisiera, porque esta la tenia irritada y ofendida.

«El libertino joven, apoyado é inducido por el mulato al que ofreció una fuerte suma, vió fácil el logro de sus ardientes deseos, por lo que confiado acudió á la cita. El mulato y sus cómplices le sorprendieron y asesinaron fácilmente, sin que Teresa ad-

virtiera nada, porque los asesinos estuvieron todo el dia ocultos en una cueva de la casa, y tomaron antes toda clase de precauciones con la jóven, cuyas honradas ideas temian.

«Descuartizaron horribilmente el cadáver del infeliz Vazquez, para que tuviera mejor colocacion en el pozo, donde lo echaron, cubriéndolo con tierra y escombros, y borrando todos los indicios que pudieran comprometerlos.

«Despues con las llaves que quitaron al difunto se fueron á su casa, donde robaron á mansalva cuanto tenia, quedando muy contentos del resultado de sus horribles planes, que les alentaba para otros nuevos.

«Por desgracia para ellos, fué preso el mulato por sospechas y remitido á la Audiencia de Caracas, lo que frustró por entonces sus empresas criminales, porque aquel era el brazo más activo é inteligente de la horrible asociacion.

»Doña Luisa advirtió á su hija que no dijera á nadie habia estado Vazquez á cenar aquella noche en su casa, porque además

de perder su honra, si esto se sabia, pudiera comprometerlas inocentemente en la causa criminal, que se estaba instruyendo sobre su desaparicion, lo cual cumplió sencillamente la jóven, agena de la gravedad de los hechos.

»Cuando llegó despues á la ciudad Don Benito de Solís, conociendo Doña Luisa el brillante partido que era para su hija por la fama de su mucha riqueza y gran posicion social, procuró que ámbos jóvenes se vieran en la casa de los patrones de aquel, que eran conocidos suyos. El amor extraordinario que mutuamente se cobraron facilitaron los planes de la madre, que entonces sólo pensaba en casar á su hija, pero cuando algunos dias despues se cercioró de quien era la familia del comandante, se propuso desbaratar aquellas relaciones, que no podia permitir, porque los dos jóvenes eran hermanos.

»Si entonces hubiera estado libre el mulato, sin vacilar habría repetido Doña Luisa con Solís el sangriento drama de

Vazquez, y así lo escribió al preso. Mientras esto no pudiera realizarse, prohibió á Teresa ver á su amante, vigilándolos severamente, porque como buena beata, tenia escrúpulos de estos amores entre hermanos, cuando preparaba otro crimen no ménos horrible.

»Al volver Solís de su expedicion, la viuda que sabia continuaban las relaciones de los dos jóvenes, y que habia recibido instrucciones del mulato, aflojó la tirantez de su vigilancia, y hasta alentó á su supuesta hija con halagüeñas esperanzas de un feliz porvenir.

»Una noche el mulato, que habia logrado escaparse de la cárcel de Caracas, llamó de una manera convencional á la reja de la habitacion de Doña Luisa, la que le abrió con todo sigilo, y juntos concertaron el plan que está vez habia de ser la expiacion de todos sus delitos.

»Este último, sin embargo, se presentaba con todas las probabilidades de impunidad y de buen éxito, porque nadie sabia la vuelta del mulato, y arrojando el cuerpo

de Solís á la calle despues de muerto, no era presumible que sospecharan de mujeres solas, pudiendo robarle de esta manera á mansalva los grandes intereses que poseia de su comision.

»Todo parecia favorecer tan inícuos planes, porque el mulato y sus secuaces estuvieron escondidos en los sótanos de la casa, el dia en que se habia de consumir el crimen, sin que la inocente Teresa sospechára siquiera el lazo que ella misma tendia á su amante.

»La Doña Luisa confesaba, que aquella terrible noche no vió sin remordimientos á los dos jóvenes sentados juntos en la mesa, tan agenos en medio de su felicidad del triste fin que les esperaba, y con su extraña conciencia maldecia la casualidad que les hizo hermanos, porque sin ello, los hubiera hecho esposos.

»Declaraba que sentia tanto interés por el uno como por la otra, y que cuando llegó el terrible momento de salirse del comedor, hubiera dado su vida por salvarlos, pero que los acechaba el feroz mulato y

sus cómplices, y se hubiera sacrificado inútilmente.

»Cuando sonaron los tiros en el comedor, el mayor trabajo de la Doña Luisa fué contener el furor de la negra que creia á su hijo en peligro, y cuando ésta observó despues, que habia muerto con sus dos cómplices á manos del comandante, se apoderó de la infeliz un desconsuelo tan grande que nadie podia acallar.

»La Doña Luisa concluia añadiendo que hacia esta explícita declaracion de todos sus delitos, porque arrepentida esperaba que con su merecida y terrible expiacion en la tierra, Dios la concedería su misericordia en el cielo.

XVIII.

Luego que el escribano acabó de dar lectura á la declaracion de Doña Luisa Gil, que ella misma habia querido escribir de su puño y letra, y de la que hemos dado un extracto sacado de la copia que le facilita-

ron á Solís, el Gobernador preguntó á este último, si realmente creía que aquella joven era su hermana.

—Desde que empezó la declaracion, contestó el comandante, conocí que Teresa era mi hermana Mercedes, por los antecedentes que tengo del inícuo robo que de ella hicieron á mis pobres padres. Este parentesco me explica ahora tambien la extraña impresion que me hizo desde el primer momento que la ví, y el respeto involuntario que me inspiraba, á pesar de la ardiente pasion que sentia por ella.

—Doy á V., comandante, la más cordial enhorabuena por este feliz hallazgo, dijo el Gobernador, como igualmente por la probada inocencia de su hermana, á la que usted mismo puede ir á sacar de la cárcel con esta orden que he puesto de acuerdo con mi asesor. El señor juez dará á V. una copia de la declaracion de Doña Luisa, para que con ella pueda justificar el encuentro de su hermana y su rehabilitacion.

Luego que Solís recibió la órden para librar á Teresa ó sea Mercedes, se despidió

apresuradamente de todos aquellos señores, que le impacientaban con sus felicitaciones, y corrió á la cárcel poseído del entusiasmo que es fácil suponer.

Cuando vió á su hermana, se arrojó desde luego en sus brazos, llorando de alegría y colmándola de caricias.

La interesante jóven, que ignoraba el motivo de aquellos trasportes y del júbilo de su amante, correspondió á sus tiernas caricias, participando ahora conmovida de sus alegres impresiones, sin comprenderlas, como lo hacia siempre de todos los sentimientos de su amante, por efecto de la gran pasión que le inspiraba.

—¿Qué produce, Benito mio, tu actual contento?, le dijo la jóven, disipadas las nubes de su natural tristeza, y respirando con delicia aquella inspiracion de felicidad, de que carecia hacia tanto tiempo.

—Que eres mi hermana de padre y madre, y no hija de los mónstruos que te criaron, robándote de edad de cuatro años á tus verdaderos padres, que son tambien los míos,

—¡Dios mio, cómo puede ser eso!

—Ya te lo explicaré despues. Por el pronto sabe que no te llamas Teresa como te pusieron para ocultarte, sino Mercedes.

—¿Es posible, Benito mio?

—Sí, hermana mia. Esos infames te robaron á nuestros padres, que no dejaron un momento de llorarte como perdida eternamente para su cariño. ¡Ah, si hubieras conocido á nuestra desgraciada madre, de quien tanto te he hablado!

A estas últimas palabras la jóven prorumpió en un llanto desconsolador, ocultando la cara entre sus manos y rechazando bruscamente á su hermano.

—¿Por qué, Mercedes mia, ese inopinado llanto y ese desvío?

—Me has recordado, Benito, que si viviera esa que dices era mi madre, se avergonzaría de su hija, acusada de tan horribles delitos.

—Tú puedes ser el orgullo de la más santa de las madres, porque en todo caso no has sido más que una víctima inocente y pura.

—Dios te bendiga. Benito mio, por tus consoladoras palabras. ¿Pero y la acusacion que contra mí pesa?

—Todas esas nubes las ha disipado el sol de la justicia. Aquí tengo, Mercedes mia, la órden de tu libertad y de tu rehabilitacion. Vente conmigo, que no quiero permanezcas más tiempo en este sitio de los desgraciados.

Presa Mercedes de encontradas ideas, eran sus ojos dos fuentes de lágrimas.

—No sé lo que siento, hermano mio, decia, si alegría ó tristeza con las noticias que me has dado, cuyas raras impresiones en mi trastorno no me las explico.

—Nada tienes que pensar, Mercedes mia, sino que has dejado la desgracia, y que eres mi hermana querida.

Benito entregó la órden del juez al alcaide, y despues de haberle gratificado espléndidamente y á su buena mujer, se alejó con su hermana de aquélla horrible mansion donde tanto habia sufrido.

Era tanto el contento de Benito, que hubiera querido llevar á su casa en alas de

su impaciencia á su idolatrada Mercedes, pero tuvo que contentarse con darla el brazo, y andar muy despacio por las calles, porque la pobre jóven estaba aún muy débil y desfallecida.

Salieron á recibir á Benito sus buenos patrones, que extrañaron verle del brazo de la infeliz presa.

—Aquí tienen Vdes., dijo alegremente Solís, á mi amada Teresa, que acabo de robar de la cárcel, y vengo á ocultarla en casa de Vdes.

—¿Dios mio, dijo Dolores, que ha hecho V.?

—No tenga V. cuidado, patroncita, que me he casado ya con ella.

—¿Pero están Vdes. locos?

Benito no quiso tener más tiempo en alarma aquella buena gente, y les refirió, despues de haber entrado, todos los pormenores de su buena suerte.

D. Manuel se levantó entusiasmado y cogiendo á Mercedes de las manos la dijo:

—No podia ménos de ser hija de tan no-

—A tu pesar, Mercedes idolatrada, todas tus palabras respiran melancolía é ideas lúgubres. ¿Por qué has de desear morir cuando tienes tantos motivos de felicidad? ¿No te satisface el haber descubierto a tu verdadera familia, y el haber triunfado de tantas desdichas?

—Sí, hermano mio; todo eso me satisface, porque lo debo á tu cariño que es mi sola vida.

—Si realmente me quieres, hermana mia, debias estar siempre alegre y contenta, porque tus tristezas me hacen un daño muy grande y me causan desgracia.

—Oh, no, Benito mio, no quiero que seas desgraciado, sino el más feliz y dichoso de los hombres.

—Así sucederá, si veo que vuelves á recobrar tu antigua alegría, y que estás animada y contenta entre las jóvenes que procuran á porfía obsequiarte.

—¡Qué te diré, Benito de mi alma! A mi pesar me mortifica que tú me presentes esas jóvenes hermosas, y que otros hombres se acerquen á obsequiarme estando tú

delante. Entonces se me ocurren ideas extrañas y tristes y quisiera morir, ó vivir contigo solo en un desierto. ¡Hermano mio, por qué me haces hablar! Déjame con mis tristes pensamientos y no me hagas descubrirlos con el irresistible poder de tu voluntad.

Benito no supo qué responder á estas palabras cuyo sentido no desconocia, y quedó aterrado de sus consecuencias. ¡Qué hacer en tan terrible situacion! Separarse de su hermana sabia que era su muerte infalible, y tampoco tenia valor para semejante sacrificio, que no le sería ménos costoso que á ella. El quedarse á sulado era aumentar su mal y su desdicha. El pobre jóven comprendió que su Mercedes idolatrada tenia razon en desear la muerte como término único de su horrible desventura, porque para ellos no habia remedio en la tierra.

La verdad es que Benito, más dueño de su voluntad como hombre, habia tratado de disimular y vencer sus sentimientos, que creia criminales, pero en el fondo de

su alma se sentia tan desgraciado como su pobre hermana. La profunda y contrariada pasion que ámbos habian sentido, no era dable el borrarla en un momento por consideraciones muy poderosas, pero al fin impotentes como humanas para los profundos males del alma.

Solo la Providencia en su poder infinito podia envïar el remedio supremo, á aquellos desgraciados y virtuosos jóvenes, que luchaban indefensos contra sentimientos tan poderosos y extraordinarios.

XIX.

Dolores, la buena patrona de los jóvenes, que tenia un bello corazon, y que comprendia con su esquisita sensibilidad de mujer, la causa verdadera de la tristeza y ternura de Mercedes, aunque esta no se la habia declarado, procuraba distraerla y consolarla lo mejor que podia.

Cuando los dos hermanos se separaron

un día, saliendo Benito de la habitación de Mercedes con muestras en su rostro del trastorno que torturaba su alma, Dolores se apresuró á entrar en auxilio de la jóven, á la que no dudaba encontrar llorando como siempre.

—¿Es posible, Mercedes, la dijo, que no han de tener término sus males?

—Solo, amiga mia, con la muerte.

—¡Qué ideas tan tristes!

—¡Para qué he de vivir, si mi existencia ha de ser un continuo tormento!

—Sea V. franca, amiga mia, conmigo; porque conociendo yo la causa de sus pesares, será más facil pueda darla el consuelo que desea mi cariño é interés por ustedes.

—Hace V. bien en hablar de los dos.

—¿Y cómo no, amiga mia, si veo que los dos hermanos padecen Vdes. igualmente?

—¿Sufre tambien mucho mi Benito?

—Aunque lo disimula delante de V. es la verdad que el pobre jóven padece quizás, porque vé que V. es desgraciada, cuan-

do creia haber alcanzado un cielo de bienestar para V.

—¡Pobre é idolatrado hermano! ¿Y quiere V. que no desee la muerte, cuando mi vida es su mayor mortificacion?

—Será quizás que los años han enfriado mis pasiones, pero se me figura que el cariño de hermano puede compensar la pérdida de otra clase de sentimientos más ardientes, que son los que francamente les hacen sufrir.

—Es verdad, amiga mia; yo busco en vano en la religion y en mis oraciones un correctivo á esta pasion ardiente que me consume, y de que me acuso; pero el cielo se muestra sordo, ó las voces de mi corazon acallan los gritos de mi conciencia alarmada. He unido tantas veces su idolatrado nombre hasta en mis oraciones de otros tiempos, que ahora ni puedo apelar á este recurso supremo, porque la fuerza de la costumbre me lo representa siempre en mi imaginacion, radiante como el sol de mis esperanzas. ¡Pobre de mí! Daría esta situacion actual, que creen algunos tan feliz,

por los momentos de dolores que pasé en mi inmundo calabozo. Entonces veía siquiera un claro y esplendente cielo de esperanzas, que me ha oscurecido para siempre las nubes dé la fatalidad.

—¡Pobre amiga mia!

—Hay momentos que me acuso duramente de estos irresistibles sentimientos, pero decirle al enfermo que deseche la fiebre que le consume, ó á un loco que recobre la razon.

—Es verdad, desgraciada niña.

—He sufrido tanto por él, amiga mia, y he soñado tantas veces con su idolatrada imagen al verlo tan noble y generoso, que querer que cambie estos ardientes sentimientos, por los frios y dulces de la fraternidad, es pretender que el hidrópico renuncie al agua que lo mata.

—¿Porque no busca V., Mercedes, alivio en la dulce soledad de un claustro?

—Lejos de su lado no podría vivir.

—Quizás los consuelos de la santa religion mitigarían sus males, compadeciéndose Dios de sus dolores.

—Algo de esto tendré que hacer, amiga mia, si Dios no se apiada pronto de mí, y no me quita esta existencia de tormentos.

—Procure V. entre tanto atenuar sus pesares, distrayéndose con el trato de las gentes, que la distraccion suele aminorar los males del alma.

—Confesaré á V. una cosa, amiga mia.—Que al pensar soy ya indiferente á mi idolatrado Benito, y que este puede como es natural dirigir sus obsequios á otras mujeres, se apodera de mí una dolorosa opresion de corazon que mé mata. Detesto por esto á las gentes y al mundo, y prefiero la soledad, aunque en ella me consuman mis tristes pensamientos.

—Pero debe V. disimularlos, si no logra aliviarlos, porque su pobre hermano no vive sino con la vida de V., y sus dolores le martirizan horribilmente.

—Tiene V. razon, amiga mia, y ya lo procuro, aunque siempre los suspiros rebozan á mi pesar de mi oprimido pecho.

Dolores, vencida por la lógica de sentimientos tan grandes de la pobre jóven, no

pudo seguir discutiendo con ella, haciendo en último caso, lo que practica una cariñosa madre con su hija desgraciada, que es llorar en su compañía.

XX.

Las palabras que involuntariamente se escaparon á Mercedes hicieron comprender á su hermano el abismo de irreparables desgracias en que se encontraban.

En los primeros momentos, la alegría de haberla libertado de una muerte ignominiosa y restituido pura y santa á su familia, que tanto la habia llorado, distrajo las verdaderas ideas de su ardiente amor; pero una vez recordado éste, sintió el joven en su alma no ménos horribles tormentos que su amada.

Ahora se explicaba la sensacion de disgusto que le causó, algunos dias ántes, un joven amigo suyo, de brillante posicion y de cualidades recomendables, al indicarle

lo feliz que podia ser, si le concedia la mano de su interesante hermana.

Este casamiento, cuya indicacion le causó entonces un malestar tan angustioso, sin darse razon de la causa que lo producía, hoy que esta le era conocida, estaba resuelto á aceptarlo como remedio supremo, aunque fuera un sacrificio que le costára la vida, porque no podian continuar en aquella cruel situacion.

No tuvo necesidad de buscar á su amigo, porque éste que era muy impresionable, y que amaba las situaciones exageradas y extraordinarias, como la de la interesante Mercedes, habia tomado el asunto tan á pecho, que no desistia fácilmente de su empeño.

Benito, venciéndose heroicamente, le presentó á su hermana, despues de haberla hablado con el frio juicio de un padre, sobre las grandes ventajas de este enlace, porque en realidad el jóven era un hombre honrado y recomendable por todos conceptos. Mercedes oyó á su hermano con el corazon oprimido y llena de amargura, sin

aceptar aquel remedio, que quizás la hubiera salvado, pero la triste jóven no deseaba otro que la muerte.

Los señores Gonzalez, que habian tomado á Mercedes un cariño y un interés tan grande como el que sentian por su hermano, propusieron á estos el trasladarse unos dias á una deliciosa casa de campo, que poseian en la Parroquia de Obispos, poblacion á tres leguas de la ciudad de la otra parte del rio Santo-Domingo.

Benito aceptó con júbilo y esperanza este cambio de situacion, creyendo que nuevos horizontes podrían distraer el ánimo de su infortunada hermana, que habia llegado á tal atonía é indiferencia que no mostraba sensibilidad, sino para su invencible tristeza.

Solo encontraba vida la jóven cuando se hallaba al lado de Benito, que haciéndose fuerte procuraba distraerla con su consoladora conversacion, pero cuando éste tenia que alejarse un momento, caia aquella en su continuo abatimiento, siendo presa entonces su alma de los más crueles tormen-

tos. Efecto de esto, era que sus solitarias noches fueran un largo y horrible insomnio, en el que se cebaban libremente sus recuerdos é ideas en su pobre alma, como los tigres crueles que se complacen en destrozarse los cuerpos rendidos de sus víctimas. Ansiaba entonces en su horrible pesadilla la venida del nuevo día que traía el sol de su consuelo y de sus esperanzas.

Hacia días que la vida de Mercedes parecía sostenida por solo su sistema nervioso, porque aunque sentía ya la muerte en su triste corazón, su voluntad inflexible la mantenía de pié, sin querer caer, cuando este era su único remedio. La infeliz niña sentía solo causar tan cruel dolor á su idolatrado hermano, aunque su existencia fuera un continuo y horrible martirio.

Su salida al campo, que duró pocos días, no causó á la jóven el menor alivio, y por el contrario aquel cambio de aires pareció perjudicar á su naturaleza galvanizada, que se rindió por fin al horrible mal moral que la combatía, por lo que tuvieron que volverla apresuradamente á la ciudad.

A su llegada cayó en su lecho con una fiebre intensa, que desde el primer momento alarmó al facultativo, y produjo la mayor desesperacion en sus amigos, que presentian su próximo fin.

Benito, sobre todos, loco de ansiedad, consultó á su amigo el médico, el que con dolor no pudo ménos de confesarle que el término de aquella calentura era la muerte. No queriendo convencerse de tan aterradora verdad, llamó á todos los facultativos de la poblacion, que convinieron en sus lúgubres pronósticos.

Mercedes, que con el calor de la fiebre parecia haber recobrado sus hermosos colores, pintando en su animada é interesante fisonomía toda la alegría y conformidad de su angelical alma, próxima á volar á mejor mundo, llamó un dia á Benito haciéndolo sentar á la cabecera de su lecho.

—Hermano mio, le dijo, cogiéndole las manos con las suyas ardientes; no muestres tristeza, porque Dios, apiadado de mis dolores, me llama á sus brazos, para concederme su paternal remedio.

—No hables de ese modo cruel, Mercedes mia, que tus palabras destrozan mi corazon.

—¿Y por qué, hermano mio? Hubo un tiempo feliz que juré que solo sería tuya ó de Dios, y no pudiendo ser lo primero, es natural que sea lo segundo. Creo que Dios, añadió la jóven con acento exaltado, me prepara entre sus ángeles un sitio de dicha inefable, en el que nuestras dos almas lucirán juntas un dia con todo su esplendor el fuego santo de nuestro amor, libre de las impurezas de la materia. Allí te espero, hermano idolatrado, en ese esplendente foco de amor divino, que como emanacion de Dios rige su inmensa creacion, si como creo te dejas guiar por la hermosa estrella de la fé y de la esperanza.

—Si por desgracia se cumplen tus fatídicos pronósticos, Mercedes mia, tu imagen divina será esa estrella que me guie en el proceloso y oscuro mar de la vida, seguro que ella me ha de llevar al puerto de mi salvacion, que está en ese cielo que ya miras con los ojos de tu alma pura.

—¡Qué feliz soy, Benito mio, pudiendo hablarte como otras veces, este lenguaje apasionado de mi amor, hoy que me defiende de toda impureza esa tumba, en que se quedan todas las miserias humanas!

—¿Cómo podré vivir, Mercedes mia, sin escuchar tu voz angelical?

—Dios permitirá á mi ardiente espíritu, que siga hablando á tu alma con ese lenguaje ferviente que nos hace comunicarnos con la Divinidad en nuestras oraciones. Muchas veces, en mis momentos de grandes dolores, he sentido en mi alma una voz inefable de consuelo que yo desconocia, y era sin duda la de nuestra madre querida, que me velaba desde el cielo, y que tambien me llamaba á su regazo. ¡Si te encontraras allí tambien, Benito mio, con qué placer emprendería mi supremo vuelo!

—Si te pierdo, Mercedes idolatrada, creo que mi dolor me matará pronto, muriendo contento, si he de hallar en ese mundo mejor personas que me son tan queridas.

—¡Qué feliz me haces, Benito mio, escuchándote esas consoladoras palabras,

que me prometen serás mio en el amor eterno!

—A mi pesar, Mercedes mia, me haces participar de tus tristes ideas; pero dejemos esta horrible conversacion, que me destroza el alma, porque tu enfermedad no es tan desesperada, que no podamos confiar aún en la ciencia de los hombres.

—No espero mi remedio de los hombres, sino de Dios, y así quisiera, hermano mio, me enviaras un santo socerdote, que mantuviera mi fé en el duro trance de nuestra despedida, porque á pesar de todo, mi débil naturaleza se destroza en la duda que voy á dejarte, idolatrado mio.

Los desgraciados jóvenes confundieron sus lágrimas largo rato, desahogando su intenso dolor en ese consuelo supremo de la naturaleza, hasta que Mercedes más fuerte, se desprendió de los brazos de su hermano, diciéndole con celestial sonrisa:

—Qué niños somos, hermano mio; nos olvidamos de los inefables consuelos del alma, para entregarnos á los miserables sentimientos del cuerpo, cuando los prime-

ros son eternos, y los segundos suspiros de un día.

—Tienes razon, hermana mia; te traeré ese sacerdote que pides, y que sea despues lo que Dios quiera.

El jóven salió de la habitacion transido de dolor, y dejando á su hermana entregada á su éxtasis religioso, que era ya su único consuelo en la tierra.

Los médicos tuvieron razon. Aquella fiebre maligna concluyó á las pocas horas con la vida de la pobre Mercedes, que se despidió de su hermano con la sonrisa en los labios, como un ángel que abandona la tierra lanzando besos de despedida para volar á las regiones etéreas.

Benito, á pesar de los consuelos de su pobre hermana, creyó morir de dolor y desesperacion; pero tuvo que convencerse que la humanidad llora por los que se marchan á mejor mundo, cuando los que se quedan son los más dignos de compasion.

Toda la ciudad en masa asistió á las honras fúnebres de la hermosa Mercedes, porque sus desgracias y virtudes excitaron el

más vivo interés, y la opinion pública quiso rendirla este justo desagravio por lo mal que la habia juzgado ántes.

Hace pocos años se conservaba aún en el cementerio de la ciudad de Barinas un suntuoso mausoleo, costeadó por el comandante Solís, con el sencillo epitafio de

¡MERCEDES!

CUARTA PARTE.

LA INDEPENDENCIA.

I.

Benito Solís, á la muerte de su idolatrada Mercedes, cayó en una profunda melancolía, encontrando consuelo solo en pasar la mayor parte del dia y de la noche arrodillado junto á su sepulcro, donde creía en su delirio de amor, que aquel ángel de sus ilusiones se le presentaba en toda su esplendente gloria.

La mayor parte de las veces tenían sus amigos que arrancarlo á la fuerza de aquel sitio lúgubre y fatal, donde se consumía como triste mariposa en la llama de sus locas y letales ilusiones.

Por su fortuna el deber militar vino á despertarle de aquella horrible pesadilla, en que bebia con avidez el cruel veneno, que destruia insensiblemente su robusta naturaleza.

Tuvo que salir de Barinas á toda prisa con las fuerzas de la guarnicion para auxiliar al general Tiscar, á quien traia mal parado Simon Bolivar, que con un puñado de republicanos le derrotó en diferentes encuentros, porque ya todo el país auxiliaba en abierta rebelion la independencia de Venezuela.

La misma ciudad de Barinas levantó el pendon de la república á la salida de los soldados realistas, entrando en ella triunfante el afortunado Bolivar, que la fortificó de una manera respetable.

Los restos dispersos del brillante ejército que habia formado Tiscar, entre los que se contaba el batallon de Solís, se reunieron á las órdenes del bravo general Yañez, el cual, despues de la pérdida de Barinas, bajó el rio Apure y se estableció en la ciudad de San Fernando, donde logró reforzar su

gente con 2.500 llaneros de caballería, que se le unieron voluntariamente.

Bien pronto Yañez tomó la ofensiva, y despues de batir á sus enemigos en Nutrias y Obispos, se apoderó de Barinas, donde volvió á entrar Solís con su batallon, para renovar sus heridas morales, que si no se habian curado con la ruda campaña, por lo ménos se habian mitigado un tanto.

A su entrada en la ciudad, tuvo el disgusto Solís de presenciar la ejecucion de Doña Luisa, y su criada la negra Barí, que en otros tiempos conocimos martirizando á la infortunada Mercedes. La primera sufrió su muerte, que creia merecida, con resignacion cristiana, y la segunda, que no habia olvidado un momento á su hermoso hijo Antolin, subió alelada al patíbulo, llamándole á gritos, como si creyera que oia sus palabras.

Los republicanos habian respetado hasta entonces como lo hicieron despues, el sepulcro de la malograda Mercedes, porque toda la poblacion estaba interesada en su favor, y sus desgracias salvaban sus res-

tos mortales de toda prevencion política.

Solís tuvo que salir á poco con su general á nuevas operaciones militares, y juntos se apoderaron no sin gran resistencia de la ciudad de Guanare y de las villas de Ospino y Araure. Como disponian de cortas fuerzas, estando toda la provincia sublevada, se reunieron á las tropas del general Ceballos, que tenia una fuerte division, para poder todos juntos emprender más grandes operaciones.

Simon Bolivar les salió al encuentro en las llanuras del Araure, con gran golpe de caballería, y al empezar la batalla, las tropas realistas, poseidas de un pánico inexplicable, se dispersaron en todas direcciones al solo nombre de aquel terrible caudillo republicano.

Nuestro valiente comandante fué arrollado como los demás jefes por sus tropas indisciplinadas y acobardadas, y aunque Yañez y Solís hicieron prodigios de heroismo para contenerlas, tuvieron que seguir á su pesar el torrente de los fugitivos.

Tenemos que decir en honor de la ver-

dad que nuestro antiguo conocido, el valiente alférez Muñoz fué el único que no huyó en aquella vergonzosa derrota, porque cayó en tierra á los primeros disparos herido mortalmente, lo que le hizo exclamar alegremente al morir:

—¡Viva España, que á mí no me obligan á huir estos canallas!

II.

Viéndose Solís abandonado por todos en la derrota de Araure, contratiempo que le llenó de despecho y de ira, se decidió á volver al pueblo de Santa María, donde entre los suyos pensaba encontrar grandes recursos para emprender por su cuenta una campaña más favorable. Deseaba también dejar aquella tierra contraria, donde tanto le había mortificado y perseguido su desdichada suerte.

Auxiliado por su hermoso caballo salvó en algunos días la larga distancia que le separaba de las orillas del Caura, no sin

pasar muchos trabajos por lo quebrado é impracticable del camino, y por los muchos rios y raudales que tuvo que atravesar.

A su llegada al territorio, cuya comandancia habia desempeñado poco tiempo antes, se lo encontró Solís invadido todo por las tropas del general republicano Moragas, que no hallaba sérios obstáculos, porque faltaba una persona influyente que diera direccion y organizára los grandes elementos de resistencia. que aún existian en aquel país.

Las fuerzas enemigas que dominaban por completo estos terrenos, las reunió Moragas en la provincia de Barcelona, donde viéndose ostigado por las tropas del coronel D. Salvador Gorrin, pasó el rio Orinoco por cerca de la ciudad de Moytaco, contra la que se dirigió desde luego esperando tomarla.

El jefe que la defendia llamó en su auxilio á Gorrin, quien acudió pasando el rio por la misma ciudad, y juntos atacaron á Moragas derrotándole y obligándole á dis-

persar sus tropas en pequeñas partidas por toda la provincia. La principal de estas se corrió por las orillas del Caura á las órdenes del mismo Moragas, en cuyo tiempo ocurrió á este último caudillo una horrible desgracia, que no olvidó durante el resto de su vida.

Estaba Moragas recién casado con una joven lindísima de las principales familias de Venezuela, llamada Carmen, que era la admiración de todos por sus virtudes y gracias.

Quiso la mala suerte de esta joven, que su exagerado amor por su esposo la indujera irreflexiblemente á acompañarle en su arriesgada expedición, porque era animosa y dada á las aventuras peligrosas.

Viendo Moragas derrotado su ejército, en que tantas confianzas tenía, y haciéndose cada vez más arriesgada la vida de guerrillero que iba á emprender, resolvió enviar á su amada á lugar seguro con una escolta de diez á doce hombres de confianza.

Al atravesar la Carmencita el río Aro

por el paso de la Concepcion, habia tomado tanta agua este vado, que la jóven y su escolta se encontraron perdidos y arrastrados por la corriente. En tan grave conflicto perdieron toda esperanza de salvacion, porque las dos orillas fueron ocupadas de repente por indios caribes del pueblo de Tapaquiere, enemigos feroces de los republicanos.

El caballo que montaba la interesante Carmencita se ahogó, y la desgraciada jóven cayó al agua, teniendo la suerte de agarrarse á unas ramas secas, que habia en medio del río, traídas por la avenida, con lo que se creyó por el pronto en salvo. Pero los feroces indios viendo á la jóven en situacion tan apurada, léjos de auxiliarla, la hicieron blanco de sus flechas con grandes risas y algazara, hasta que cayó muerta al río, á pesar de que la desgraciada les pedia compasion, haciéndoles grandes promesas.

Entonces la sacaron del río, robándola cuanto tenia y dejándola desnuda en la misma orilla.

El desgraciado Moragas, á quienes avisaron algunos fugitivos de la escolta de su esposa, acudió presuroso al sitio de la catástrofe, y se encontró con aquel horrible espectáculo.

Loco de dolor y de desesperacion juró como Junio Bruto vengar aquella sangre inocente y querida, y dando sepultura al cuerpo de su amada en la misma orilla del rio, salió en persecucion de sus asesinos.

No logrando alcanzarlos, se dirigió furioso al pueblo de Tapaquiere, y cercándolo con su gente, obligó á sus habitantes á refugiarse dentro de la iglesia, donde los atacó pasándolos á cuchillo cruelmente en número de más de trescientos entre ancianos, mujeres y niños, pegando despues fuego al edificio.

Algunos de estos indios que estaban inocentes del asesinato de la pobre Carmencita, y que lograron salvarse, se refugiaron en las labores del pueblo, en los mismos momentos en que llegaba allí Solís cansado por su larga y desastrosa expedicion.

—Mi comandante, le dijo un robusto in-

dio que habia servido á sus órdenes, y que salió á su encuentro, mucha falta nos haces á los que somos leales á España. Sin tu mando estos pobres indios caribes son flechas, que vuelan en todas direcciones sin puntería, y que no saben herir á los enemigos.

—Díme, Juan Antonio, ¿estabas tú entre los villanos que han asesinado el otro dia á traicion á la desdichada Cármen Moragas?

—Juan Antonio aprendió en la iglesia de Santa María á ser un buen cristiano, y nunca quiso ser asesino. Aunque la niña Cármen era mujer de nuestro mayor enemigo, todos la conociamos y sabiamos que muchas veces habia amparado á los pobres indios.

—¿Pues cómo tus paisanos la trataron con tanta crueldad, siendo tan buena?

—El padre Sevilla tuvo la culpa. Pocos dias antes estuvo en nuestro pueblo y predicó á los indios caribes, que era preciso exterminar á todos los enemigos de Dios y de su iglesia, y en especial á sus mujeres, que tenian obligacion de apartar á sus ma-

ridos del mal camino, ó no vivir en su compañía.

—Pues cómo puede ser eso, Juan Antonio, cuando me han dicho que el misionero de Santa María se ha declarado republicano furioso, y anda en tratos con Moragas, al que ha ofrecido entregarle el pueblo y sus fortalezas?

—Eso mismo he oído yo ahora, comandante; pero es lo cierto que entonces fué él quien avisó en secreto á los vecinos de Tapapiquiere, advirtiéndoles la ocasion donde podian sorprender á la mujer de Moragas.

—Es infame esa conducta, dijo Solís indignado.

—Será, comandante, que engañando el padre á nuestro gran enemigo con su sagacidad, piensa vencerle más facilmente.

—Nunca es noble usar las armas de la traicion con ningun enemigo.

—Sin embargo, el padre Sevilla, que debe saberlo bien, dice que á los reptiles se les ataca por todas partes con el veneno y el fuego.

—Pero no á las criaturas de Dios, por

más que estén extraviadas. ¡Oh bendito padre Andújar, tu no enseñabas á tus neófitos sino la caridad cristiana, que es la más santa de las virtudes.

—Pero el padre Sevilla...

—Dejemos esa conversacion, interrumpió de mal humor Solís.

—Los indios caribes sienten incomodar á su querido jefe, por el que están dispuestos á dar su sangre.

—¿Cuántos vecinos del pueblo de Tapaquiere estais ocultos en estos maizales?

—Unos treinta; pero cada uno de nosotros siente en su pecho el fuego de la tormenta, y desea lanzarlo contra sus enemigos.

—¿Qué armas teneis?

—Cada uno de nosotros posee un buen fusil, que nos dió el padre Sevilla con abundantes municiones, y sobre todo buenos brazos que saben manejarlos.

—¿No temeis ser atacados por Moragas que ha jurado el exterminio de todos tus paisanos?

—Lo sabemos, comandante, y estamos

preparados en este rincon para rechazarle, si como creemos quieres encargarte de dirigir con tu sabiduría á tus fieles indios caribes.

—Llama enseguida á tus compañeros, que veo estais ahora muy descuidados, teniendo tan cerca el peligro.

El indio dió un agudo silbido al que acudió presuroso un grupo de indios armados.

Al distinguir á Solís, que era conocido de antiguo y querido de todos los caribes, le recibieron estos con aclamaciones y se creyeron invencibles con tal jefe.

Al dia siguiente aquel puñado de valientes mandados por Solís cayó por sorpresa sobre la retaguardia de la partida de Moragas, y produjo el desorden en sus filas, matándole quince ó veinte hombres.

Moragas, sin poder detenerse para castigar aquel atrevimiento, pasó el rio Caura apresuradamente, y se dirigió á Tucuragua, huyendo el encuentro del coronel Gorrin, que le venia de nuevo al alcance con gran copia de gente.

Ya dejamos indicado anteriormente, que

la expedicion del general Morillo fué una de las principales causas que contribuyeron á alentar la sublevacion de Venezuela, por lo que debilitó los poderosos elementos indígenas, y lo que fortaleció con sus desaciertos á los contrarios..

Al poco tiempo ardia poderoso y triunfante el fuego de la insurreccion en los campos de las provincias de Barcelona, Cumaná y Caracas, dominando tambien José Antonio Paez las inmensas llanuras que están entre el Apure, el Orinoco y el Meta, y amenazando las orillas del Caura y el Caroní, que no tenia fuerzas respetables que oponerle.

III.

Antes que Solís vuelva al pueblo de Santa María, donde contaba organizar soldados decididos con que combatir á los republicanos, daremos cuenta de los terribles sucesos que destruyeron sus fundadas esperanzas.

La colonia de Santa María, siguiendo el

terrible declive de la decadencia y destrucción, en que la dejamos bajo el dominio del padre fray Diego de Sevilla, era ya, cuando volvemos á verla, un pueblo salvaje de indios caribes, sin resto alguno de su pasada civilización y prosperidad.

Muy fatal debió ser la influencia del tal misionero, cuando en tan poco tiempo habia destruido la magnífica obra de su virtuoso antecesor, cuyos hechos gloriosos estorbaban sin duda y mortificaban á su alma mezquina.

Triste es, que cuando hemos admirado en toda América las heroicas acciones de los misioneros, tengamos ahora, obedeciendo á la verdad histórica, que ocuparnos de un monstruo cual el padre Sevilla, como si fuera siempre preciso en el cuadro de la tierra, para el mayor relieve de la virtud, el fondo negro del vicio.

—Realmente que es bien apurada nuestra situación, decia un día anterior, Estrella á su esposo Pancho, que llevaba marcado en su semblante todas las desgracias de su triste pueblo.

—Tendremos conformidad cristiana, que es el mayor consuelo de las desgracias, repuso el pobre indio.

—Es bien triste, esposo mio, que cuando tantos bienes recibimos de un santo sacerdote, haya venido otro á destruir nuestra felicidad.

—Guárdate, Estrella, de hablar ni pensar mal de una persona tan respetable como un sacerdote, que es representante de Dios en la tierra.

—Tienes razon, Pancho mio; pero tu desgracia y la de mis inocentes hijos, á los que veo sufrir, me privan de mi sano juicio, y me hacen enloquecer de dolor y de indignacion.

—Nadie ha existido más justo é inocente que Jesucristo, y él nos enseña cómo deben sufrirse las ofensas y las contrariedades de la vida.

—Pero es demasiado el permitir que el padre no solo disponga de los bienes de nuestros bienhechores, sino que quiera arruinar y destruir tambien á nuestros pobres hijos.

—Ya he rogado á los Superiores de la capital que nos envíen pronto otro misionero mejor que el que sufrimos por nuestros pecados, porque hasta me temo, Dios me perdone, que éste anda en tratos con los republicanos.

—Es bien sospechoso, Pancho mio, que oculte en su habitacion á ciertas personas que tú no puedes ver ni aun valido de tu autoridad de cacique.

—Maldita autoridad, que si he de defenderla con teson en esta vida ha de ser para condenarme en la otra, teniendo que oponerme á este padre que dispone de nuestras almas.—Ya sabes, Estrella mia, cuán expuesto estuve por no seguir los consejos y mandato del otro padre, si tú no nos hubieras salvado á todos milagrosamente.

—A pesar de mi ignorancia, hay algo en mi interior que me dice, que un mal sacerdote pierde la gracia de Dios, y no debes obedecerle.

—Somos muy pequeños nosotros, Estrella mia, para juzgarle.

—De modo, Pancho mio, que si el padre

quisiera disponer de mi vida y la de nuestros hijos no harías nada para defendernos?

—Jesús María, dijo el indio santiguándose.

—Realmente, Pancho, que tu autoridad de cacique ha quedado reducida á la nada por este padre que nada respeta.

—Que los padres superiores me releven de la obediencia y me autoricen como les tengo solicitado, y verá este señor quién manda en el pueblo.

Como se vé, el astuto misionero habia exagerado los escrúpulos religiosos del sencillo cacique, hasta un punto de fanatismo, que le permitía disponer á su antojo de su voluntad.

Un indio forastero que se presentó á Pancho interrumpió la conversacion que entonces tenia este con su esposa.

IV.

El padre Sevilla, de quien nos ha repugnado ocuparnos hasta ahora por lo feo y

antipático de su figura en los cuadros tiernos y verdaderos que procuramos trazar con toda exactitud, era un hombre gastado en su alma y en su cuerpo por todos los excesos y vicios.

En vano sus superiores, que conocían su vida disoluta y criminal, le habían amenazado con todas las censuras y castigos de su estrecha regla; el buen padre hacía tanto caso de esto como del disgusto del emperador de la China. Es verdad que en los tiempos que corrían estaban tan relajadas las ruedas sociales en Venezuela, por efecto de la guerra civil, que la disciplina eclesiástica era tan impotente como las demás leyes.

El padre Sevilla consumió en el juego y sus desenfrenos consiguientes, no solo los fondos sagrados de la colonia, sino casi todo el numerario de la familia de Solís, del que se había apoderado, sin que pudiera impedírselo el cacique, dominado por el fanatismo que había sabido inspirarle con sus malas artes.

La fama de las riquezas propias y apro-

piadas de este mal fraile y sus vicios, habían atraído al pueblo, desde el primer momento, á esos aventureros y rufianes, que existen en todos los países del mundo, y que saben cebarse en las presas como buitres hambrientos.

Bien pronto nuestro desmoralizado padre fué una rica y fácil mina, que explotaron con maña muchos caballeros de industria, dejándole limpio de numerario, ya que no de conciencia.

Como el vicio del juego induce á todos los demás cuando falta con qué alimentarlo, perdió bien pronto el padre los escrúpulos para apoderarse de lo ageno, pensando al principio reponerlo con sus ganancias, y despues sin pensar en nada más que en satisfacer su ardiente sed de riquezas.

El edificio que tan sábiamente dejó dispuesto para hospital el venerable padre Andújar, se veia ahora ocupado casi siempre por muchos parásitos europeos y criollos, que se daban gran vida al lado del misionero, hasta que veian hartas su codicia y su gula.

Así es que la llegada de un forastero, fuera cualquiera su condicion ó clase, era un suceso agradable, que celebraba el padre Sevilla con uno de sus más espléndidos banquetes, en los que intimaba desde luego con el visitante, estimulándole á permanecer más tiempo á su lado.

—¿Sabe, padre, que realmente el general Moragas está furioso contra V?, le decia una tarde un hombre no de buena traza.

—Ya sé que le han dado malos informes contra mí.

—En efecio, le han asegurado que usted avisó á los asesinos que mataron á su esposa.

—¿Y qué interés podia yo tener contra ella?

—Como las malas lenguas son tan perjudiciales, han hecho entender al general que V. trató de vencer su virtud, y que en despique del desaire que le hizo se vengó con su ruina.

—Nunca tuve ninguna clase de pretension con la tal jóven, aunque ella era bastante coqueta para desearlo. Por lo demás,

el Sr. Moragas ha ganado mucho librándose de semejante pécora.

—No lo cree él así, padre; y ha jurado fusilar á V. si le prueba que tuvo parte en la desastrosa muerte de su mujer.

—¡Qué barbaridad! Es menester le convenzá V. que yo siempre fuí su amigo, y que estoy dispuesto á todos los sacrificios que me exija.

—El general es sin embargo tan buen republicano, que olvidará sus ofensas personales si vé que V. favorece á su causa y le presta algun servicio importante.

—Muy pronto verá Moragas hasta donde llega el padre Sevilla en patriotismo republicano.

—Mucho puede hacer el padre por nosotros.

—Desde luego le aseguro á V. que hoy proclamaré la república con toda solemnidad en este canton de indios caribes, que me obedecen ciegamente, porque su cacique es un pobre diablo que baila al son que yo le toco.

—Ya sabe eso el general, y que V. puede

auxiliarnos, si quiere, con dos ó tres mil hombres los más valientes de estas tierras.

—Para probarle mi buena voluntad y que soy el dueño absoluto de esta gente, puede V. marcharse y decir al general que entre en este pueblo cuando quiera, y se le abrirán las puertas recibéndole como al jefe superior de todos nosotros.

—Gran alegría va á tener con esa noticia, y olvida de fijo cualquier resentimiento que tenga contra V.

—A propósito viene aquí el cacique de los caribes, para que presencie V. cómo cumplo mis promesas.

En efecto, Panchito se acercó al padre Sevilla, notándose en su fisonomía más animacion que de ordinario, y cierta satisfaccion que no podia ocultar.

—Quiero, cacique, que en seguida des tus órdenes para que se proclame la república en este pueblo al son de clarines y tambores, dijo el fraile con autoridad.

—Hay un pequeño inconveniente, padre, y es que yo no soy republicano, y que me opondré con todas mis fuerzas á esa profa-

nacion como cacique y capitan del rey.

—¿Qué atrevimiento es ese? ¿De cuando acá un miserable indio se atreve á desafiar las iras de un padre de la iglesia, que puede castigarle eternamente en este mundo y en el otro?

—El cacique de los caribes, y capitan del rey en este canton, D. Francisco Solís, acaba de recibir un escrito superior del Ilustrísimo Obispo, en que le manda recoger las licencias á fray Diego de Sevilla, misionero del pueblo de Santa María, y tiene además orden de prenderle, y enviarle de justicia en justicia ante su respetable autoridad.

—¿Y serás capaz de poner tu mano sacrílega sobre un sacerdote, aunque te manden hacerlo?

—Yo no te pondré la mano encima, padre, aunque nos has hecho mucho mal desde que viniste; pero te haré poner buenos grillos y cadenas, si te resistes á quien manda más que tú en este mundo y en el otro.

—Dios me libre, cacique, de oponerme á

las sagradas órdenes del señor Obispo, y más siendo inocente; pero al ménos me permitirás algunas horas para que arregle mis papeles y tome mis últimas disposiciones con este caballero, que es casualmente pariente mio.

—Se me previene que rocoja en el acto y remita sellados todos tus papeles á Caracas, y puedes prepararte para partir mañana por la mañana, no teniendo inconveniente comuniques lo que quieras á este señor, siempre que me jures como sacerdote, que es realmente tu pariente, y que no le dirás nada contrario al rey y á la patria.

El poco escrupuloso padre juró y perjuró al incauto Pancho cuanto quiso, sin que éste sospechára, en su buena fé, una felonía de una persona á la que por su carácter religioso tenia siempre cierto respeto, que esta vez debia serle bien fatal.

Poniéndoles un centinela de vista, que creyó era bastante por el pronto, dejó el cacique á aquellos malvados concertar con disimulo sus inícuos planes, sin sospechar

cuanto tendría que arrepentirse de semejante tolerancia.

Cuando despues el fingido pariente del misionero se alejó, el cacique hizo encerrar en su habitacion al preso, asegurando por sí mismo las puertas y cerrojos, y poniéndole centinelas que le vigiláran toda la noche hasta la hora de su salida.

V.

Poco más sería de la media noche de aquel aciago día. Los vecinos honrados del pueblo dormian en brazos de su conciencia, y de la confianza que les inspiraba su fuerte situacion topográfica, cuando despertaron horrorizados á los gritos de una horda feroz de salvajes, que los sorprendió por todas partes como un torrente de fuego.

Horrible fué el despertar de aquellas pobres gentes, que en su mayor parte pasaron del sueño á la muerte, ó á una agonía mil veces peor, porque los ojos de la vida no

les servian sino para ver destruir por el fuego y el hierro todo lo que les era más grato, sin poderlo defender.

Aquellas verdaderas furias, que se habian apoderado del pueblo por sorpresa y con la connivencia de algunos malvados del mismo, parecian gozar solo en su destruccion, porque sus teas encendidas pegaban fuego á todo lo que encontraban combustible, y sus armas sembraban la muerte de seres inofensivos ó rendidos.

Bien pronto inmensas columnas de humo y de llamas que corrian, como los arroyos de lava de un volcan, por las calles del pueblo, en medio de los estrépitos del fuego y de los lamentos de los fugitivos, fué la señal de la completa destruccion de esta desgraciada colonia, á la que no la faltó como á Roma otro Neron que gozase en su ruina.

El infame fraile debió en efecto gozar, como demonio que era, en aquel aliento abrasador de su venganza, cantada por el grito inmenso de la agonía de tantas infelices víctimas.

A este traidor y solapado misionero debieron los feroces llaneros de Paez la desastrosa sorpresa del pueblo de Santa María, en la que tambien vengaron con crueldad algunos resentimientos anteriores, además de los grandes lucros que alcanzaron.

El desgraciado Pancho, contra el que se dirigia el principal golpe, fué muerto en su misma habitacion, favoreciendo el generoso indio con su vida la huida de Estrella y de sus hijos, que pudieron evadirse mientras los asesinos se entretenian en lucha obstinada con su cuerpo.

Corramos un velo sobre las escenas de violaciones, robos y asesinatos que sufrió aquella noche la triste é inocente colonia de Santa-María, puesto que hasta el mismo fuego pareció purificarla de tan horribles manchas.

Cumpliendo, pues, la accion heroica de dar la vida por su familia, pereció el valiente Panchito, tan digno de mejor suerte por sus virtudes, que le hicieron en vida modelo digno del sencillo y generoso indio,

cuando es bien guiado por una sana civilizacion.

VI.

Estrella de la mañana, que desde la aciaga muerte de su amado Pancho andaba errante y fugitiva con sus hijos, haciendo, cual triste tortolilla viuda, resonar los bosques con sus lamentos y sollozos, fué la que á los pocos dias advirtió á Solís la desastrosa situacion de la colonia, y la que le impidió que cayera desprevenido en las manos del feroz misionero, que no le hubiera perdonado la vida.

—¿Pero cómo los republicanos pudieron sorprender á la gente armada del pueblo? preguntaba Solís á la india.

—El padre, que por desgracia tenia tambien muchos partidarios entre nosotros, hizo aquella aciaga noche que los enemigos se apoderáran de las puertas del campo, asesinando á sus guardianes y á casi todos

los leales del pueblo antes que pudieran defenderse.

—¿Pero el castillo se ha salvado del incendio? interrumpió inquieto el comandante.

—Las llamas destructoras se detuvieron ante sus fuertes murallas, no conviniendo tampoco á los republicanos destruirlo, aunque se entregaron dentro á un horroroso saqueo, salvándome yo y mis hijos por el sacrificio de mi amado Pancho, que entretuvo á los enemigos con su cuerpo, exclamó sollozando Estrella.

—¡Noble y generoso amigo, que ha tenido un fin digno de su hermosa vida!

Compadecido Solís de la triste situación á que habia quedado reducida Estrella, quiso auxiliarla con todo el numerario de que disponia, pero la india, que contaba con el apoyo de los buenos caribes, y que realmente era de sencillas costumbres, no quiso privarle de los recursos con que contaba.

VII.

No se arredró el valiente Solís con la contrariedad que le produjo la pérdida del fuerte de Santa María, y despidiéndose de la pobre Estrella marchó á los pueblos de la Divina Pastora y Tapaquiere, donde reunió en poco tiempo más de quinientos indios caribes, que procuró armar y uniformar con los recursos que recibió de Moytaco.

Tambien se reunió al comandante un poderoso destacamento de quinientos negros del pueblo de San Luis de Guara-Guaraico, gente lucida y valiente, que toda ella pagó despues con la vida su lealtad á España.

De estos negros hemos tenido ocasion de hablar al referir la trágica historia de la *Pantera negra* que fué su jefe ó cacique.

Luego que Solís organizó todas estas fuerzas lo mejor que le fué posible, se dirigió contra la que fué colonia de Santa

María, resuelto á castigar al pérfido fraile, causa principal de sus desgracias.

El padre Sevilla, confiado en la casi inespugnable defensa del castillo, esperó á Solís provocándole con insolencia á la lucha, pero cuando ménos lo pensaba le dieron muerte sus mismos desmoralizados partidarios, que abrieron las puertas al jóven comandante y á sus tropas.

Con variada fortuna siguió despues Solís haciendo la guerra por estos territorios defendiendo la bandera de España con sus propios recursos, á pesar del desden con que era siempre mirado por los peninsulares, que no le perdonaban el ser venezolano.

Sin embargo, el animoso jóven cumplia un deber que creia de conciencia; siguiendo las ideas que sus padres sembraron en su noble alma, y pensando siempre que la madre pátria, tan gloriosa por su historia, era agena á la miseria de sus hijos. Despues la fatalidad habia interpuesto en su camino la inocente sangre de su madre y de otras personas queridas, cuyo

obstáculo, que lo separaba tambien de los republicanos, era un abismo insondable para sus generosos sentimientos.

José Antonio Paez, ardiente republicano, que habia sido en otro tiempo buen español y gran amigo de Solís, combatia ahora con éste en estas comarcas, donde tambien tenia grandes influencias, habiendo logrado reunir á sus órdenes á los valientes zambos y mulatos, tan injustamente maltratados como él por el general Morillo, en pago de sus leales servicios.

Ambos jóvenes Solís y Paez, se hacian ahora una guerra á muerte, á pesar de los recuerdos de su pasada amistad, los que tal vez eran causa de su mayor encono, porque hay exigencias que se dispensan mejor á un extraño que á un amigo.

Habian empezado con invitaciones afectuosas, despues con bromas pesadas y sangrientas y concluido con un odio feroz, como si hubiera mediado entre ellos ofensas de muerte.

Como muestra de estas terribles bromas, citaremos las siguientes: un dia recibió

Solís un recado afectuoso de Paez, en que éste le citaba en cierto sitio seguro, donde decía que hablarían, olvidando sus pasadas diferencias y recordando su perdida amistad. Cuando el confiado y leal Benito acudió al sitio de la cita, se encontró rodeado y atacado por feroces enemigos, de los que se salvó milagrosamente, no sin algunas heridas aunque leves, entre las risas y las burlas de su amigo que lo presenciaba.

En desquite Solís hizo que llegára á las manos de Paez una caja primorosa, como regalo de una mujer á quien este queria mucho, y al abrirla el confiado amante saltó de ella una terrible víbora de que se salvó milagrosamente.

Por este estilo ambos jóvenes se dieron algunas burlas y chascos, que concluyeron por hacerlos más precavidos y por enconarlos en sus sentimientos rencorosos.

Solís llevaba, sin embargo, la peor parte en esta contienda sangrienta, pues mucha extension de este territorio se hallaba dominado ya por los republicanos, y solo se sostenian pequeñas partidas dispersas, in-

significantes muestras del poderoso fuego español que iba á ser extinguido muy pronto.

Tales fueron al poco tiempo los efectos de la fatal expedicion de Morillo y de su gente, que con sus desaciertos y torpezas auxiliaron más que nada la independencia de Venezuela.

Ya no existian los Bobes, Monteverdes y otros muchos distinguidos y valientes españoles, que apoyados en los elementos propios del país, que sabian halagar, pudieron contener los progresos de la insurreccion y hasta extinguirla.

Por el contrario, los expedicionarios, llenos de orgullo, se apoderaron de todos los mandos, tratando con el mayor desprecio á los indígenas leales, en los que solo veian enemigos encubiertos, y bien pronto con su conducta imprudente establecieron un abismo de sangre entre la madre-pátria y sus hijos venezolanos.

Maltratado Solís en varios desgraciados encuentros, tuvo que refugiarse con su gente en el fuerte de Santa-María, donde le si-

guió Paez con numerosas fuerzas y algunas piezas de artillería.

Débil baluarte era dicha plaza para resistir tan poderosos enemigos, y aunque así lo conocía el joven comandante, se dispuso, sin embargo, á morir en su última defensa.

Paez se lo habia pronosticado no hacia mucho tiempo, gritándole en cierta ocasion en que podian oirse:

—Tu terquedad, Benito, te llevará por fin á Santa-María, donde te acosaré como á una fiera, para cogerte y encerrarte en una jaula, que es lo que merece tu locura.

Las murallas que al pié de la colina impedian antes la entrada á los indios de la campiña, si era para estos últimos una balla respetable, no tenia condiciones sólidas contra un ejército sitiador de otras armas, por lo que Solís, aunque se propuso resistir en ellas lo que le fuera posible, fundó su principal esperanza en el castillo, que por su altura presentaba una defensa más formidable.

Como este pueblo era su último recurso,

procuró con tiempo Solís allegar cuantiosas provisiones y otros elementos necesarios para resistir un largo sitio, contando con las abundantes aguas que brotaban por todas partes de la colina, que le ponian á cubierto de tal necesidad.

Contaba además con algunos valientes negros de San Luis y otros indios caribes que le permanecian fieles, todos decididos soldados, bien armados de fusiles, que estaban prontos á dar su última sangre en defensa de España y de su idolatrado jefe.

Paez, que le seguia de cerca con más de cinco mil hombres, estableció desde el primer momento un riguroso bloqueo á la pequeña plaza, y con sus cañoncillos empezó á batir las murallas exteriores, que aunque construidas de madera y adobes resistieron el primer empuje, logrando los valientes negros rechazar á los agresores desde sus aspilleras.

Las balas de cañon abrian en la muralla un boquete redondo igual á su tamaño, lo cual no perjudicaba por entonces á la defen-

sa, porque en todo caso era una tronera más por la que hacian despues fuego los valientes sitiados.

La débil y flexible construccion de estos muros hacia difícil el poder practicar con la artillería una ancha brecha para lanzar columnas al asalto, por lo que Paez tuvo que discurrir otro medio más eficaz, porque los defensores dañaban mucho á su gente desde las aspilleras, impidiéndola acercarse.

Muchos dias pudo Solís resistir de esta manera los ataques que desde el campo le daban sus enemigos; pero no estaba tranquilo, porque conocia los muchos elementos de la guerra que existen para derribar sus frágiles murallas, lo que le impulsó á tomar sus precauciones exteriores para el porvenir.

En efecto, una mañana voló con grande estrépito un gran lienzo del muro, por una ingeniosa mina que no tuvieron lugar de impedir los sitiados. Colocado el valiente comandante con algunos de los suyos sobre la ancha brecha, resistió el tiempo sufi-

ciente para que sus soldados se retirasen á varias trincheras inmediatas, que impedían la subida de la colina, decidido á prolongar su defensa en estos obstáculos escalonados.

Luego que tuvo recogida toda su gente, se retiró Solís con buen orden á los suyos, y empezó la defensa de su segunda posición, resuelto á que sus enemigos regáran con sangre toda la colina, que tenían preparada al efecto con formidables trincheras.

Los sitiados habían sufrido hasta ahora escasas pérdidas escudados con sus parapetos, y en cambio los sitiadores llevaban perdidos muchos hombres en su peligrosa agresión.

Solís hizo un día una afortunada salida con gente resuelta y logró sorprender á sus enemigos, clavándoles sus cañones, y pegando fuego á los restos de la muralla que acababa de abandonar, la que ahora le perjudicaba mucho, porque escudaba á los sitiadores, dueños de ella.

Rudo golpe fué este para Paez, y aunque recibió auxilios que le indemnizaron de

sus grandes pérdidas, procuró ser más precavido en lo sucesivo, y seguir el sitio con todas las reglas del arte, no menospreciando, como lo habia hecho hasta allí, á sus valientes y astutos enemigos.

VIII.

Una hermosa mañana en que el lucero del alba anunciaba la próxima salida del sol, vemos á Solís montado en un hermoso caballo, marchando con precaucion por la llanura inmediata á la plaza sitiada, de la que habia salido por una mina secreta.

Fuera del alcance de sus enemigos que no podian sospechar su peligrosa correría, entregó el jóven su imaginacion á las tristes ideas que le atormentaban, halagando á su melancolía aquella magnífica soledad que le rodeaba.

A pesar de sus escasos años de existencia, pocos séres habian sufrido golpes más horribles y en pocos se habia cebado tanto

la mala suerte, por lo que el pobre jóven ansiaba el término de su triste vida, sin fuerzas para resistir más larga prueba.

¡Triste humanidad, cuyo espíritu se purifica en el terrible crisol del sufrimiento, sin que el mismo Dios como hombre se librara en la tierra de su calle de amargura!

Un momento que las miradas del jóven se fijaron en la selva inmediata, que se presentaba á su vista como una larga mancha en aquella extensa llanura, su hermoso caballo, que era de ordinario dócil y pacífico, empezó de pronto á dar grandes saltos y resoplidos, pudiendo apenas contenerlo con las riendas.

Bien conocia Solís que el instinto del noble bruto le advertia algun peligro eminente y desconocido, por lo que concluyó dándole libertad, que aprovechó este en tregándose á una desalentada carrera, como si estuviera poseido del vértigo.

De repente sintió Solís caer en las ancas de su caballo una cosa pesada, quedando aterrado al encontrar sentada detras de él una enorme pantera, el célebre y terrible

jaguarete, animal tan feroz y ligero, que cae como el rayo sobre sus víctimas, temiéndole hasta el mismo *puma*, el leon de Costa-firme.

El pobre caballo, loco de desesperacion al sentir el enemigo que llevaba encima, daba botes terribles, saltando desbocado por encima de todos los obstáculos y precipicios que encontraba en su vertiginosa huida, creyendo librarse así del peligro que le seguia como una horrible pesadilla.

Solís voluntariamente, ó tal vez no pudiendo resistir aquellas desesperadas sacudidas de su cabalgadura, vino á caer por fortuna sobre un espeso matorral, que le libró del golpe y de la horrible fiera.

Luego que el jóven se incorporó, tuvo el sentimiento de ver á su pobre caballo seguir montado mucho trecho por su terrible ginete, que asegurado sobre la grupa con sus garras, parecia gozar con las angustias de su víctima, sin ocuparse más de su persona.

Aunque esto último tranquilizó á Solís, no vió sin disgusto que la pantera, cansada

de su extraño paseo, se arrojó por fin al cuello del triste caballo, cayendo ambos en tierra revueltos en horrible y desigual lucha.

Todo concluyó bien pronto para la pobre víctima. La pantera metió en el pecho del caballo su feroz hocico, bebiendo con delicia su sangre en medio de las convulsiones de su dolorosa agonía.

El jóven comandante no pudo evitar esta terrible catástrofe, porque aunque conservaba su espada y una pistola de arzon, eran estas armas inofensivas ó poco ménos para la monstruosa fiera, á la que hubiera acometido si conservára su fusil, que colgado se llevó el caballo en el arzon de la silla.

Por ello, aconsejado por la prudencia procuró Solís salvarse de aquel peligro, marchando apresuradamente hácia el objeto de su expedicion, escondido entre la maleza y arrastrándose muchas veces contra el suelo, mientras que la fiera parecia entretenida con su presa.

Cuando alcanzó los primeros árboles de

la selva se creyó ya en salvo, porque habia corrido mucho trecho sin descubrir síntomas que le alarmáran.

De repente se detuvo el jóven sorprendido y horrorizado, cuando marchaba más tranquilo, al descubrir acechándole y escondida á la feroz pantera, cuyos ojos de fuego y cuya larga cola, moviéndose entre las matas á uno y otro lado, denunciaban su presencia traidora.

Se creyó perdido sin remedio, si no lograba evitar aquel desigual combate, por lo que, imitando la astucia de los indios, procuró apartarse de la senda en que le esperaba su feroz enemigo, que parecia divertirse con él en aquel terrible juego.

Cuando pasado algun tiempo de marchar á buen paso por entre los ocultos matorrales y árboles del bosque, pensaba Solís haberse libertado ya de la pantera, volvió á encontrarla de repente acechándole de nuevo, agachada y en actitud de lanzarse contra él.

El valiente jóven conoció no le quedaba más recurso que atacar resueltamente á su

tenaz enemigo, por lo que arrostrando el peligro se lanzó intrépido á su encuentro con la espada en una mano y la pistola en la otra.

Sucedió entonces una escena terrible y veloz como el rayo. Solís vió venir sobre él, como de las nubes, al feroz animal, con sus fáuces abiertas y sus garras crispadas, cayendo en tierra revuelto con la fiera, cuyo ancho pecho tuvo la suerte de atravesar con su espada, disparándole la pistola á boca de jarro.

La monstruosa pantera quedó del golpe muerta instantáneamente sobre el jóven, al que salvó esta feliz circunstancia, porque un solo momento de agonía le hubiera costado la vida.

Sin embargo Solís permaneció en tierra debajo de la fiera mucho rato, porque habia recibido en la cabeza un terrible manotazo que le privó del conocimiento.

IX.

Cuando el comandante volvió en sí, se

encontró con la cabeza vendada en brazos de Estrella de la mañana, á quien volvemos á ver en medio de aquellos agrestes bosques acompañada de varios indios caribes.

La pobre viuda tenia en su fisonomía, antes tan interesante, tan marcado el sufrimiento, que éste habia borrado todas las huellas de sus pasadas gracias.

Sus profundas y secas ojeras indicaban, que ni lágrimas quedaban á la infeliz para llorar sus desventuras.

—¡Oh Dios mio! exclamó cuando el joven abrió sus ojos. Creia que mi mala suerte me reservaba tambien el nuevo dolor de ver morir entre mis brazos al que quiero como á mis hijos.

—¿Qué me ha sucedido Estrella? preguntó Solís desfallecido.

—Estábamos muy cerca de tí, en el bosque, cuando hemos oido un tiro. Acudimos corriendo y te encontramos tendido en tierra, privado de conocimiento y con todo el rostro ensangrentado.

—¡Ah! Sólo recuerdo que he luchado

con una horrible pantera que me perseguía.

—Y á la que has dado muerte, porque estaba á tu lado sin movimiento atravesada con tu espada.

—Todo me lo explico, dijo el jóven incorporándose. Al saltar la fiera sobre mí atravesé su pecho con mi espada y la disparé mi pistola, recibiendo un tremendo manotazo que me derribó aturdido. Esto no merece ya la pena de ocuparse de ello, y solo me importa el asunto que me trae á tu lado. Necesito, Estrella, que á todo trance me des algunos hombres con que reemplazar las muchas bajas que hemos sufrido estos dias.

—Pobre niño mio. Si viviera mi valiente Pancho no necesitarías más auxilio que el suyo; pero su infeliz viuda es una triste tórtola que solo sabe aturdir los bosques con sus lamentos. Pobre cierva perseguida por los sabuesos de la desgracia, nada puede hacer por su hijo Benito, aunque está dispuesta á recibir en su pecho la flecha que vaya dirigida contra él. Sin em-

bargo, aquí tienes, hijo mio, á mi hermano Pedro, que es fuerte como la palma moriche, y que te auxiliará con muchos tígres suyos, para que destruyais esa plaga que aniquila nuestros hermosos campos y á nuestra santa religion.

Un indio fuerte y robusto, aunque de edad avanzada, salió entre los que acompañaban á Estrella, y mostrando á Solís una flecha, le dijo con arrogancia:

—Esta flecha atravesará el corazon de los impíos que arrancaron la cabellera de nuestro *Guay-cay*, y defenderá á los que fueron sus amigos y protectores. Pedro, que se llamaba antes entre los gentiles el *Rayo*, aunque ahora es ya cristiano, volverá á ser el fuego exterminador para destruir á sus enemigos los llaneros.

—¿Con cuántos guerreros cuentas? preguntó Solís al indio.

—Con todos los que quieras, porque la trompeta sagrada de nuestro cacique manda á los caribes fieles obedecerte como nuestro jefe, y que defendamos el templo de Santa-María, donde nos enseñaron á

conocer al verdadero Gran Espíritu y á ser buenos cristianos.

—Por el pronto necesito que me acompañen dentro de la plaza cien guerreros escogidos, á los que armaré allí con buenos fusiles.

—Yo mismo seré uno de ellos, si me admite nuestro jefe á sus órdenes, dijo Pedro haciendo ademanes belicosos.

—No, valiente Pedro, replicó Solís; tú serás más útil á la buena causa organizando fuera de la plaza todos los indios que puedas reunir, para que ataquemos á nuestros enemigos por todas partes.

—El guerrero Pedro obedecerá á su jefe como la flecha al arco, aunque siente no ser disparado al instante para atravesar el pecho de sus enemigos.

—Todos tendremos mucho que hacer, valiente Pedro, porque son muchos los que nos atacan.

—Soltaremos, comandante, los diques del mar caribe, y toda esta nacion de valientes, que ahora está dormida, inundará con sus oleadas de guerreros las sabanas de la

Guayana para ahogar á los malditos llaneros y sus impíos auxiliares. Yo con mis guerreros seré el terrible brazo de Dios que exterminará á sus filisteos.

—Mientras mi hermano Pedro te reúne los valientes guerreros que han de acompañarte, vente á mi rancho, hijo mio, donde descansarás algunas horas de tus fatigas.

Solís, que no podia volverse á la colonia hasta la noche, siguió á Estrella á su rústica habitacion, porque realmente necesitaba reponer sus perdidas fuerzas.

Cuando Solís se encontró en el modesto rancho de Estrella, tendido sobre unas pieles, no pudo ménos de notar los estragos que las desgracias habian causado en la pobre viuda.

Una vejez prematura habia desfigurado sus interesantes facciones, y aunque sus hermosos ojos velados por la tristeza no despedian ya los fulgores que le hacian antes tan seductores, conservaban sin embargo toda su bondad y dulzura.

La pobre india, criada con tantos cariños por sus padres y despues atendida por su

apasionado esposo con cuidados relativamente régios, se veía desde la triste muerte de este último, precisada á vagar por los bosques con sus pequeños hijos, sufriendo las intempéries y mil privaciones por más que la pródiga naturaleza cuidára de su frugal alimento.

Cuando su idolatrado Panchito cayó muerto desastrosamente, creyó morir de dolor y desesperacion; pero aprendió por triste experiencia que el infortunio no mata, y rogó á Dios no le diera todas las desgracias que podia sufrir.

Los sanos principios de moral religiosa que habian fructificado en su noble alma, la dieron la conformidad cristiana, que alienta á seguir ese camino de sufrimiento, que es el destino de la humanidad para merecer mejor vida. Luego los sagrados deberes de la maternidad la mostraron esa ley inflexible de la naturaleza, que hace esclava á la mujer del cuidado y cariño de sus hijos.

Al refugiarse en las agrestes selvas con su pequeña familia, huyendo del cruel

fraile, que la habia privado de todos sus bienes y ventura, conoció la pobre india su debilidad de mujer, aprendiendo por una terrible é inesperada catástrofe, que no podía vivir por sí sola.

Cuando un dia se creia más segura y tranquila, una monstruosa serpiente le arrebató de sus mismos brazos, sin que pudiera impedirlo, al hijo que más amaba, por que suele ser el más desgraciado el más querido.

El feroz reptil, que causó á la pobre Estrella tan gran desgracia, era la terrible culebra de cascabel, el *crotalus horridus*, ese mónstruo ponzoñoso que con el terror y el vértigo fascina á los demás animales, como la horrible boca de un abismo.

Esta terrible serpiente, cuyo cuerpo suele alcanzar el grueso de un hombre, permanece en los bosques de América inactiva y enroscada como un enorme cable, esperando traidoramente el paso de su víctima, que no se escapa de su voracidad, cuando despliega con la velocidad del rayo sus pintados anillos.

La elasticidad de sus fáuces y de su cuerpo, unido á la saliva viscosa, en que envuelve á su presa, le permite tragarse hasta reses mayores, cuyos cuernos tiene en la boca semanas enteras, hasta que la putrefaccion le alivia de aquel obstáculo, que no pudo engullir.

Es prodigiosa la fuerza que desarrolla este reptil en sus anillos, que como yunques muelen los huesos antes de la deglucion, dejando el cuerpo de su víctima estrecho y estirado como un largo embutido.

El activo veneno que destilan sus dientes, sus fuerzas admirables y su horrible figura, hacen de este asqueroso reptil uno de los peligros más horripilantes de las Américas.

La serpiente que arrebató á Estrella su hijo no la devolvió su presa, por más que la pobre madre se la disputó y defendió con sobrada imprudencia; pero el monstruo pareció respetar su dolor delirante, porque se alejó de ella sin hacerla más daño.

Aquella terrible desgracia obligó á Estrella á buscar el amparo y la compañía de

otros séres más fuertes, de los que antes huía en su tristeza, y desde entonces varios indios caribes se honraron protegiendo á la que habia sido esposa de su cacique.

La construyeron una modesta vivienda en medio de los bosques, rodeada y defendida por sus bohios, y ya nada la faltó de lo más preciso para su selvática vida, cuidándola las indias con el respeto é interés que las inspiraba sus grandes desgracias.

La mejor pieza de caza, el más delicado fruto, el ramo de flores más hermosas eran siempre para ella y sus hijos. Tantos cuidados y atenciones no pudieron ménos de darle gran consuelo en su triste desventura.

En sus paseos y escursiones por las selvas acompañaban siempre á Estrella algunos indios é indias que á porfía la aliviaban en todas las fatigas.

Por lo demás, en la vida nómada que se veía obligada á hacer en ciertas temporadas del año, conducía la pobre viuda en sus brazos á su hijo más pequeño, porque no

se atrevia á confiarlo á nadie despues de su pasada desgracia.

El otro mayor que tenia de ocho á diez años, era ya un robusto muchacho que empezaba á ser útil á su madre, consolándola con su genio alegre y con su presencia arrogante, en la que veia la triste viuda el vivo retrato de su malogrado esposo.

Los indios bravos miraban al pequeño Pancho con orgullo y respeto, porque esperaban que con el tiempo llegára á ser tan valiente cacique como su padre, de lo que daba brillantes muestras el muchacho, cuando tenia que arrostrar algun peligro en las selvas.

Solís pasó aquel dia de expansion al lado de Estrella y de sus hijos como si estuviera en medio de su familia, porque el pobre jóven no tenia ya en el mundo personas que le fueran más íntimas y queridas.

Apenas la noche tendió sus sombras sobre la tierra, se presentó Pedro á Solís con cien indios bravos armados de arcos y flechas, gente escogida y dispuesta, de la que se prometia mucho el primero.

—Cuando lo ordenes, comandante, dijo el valiente indio á Solís, toda esta gente te seguirá como siguen los rayos al fragor de la tormenta, para exterminar á tus enemigos, que lo son tambien nuestros.

—Dios quiera darnos la victoria para volver la tranquilidad á este generoso pueblo, de que tambien yo soy hijo, exclamó el jóven tendiendo su mano al valiente Pedro.

—Ojalá vuelvan pronto los dias en que vivian tus padres y el generoso sacerdote, que como el sol beneficiaban con los reflejos de su inteligencia y de su virtud estos hermosos campos, tan desolados ahora por la ausencia de su sabiduría y de su bondad.

—Si tenemos todos constancia y valor venceremos á los enemigos de nuestra pátria, y volverán los dias claros y serenos que tanto echas de ménos.

—Yo era en la colonia de Santa María de los más predilectos, y mi amaca se mecía inmediata á la de nuestro malogrado cacique.

—Ya sé, Pedro, que por tu virtud todos te amaban, y te preferían en aquella feliz sociedad.

—Cuando mataron traidoramente al cacique, Pedro estaba lejos de su lado por desgracia, sino nuestras almas hubieran volado juntas á las regiones etéreas. Por eso deseo dar cuanto antes mi sangre para ahogar con ella á sus infames asesinos, y marchar á reunirme con nuestros amigos, que más felices viven en un mundo mejor.

—Si Dios nos ha dejado en la tierra tristes y abandonados de los nuestros, es porque nos reserva una dura misión que realizar. Cumplámosla, Pedro, y que se haga su santa voluntad.

—Tienes joven la fortaleza de tu padre, y la sabiduría de su anciano amigo; por eso eres digno de mandar á los guerreros caribes, que te seguiremos como un torrente de fuego que abraza las plagas de Faraon que asolan nuestros campos.

—Reune, Pedro, todos los guerreros que puedas, y ataca por fuera á nuestros des-

cuidados enemigos, que yo con los míos te ayudaré á completar su ruina.

—Si mi voz es oída y logro despertar á los dormidos caribes, bien pronto conocerás por los torbellinos de nuestra venganza, que el fuego de Dios se encarga de purificar esta corrompida atmósfera.

Poco despues Solís, seguido de los indios, se despidió de Estrella y de Pedro, y con el mayor sigilo se dirigieron hácia el pueblo de Santa María, donde llegaron no sin un sangriento choque con los sitiadores, á los que arrollaron con valor é intrepidez.

X.

Han pasado muchos dias y vemos á los sitiados de Santa María estrechados en un círculo de hierro, y reducidos á las últimas murallas de la fortaleza, habiendo perdido palmo á palmo todas las defensas de la colina, que unos y otros regaron con abundante sangre.

Varios cañones de los republicanos baten de continuo estos muros, último refugio de aquel puñado de valientes, esperando que sus estragos abran ancha brecha, por la que esperan impacientes lanzarse al asalto.

Han desaparecido todos los edificios que constituían el pueblo, y toda la hermosa vegetación que lo embellecía, y la colina es ya un montón de ruinas que sirven de resguardo á los tenaces combatientes.

¡Horrible Belona, cuyo paso de fuego y sangre arrasa todo lo que encuentra!

En vano Pedro con muchos indios fieles hizo varias tentativas generosas para socorrer á los sitiados; siempre fué rechazado con pérdidas enormes, que acabaron de amortiguar el entusiasmo de los pobres caribes.

Ya había sonado por aquellos tiempos la última hora de la dominación española en Venezuela, y solo se sostenían algunos espíritus tenaces y fieles, que como Solís y Pedro alentaban un incendio aislado, próximo á extinguirse por completo,

Viendo Pedro lo infructuoso de sus tentativas, y que los sitiadores recibian cada dia nuevos refuerzos, que les hacian más poderosos é invulnerables, se decidió á meterse dentro de la fortaleza, para que al ménos el lugar de su nacimiento fuera tambien el de su tumba.

La guarnicion habia quedado horriblemente mermada y los sitiados que restaban, familiarizados con la muerte, famélicos y estropeados, parecian á los héroes épicos de Numancia y Zaragoza. Es que en todas partes y tiempos donde hierve la ardiente sangre española se reproducen las mismas nobles hazañas.

En tanto que los cañones abrian la brecha casi á boca de jarro, y una columna de republicanos escogidos esperaba el ansiado momento de dar el terrible asalto, otro peloton no ménos valiente aguardaba impávido detras de los débiles parapetos cerrar con sus pechos las entradas de su honra y de su pátria.

Unos y otros solian estar con frecuencia tan cerca que se hablaban y provocaban,

mientras procuraban darse la muerte con el feroz ensañamiento de las guerras civiles.

Los dos valientes caudillos Paez y Solís cuando se encontraban, separados solo por sus defensas, no dejaban de saludarse con sus continuas chanzas y pullas, concluyendo por separarse disparándose sus pistolas con ciego furor en su eterno duelo.

Una tarde asistimos á los últimos momentos del aquel puñado de valientes indios caribes, que aunque no han tenido un Ercilla que cantara sus ignoradas hazañas, no son ménos dignos de la epopeya que los Araucanos.

Cuando la brecha quedó practicable, los feroces llaneros con Paez á la cabeza se lanzaron al asalto, siendo recibidos con una descarga cerrada que derribó á los primeros agresores.

Otros, locos de furor, reemplazaron á los caídos, pasando por encima de sus cuerpos y blandiendo las formidables hachas con que iban armados.

Los negros de San Luis y los fieles cari-

bes no cedían su puesto de honor, sino cuando caían acribillados de heridas, estando sobre el terreno mezclados asaltantes y sitiados, como una manada feroz de lobos rabiosos, que se despedazaban por una presa.

Sin embargo, los heróicos defensores fueron poco á poco sucumbiendo agobiados por el número de sus enemigos, extinguiéndose sus existencias como se apagan las luces de una iluminacion á impulso del viento.

Un espantoso monton de cadáveres de uno y otro bando cubrían poco á poco toda la cuesta de la colina inmediata al castillo, y aquellos infelices, llenos de vida y salud momentos ántes, eran ahora horribles venenos de sangre humeante, que corría en arroyos por la pendiente.

No puede mostrarse una escena más terrible de los estragos de la guerra que estos horrores, que debieron dejar bien satisfecho al génio maléfico que batía sus negras alas sobre los campos de Venezuela.

Hubo herido que arrastrándose algun

trecho moria satisfecho clavando su puñal en el pecho de otro agonizante enemigo.

De los numerosos defensores solo dos hombres se sostenian sable en mano sobre un monton de escombros, apoyados el uno en el otro porque ambos estaban heridos. Parecia que el génio de la guerra hacia invulnerables estos dos titanes, cuyas siluetas se dibujaban enaquel horizonte de sangre y de fuego, como si por un momento admirára su heroico valor.

Eran Solís y su fiel caribe Pedro, que juntos dominaban aquella escena de desolacion, desafiando la muerte.

Aquel admirable espectáculo de heroismo solo podia durar un momento, porque los dos hombres estaban cercados por millares de enemigos victoriosos que arrojaban sobre ellos nubes de balas y de flechas.

En efecto, Solís cayó en tierra, y entonces su compañero dió un terrible salto, y desapareció de la vista de sus enemigos como por encanto.

Cuando la noche pareció ocultar con sus

sombras los horrores que dejamos descritos, muchos republicanos victoriosos acudían con teas encendidas hácia el sitio donde se oían los lamentos de algun herido, al que socorrian si era amigo, ó remataban con feroz crueldad si era enemigo.

Solís, que cayó en tierra aturdido por una herida que tenia en la cabeza, fué tambien recogido por orden de Paez, alejándole de aquel horrible cementerio insepulto.

Los ferozes llaneros invadieron como fieras hambrientas todas las dependencias del castillo, no solo para robar y destruir lo que encontraron, sino para gozarse con embriaguez en su obra desoladora.

Sus frenéticos gritos de triunfo y alegría debieron horrorizar á la misma muerte, cuyo blanco sudario era la sola bandera que ondeaba triunfante en lo alto de aquella colina.

XI.

Dejemos este sitio lúgubre y descendamos á los sótanos del castillo, donde se refugió Pedro, luego que vio caído en tierra á su valiente jefe.

Una puerta de hierro le separa y defiende de sus furiosos enemigos, cuyos gritos frenéticos de triunfo no parecen asustarle, y por el contrario los escucha con alegría feroz, sostenido con sus dedos crispados en una pilastra, y teniendo una tea encendida en la mano.

Era cosa horrible el considerar, á la luz de la resina, aquel hombre moribundo, con todo su cuerpo medio desnudo lleno de heridas y de sangre, semejante al génio de la venganza, contemplando con feroz sonrisa muchos toneles de pólvora que se encuentran á su inmediacion.

Aunque sus heridas le atormentan hor-

riblemente, y parece sostenido en pié por un poder sobrenatural, solo se ocupa con la alegría de un demonio en los terribles efectos que va á causar cuando aplique su mecha á los toneles, prolongando el placer que le produce esta feroz idea, como el niño que saborea un dulce antes de comerlo.

El pobre Pedro, ántes tan bueno y generoso, se encuentra ahora excitado como un loco furioso por sus dolores y por su fanatismo religioso, creyendo que tiene la mision sagrada como Sanson de exterminar aquellos filisteos.

Cuando el ruido exterior se hizo más intenso y una turba inmensa llegó á golpear en la puerta del sótano, les gritó con voz estentórea:

—¿Qué quereis...?

—Entrar, perro caribe.

—Pronto entrareis en los infiernos, porque estoy rodeado de toneles de pólvora, y tengo la mecha en la mano, con la que vais á volar por los aires.

Al escuchar estas terribles palabras, cuya

verdad comprobaron muchos, observando los sótanos por la cerradura de la puerta, huyeron en tropel todos aquellos miserables, haciendo un ruido extrepitoso, y lanzando gritos de espanto.

Pedro les dejó alejarse un momento, y soltando una carcajada sardónica, cuyo eco se repitió de una manera lúgubre por aquellas bóvedas sombrías, se adelantó casi arrastrándose hácia los toneles, á los que aplicó su terrible tea.

Solís y los que le conducian, al alejarse del que fué pueblo de Santa María, debieron quedar aterrados al escuchar la espantosa y atronadora explosion, que como un tremendo volcan iluminó por un momento todos los contornos, arrojando por los aires escombros y restos humanos.

En aquella catástrofe, que todavía no ha olvidado Venezuela, perecieron muchos centenares de indios republicanos, que en union á los que sucumbieron durante la lucha hacen de aquel sitio una verdadera hecatombe en aras de la naciente república.

Paez, por querer escoltar él mismo á Solís, se salvó de aquel gran cataclismo, que aniquiló á sus mejores oficiales y soldados.

XII.

Pocos dias despues de los verídicos sucesos que dejamos narrados, en una mísera casa del pueblo indio de la Divina Pastora, se encuentran reunidos muchos vecinos del mismo, escuchando con religioso silencio á Estrella de la mañana, que les habla poseida de la mayor angustia.

—Todos sois indios caribes, y muchos habeis vivido en Santa María, donde habeis visto crecer al valiente Solís, al hijo de mi alma, que quieren ajusticiar mañana por haber defendido la sagrada mansion de nuestros caciques y de nuestra religion. Si dejais quo esto suceda, sereis todos malditos, y mi esposo pedirá al supremo manitú

que os aniquile por miserables y cobardes.

—El guerrero de quien hablas, replicó uno de los presentes, es un jóven jefe, á quien nos mandó obedecer nuestro cacique; pero la tierra está inundada por los mares de nuestros enemigos y el que intentára salvarle moriría ahogado entre sus olas insondables.

—El guerrero cobarde, dijo Estrella con tono inspirado, disculpa su miedo con el gran número de sus enemigos; pero el valiente no los cuenta, y sabe morir peleando, si no puede vencer. ¿Olvidais, miserables, que el jóven jefe á quien no quereis socorrer es hijo del protector de nuestro desgraciado cacique, v al que debeis tambien tantos beneficios? La sombra ensangrentada de mi marido os manda exterminar á sus asesinos, y que protejais al que quiso como hijo.

—Los llaneros nos han ofrecido su proteccion, y vencedores no han querido adornarse con nuestras cabelleras.

—Sois tan cobardes, que como una manada de ganado os creéis seguros estando

guardados por los lobos, pero bien pronto lo expiaremos sucumbiendo poco á poco para alimentar su voracidad.

—La mujer de nuestro cacique tiene razon, gritó uno de los presentes. La paz con nuestros enemigos los llaneros, es hoy la humillacion del pueblo caribe, y mañana será su ruina. ¡Desgraciado del que duerme confiado en la amistad del tigre!

—Nuestros enemigos son hoy tan irresistibles como los raudales furiosos del Orinoco, y el que intente contenerlos será un insensato, que morirá arrastrado y estrellado contra sus escollos.

—Nada puedo esperar, triste de mí, de guerreros que solo escuchan los consejos del miedo, dijo suspirando Estrella.

—La flecha se retira en el arco para tomar mayor vuelo. Hoy no podemos hacer otra cosa que retirarnos para tomar fuerza con que destruir después á nuestros enemigos.

—Pues bien, sabed, cobardes indios, que mañana, si matan á mi amado Solís, presentaré mis hijos á los llaneros, para que los lobos devoren y extingan la raza de

vuestro cacique. Ni mis hijos ni yo sobreviviremos á la deshonor de los caribes, exclamó Estrella con impetuoso arranque.

Al escuchar tan terribles palabras todos aquellos indios lanzaron exclamaciones de espanto.

Amedrentados se pusieron á disposicion de Estrella sin más vacilaciones, porque cada uno preferia su muerte á la de sus amados caciques, y les horrorizaba que se extinguieran estos por cõpleto, lo cual creian señal infalible de eterna servidumbre y humillacion.

XIII.

El dia siguiente amaneció notándose desde bien temprano un siniestro movimiento en el pueblo de la Divina Pastora, habitado por indios caribes.

Un centenar de soldados republicanos, con sus fusiles afianzados, y armada la bayoneta, rodeaban una casa, en la que te-

nian encerrado al comandante Solís, que debía ser fusilado en aquella misma mañana.

Los vecinos del pueblo reunidos en grupos armados no disimulaban sus intenciones hostiles de librar al prisionero, mientras que los soldados silenciosos y preparados indicaban claramente, que no se efectuaría esto sin lucha sangrienta, por más que estuvieran en una minoría notable.

Al alejarse Paez con el grueso de su gente por evitar compromisos, ó quizás por algún remordimiento, cometió la imprudencia de creer que eran bastantes aquellos cien valientes que dejaba para custodiar al prisionero, no sospechando de la actitud del pueblo.

El jefe de esta fuerza era un feroz criollo enemigo personal de Solís, al que le encomendó el mortificarle para ver si podía vencer su tenacidad, pero sin creer que lo exajerára hasta el punto de disponer su muerte.

La enemistad de este sicario contra Solís no tenía más motivo, que haber recibido

muchos favores de aquel en Angostura, y haberle impedido en cierta ocasion que consumára un hecho criminal, que iba á perderle y deshonorarle, lo que le produjo odio en vez de agradecimiento.

Luego que le confiaron á Solís le hizo cargar de cadenas y grillos, complaciéndose en proporcionarle las mayores mortificaciones y tormentos en pago, segun decia con cinismo, de sus beneficios y favores.

Solís ni siquiera miraba á aquel miserable, y sin escuchar sus continuos insultos y cobardes provocaciones, se ocupaba bien poco de su triste situacion, alegrándose que tuviera un fin cercano.

Aquella mañana el criollo habia descuidado el atender á su querido amigo, segun le llamaba, porque le preocupaba más la actitud hostíl del pueblo, la que no temia sin embargo con sus valientes llaneros.

Como medida de precaucion habia enviado sin embargo un mensajero á Paez, advirtiéndole lo que sucedia, y no dudaba en recibir muy pronto auxilios eficaces, con-

tando sostenerse con su gente hasta entonces.

Entretanto tenia arrojado á Solís en el suelo de una inmunda habitacion, rodeado de precauciones, y agobiado por el peso de sus cadenas y de sus tristes pensamientos.

¡Desgraciada existencia la que habia tocado soportar á este infeliz jóven desde que tenia uso de razon!

En el terrible trance en que se encontraba ahora el pobre Solís, creyendo morir pronto, los ojos de su memoria leian todas las amargas páginas de su vida pasada, escritas con hiel y sangre, y al escuchar los feroces ahullidos de sus verdugos, casi agradecia á Dios concluyera pronto el libro de sus desgracias.

De repente un estruendo infernal de voces y descargas de fusilería le advirtió, que una lucha sangrienta y desesperada se habia entablado en las inmediaciones de su cárcel, y aquel anuncio de desdichas fué la nueva estrella de esperanza que brilló un momento para el pobre prisionero.

No dudaba que los vecinos del pueblo,

que le querian mucho, y le habian avisado secretamente, intentarían cuanto pudieran para librarle; ¿pero qué podrían estos pobres indios contra las huestes vencedoras y feroces de Paez?

La lucha entablada debia ser desventajosa para los vecinos del pueblo, porque los gritos de triunfo de los republicanos parecian indicar no sólo haberlos rechazado, sino perseguirlos lejos de la prision, todo lo cual conocia Solís, viniendo á matar su última esperanza.

Cuando más desanimado estaba se corrieron apresuradamente los cerrojos de su calabozo, y Estrella de la mañana se presentó radiante á sus ojos seguida de dos ó tres indios, que sin más aviso empezaron á limar con vigor sus fuertes cadenas.

—Pobre hijo mio, decia la animosa india ayudando á sus compañeros. Viviendo yo no podia permitir que esos infames te asesináran traidoramente.

—Gracias, Estrella; tienes un corazon noble y generoso, pero temo que tu heroica accion te cueste la vida, porque estamos

rodeados de enemigos rencorosos, que no te perdonarán. Mi influencia es fatal á todos los que me quieren bien, pobre amiga mia...

—Mi gente ha engañado á los llaneros, atrayéndolos lejos de la prision con una astuta retirada, y por pronto que vuelvan ya no podrán impedirte, que libre de tus cadenas, defiendas por lo ménos tu vida.

—Tienes razon, Estrella, exclamó Solís incorporándose y apoderándose de un arma. Venga ya la muerte, que es gloriosa defendiéndose frente al enemigo.

—A la salida de esa puerta por donde hemos entrado, encontrarás un caballo con el que te pones en salvo. Huye pues, hijo mio, que siento ya venir á tus verdugos.....

En efecto, al decir estas palabras otra puerta de la habitacion se abrió de repente, y una descarga de fusiles hizo caer por tierra á Estrella y á uno de sus compañeros.

La pobre india, sintiéndose morir gritó anhelante á Solís, que animoso se adelantó al encuentro de sus enemigos:

—Muero, hijo mio, pero sálvate siquiera para que cuides de mis hijos.

Solís, viendo muerta á su pobre amiga, último recuerdo de su pasado feliz, derramó por ella una lágrima amarga de sangre, y ganó la puerta de salida ayudado por los otros dos valientes indios. Bien pronto el escape de su caballo anunció á los republicanos que el prisionero estaba en salvo.

¡Desgraciado Solís, á donde huiría de su sino fatal!

XIV.

Sentimos realmente que la índole de esta obra no nos permita desarrollar en todos sus magníficos pormenores, los episodios gloriosos, dignos de la epopeya, que produjeron la terrible y heroica agonía del leon español en los campos de Venezuela.

Baste decir, que los restos de la inmortal infantería española sostuvieron como siem-

pre palmo á palmo el terreno en cien combates durante muchos años, luchando con su solo esfuerzo contra los elementos y las privaciones, que hacen su principal carácter, y batiéndose en sus últimas trincheras como los dignos hijos de aquellos hombres titánicos á quienes, segun Prescott, encomendó la Providencia el descubrimiento y conquista de estos extensos territorios.

En todo el año de 1821 completaron por fin los venezolanos su gloriosa independencia, guiados por hombres tan grandes como Bolivar, Paez y otros muchos héroes, hijos tambien de España, porque solo ellos podian vencer á sus hermanos.

Benito Solís que lleno de fé y patriotismo, habia acompañado á los españoles hasta el último momento, tuvo lugar de salvar la vida en la desastrosa batalla de Carabobo á un valiente indio maquiritare llamado José Ramon, que supo pagarle con su constante agradecimiento.

Muchos dias, corriendo riesgos inminentes, anduvo Solís errante en compañía de su fiel indio, buscando prosélitos para su

bandera; pero el egoismo de los unos con que contaba, y el temor de los otros desvanecieron sus ardientes esperanzas.

Es que la dulce campana de independencia habia vibrado sus armoniosos acordes por los campos de Venezuela, y el águila de su libertad se cernia orgullosa y potente en los aires, habiendo dejado el nido materno que la encadenaba.

Los republicanos funcionaban ya sin obstáculos sérios en todo el territorio de Venezuela, y hay que decir con dolor que sus primeros pasos en aquellos momentos de triunfo no fueron la generosidad, virtud que enaltece á los vencedores.

Concluida la guerra valiente de los campos empezó otra cobarde de exterminio en los pueblos, en la que los republicanos aniquilaban á los que creían enemigos sin darles cuartel.

No es posible detallar todos los actos de crueldad y de venganzas, que ensangrentaron el blanco escudo de la nueva república, cuando nada habria sido más bello y glorioso que hubiera campado en sus

cuarteles los blasones de la fraternidad y del generoso olvido, propios de un pueblo valiente y noble.

Los infelices hijos de Panchito y de Estrella fueron exterminados cruelmente para extinguir con su muerte el espíritu indómito y peligroso de los indios caribes, que aunque vencidos materialmente, solo necesitaban el aliento de algun jefe para seguir mostrando su lealtad á España.

Si el gran Bolivar hubiera seguido la senda magnánima que trazó cuando castigó con pena de muerte al feroz general Pial por su horrible asesinato de misioneros en San Félix, Venezuela sería hoy un gran pueblo, como lo merece por la ilustracion de sus hijos.

Venezuela debe creer mis palabras imparciales, porque deseo sinceramente su bien, y me honro con su noble sangre heredada del más generoso de sus hijos, que con sus tiernos recuerdos grabó en las primeras impresiones de mi alma un ideal tan entusiasta como era grande su amor pátrio. La política estrecha y rencorosa

que sigue con los extranjeros, y sobre todo con los españoles, que al fin son su historia y su sangre, aleja de sus hermosas playas no solo el comercio y la industria, sino á la poblacion, y á las ideas civilizadoras.

De seguir aislada con egoismo entre sus fronteras, sin respirar el aliento progresivo del resto de la humanidad, concluirá por retroceder á los tiempos anteriores á la conquista, en que la ocultaba la oscuridad de los mares, ménos tenebrosa que la ignorancia y la barbárie.

Otra política más prudente han seguido los pueblos primitivos, que desearon su engrandecimiento.

Roma tomaba de los pueblos conquistados no solo sus leyes y costumbres, sino hasta sus dioses, no desdeñándose la orgullosa república de confesar, que debia á Grecia todas sus ideas civilizadoras y toda su cultura.

Siracusa, fundada por colonias de Corinto, y que llegó á un estado de prosperidad superior á todos los pueblos griegos, no se

creia rebajada por solicitar consejos y jefes á su madre pátria, que le cedió hombres tan grandes como Timoleon.

En nuestros dias la misma gran república de Washington atrae con sus leyes protectoras y generosas toda la sávia de Europa, y este acertado sistema la ha convertido en la primera potencia del mundo.

La naturaleza, obedeciendo á las leyes inflexibles de la necesidad, liga á los padres en ardiente amor con sus hijos, porque solo este providencial impulso sostiene la creacion, al paso que, aunque sea triste decirlo, la ingratitud filial no perjudica al objeto material de la misma.

Sin embargo, hay otras leyes superiores á las de la materia que sostienen el alma, esa pura emanacion divina, que obliga á levantados impulsos, y que no perdona la ingratitud monstruosa de los hijos, ofensiva tambien de Dios, padre supremo de todo lo creado.

Venezuela al ser tan ingrata con su madre pátria, escarneciendo su noble cuna, no solo comete un torpe delito que le trae

la maldicion divina y humana, sino que destruye los elementos que más habian de contribuir á su prosperidad material.

Que generosa abra sus brazos fraternales á la noble España, cuyo abolengo glorioso no ha tenido jamás imperio alguno, y su leon rapante, vigorizado en sus vírgenes playas hará temblar de nuevo al mundo.

Cuando Venezuela y otras naciones hispano-americanas sean el refugio de sus hermanos oprimidos en este Viejo-Continente, irán estos como los puritanos de Cromwell á respirar las auras libres de sus bosques, y surgirá en un dia no lejano un gran dique, que contenga el torrente de sangre anglo-sajona, que amenaza inundar á toda la América del Sur.

Benito Solís, que como á otros muchos venezolanos, aunque pudieran haber equivocado el medio de hacer feliz á su pátria, no se les podia negar por lo ménos su buen deseo, fueron perseguidos á sangre y fuego en vez de ser atraídos con generoso perdón.

Acosados por todas partes como fieras estos nobles partidarios de España, tuvieron que huir escondidos de bosque en bosque, hasta ganar el mar ó las fronteras de las Guayanas extranjeras, donde les esperaban las miserias y sufrimientos de la más triste emigracion.

Solís, despues de andar errante muchos dias con mil peligros y precauciones, fué conducido por su fiel indio José Ramon al pueblo de su naturaleza, situado en las deliciosas orillas del rio Ventuarí.

El generoso y agradecido indio habia tomado un cariño tan grande á su jóven jefe, que se prestó desde luego á correr por servirle los mayores peligros.

Muchos años pasó Solís ignorado entre estos apartados indios, manteniendo incólume la gloriosa bandera de España, y esperando poderosos auxilios del Brasil, que le habian sido prometidos, para emprender más importantes operaciones.

Solo en el pecho de algunos pocos consecuentes con el pasado, parecia existir el fuego sagrado de la madre pátria, cuando

en medio del silencio de aquella triste noche de las glorias españolas, resonó de repente en las montañas de los Güires el tremendo estampido de un volcan, que amenazaba abrasar de nuevo con su ardiente labia los campos de Venezuela.

En el mes de Julio de 1826, un puñado de valientes mandados por el heróico, aunque ignorado Arizábalo, flamearon á las mismas puertas de Caracas la bandera de España.

XV.

Pocos espectáculos hay más sorprendentes en la naturaleza de los trópicos como las altísimas y frondosas montañas de los Güires, extremos magníficos de ese enorme espinazo de la América del Sur llamado *Los Andes*, que en las costas de Caracas avanza á esconderse soberbio en el mar de las Antillas.

Entre todas las elevadas estribaciones

de estas sierras, descuella el monte de Tamanaco, con una altura de 2.000 metros sobre el nivel del mar, y vestido con un manto tan esplendente de vegetacion, que parece una *punta* de esmeralda de la magnífica corona que puso el cielo á esta tierra privilegiada.

En las extensas laderas del Tamanaco, ostenta la naturaleza tal lujo de vegetacion, con sus árboles, arbustos y parásitos estrechados entre sí, que forman una impenetrable valla, como si una deidad misteriosa quisiera impedir el tránsito á estos lugares sagrados.

En efecto, solo las aves y los reptiles parecen tener el privilegio de poder deslizarse por entre los troncos de esta inmensa selva, que á pesar de ello está habitada en su centro por indios bravíos, que se creen separados del resto de la humanidad por un mar inabordable de vegetacion.

Sin embargo, esta montaña misteriosa vierte por todos sus poros raudales de cristalinas aguas, naciendo en su seno tres caudalosos rios, que al salir de la espesu-

ra forman espantosas cataratas y precipicios inmensos que hacen inabordables sus orillas.

El principal de estos rios llamado Manapire, despues de un curso de 63 leguas, de las cuales 12 son navegables, desagua en el Órinoco, habiendo regado un valle delicioso, que está llamado á ser un verdadero emporio de riqueza y un paraíso por su frondosidad y belleza, el día en que se utilicen sus prodigiosos riegos.

Al asomar el Manapire su cabeza espumosa al valle de Chaguaramas, forma en la parte de su salida, cataratas y precipicios tan tremendos y furiosos, que parece increíble produzcan semejantes cataclismos sus mansas aguas, que al atravesar los Llanos y desembocar en el Orinoco, derramando por aquellos deliciosos sitios la fertilidad y la frescura, no llevan ni una arruga de remordimiento ni de mal humor en su sereno y risueño semblante.

La eterna lengua de la catarata al salir de la selva ha lamido tanto las breñas y la tierra de las orillas, por donde baja en

rápido declive este soberbio río, que sus cortaduras son tan verticales y profundas como un verdadero abismo.

Sobre los bordes de estos precipicios se encuentran suspendidas ramas y raíces de árboles colosales, y peñas enormes que alguna vez se desprenden, aumentando el ruido del profundo raudal, que ruje como el mar furioso.

Todos creerían que la misteriosa montaña se encuentra suficientemente defendida por estos tremendos sitios, sin suponer que existan seres tan osados que se atrevan á desafiar los peligros de semejante entrada.

Sin embargo, en el momento que contemplamos tales abismos, dos hombres ó mejor dicho dos demonios, trepan como monos infernales de obstáculo en obstáculo, despreciando el raudal insondable que ruje furioso á sus piés.

El que marcha delante es un valiente y robusto indio, que podría ser la admiración de un público inteligente con sus flexiones y dominaciones acrobáticas, avanzando unas veces colgado por los brazos de

las ramas de los árboles con todo su cuerpo al aire, y otras arrastrándose sobre las peñas, sin perder un momento su buen humor, con el que parece animar al compañero, que le sigue con la misma intrepidez y destreza.

Este último es por su aspecto y traje un arrogante caballero como de 25 años, de negros y expresivos ojos y de perfectas facciones, que demuestran uno de esos hermosos tipos criollos, mezcla de la ardiente y noble sangre hispano-americana, que en un día no lejano saldrá arrogante al encuentro de los anglo-sajones, que le disputan el dominio del Nuevo mundo.

—Téngase firme, D. Luis, que pronto llegaremos al cielo donde has de encontrar al ángel que te espera, dice riéndose el valiente indio á su acompañante.

—Más bien parece esto bajada al infierno que subida al cielo.—Pero, en fin, si como dices me espera arriba la señorita María Luisa, todo lo doy por bien empleado, contestaba el caballero,

—Ella misma me dijo que te avisara, siempre que vinieras dispuesto á ser buen partidario de su padre, á quien quiere y respeta como á Dios.

—Para conseguir su amor, no hay peligro ni obstáculo que me detenga.

—Bien lo pruebas, D. Luis, con este viaje en la cuerda floja, dijo el indio riéndose á carcajadas.

—¡Maldito indio! Ya podías haberme traído por otro sitio, porque parece te complaces con la idea de verme botar como una pelota por estos precipicios.

—¡No me dijiste que por donde marchaba un indio iba mejor un caballero como tú!

—Ya lo estás viendo.

—Cuidado.... gritó el indio deteniéndose de repente. No pongas la mano, D. Luis, sobre esa rama, porque hay colgando de ella una *culebra bejuco*, que si la tocas caerás muerto en el acto al abismo.

—¿Hablas de esa especie de cintajo amarillento, que se balancea en las ramas como en un columpio?

—Del mismo, que es una peligrosa víbora llamada *hiladilla*, cuya picadura es mortal.

—¡Qué endemoniado camino! Imposible es que la delicada señorita María haya entrado en la selva por estos precipicios.

—Su padre, que es un valiente y sábio guerrero, tiene el secreto de otras entradas más fáciles, que tambien conocemos los indios de la tierra, y no podemos descubrir para nuestra seguridad.

—Todo esto vá bien, Simon, mientras nos dure la luz del dia, pues si nos anochece no sé como hemos de seguir nuestro camino aéreo.

—Antes que llegue la noche estaremos en lo alto, si lo quiere la Santísima Virgen del Socorro, dijo el indio devotamente.

Realmente era temeraria la empresa de D. Luis, y al emprenderla probaba su valor temerario, ó la loca pasion que le impulsaba.

Mucho rato llevaban los dos jóvenes de aquella peligrosa ascension, cuando les detuvo bruscamente la detonacion de un

arma de fuego, cuya bala pasó silbando al lado de D. Luis.

—No tires animal, gritó el indio Simon, que viene conmigo un jefe enemigo, pasado á nuestro bando, y el general te vá á colgar de un bejuco si le haces daño.

A estas palabras asomó su fea pero expresiva cabeza por entrè los arbustos un negro que se reia á carcajadas. Otros dos tiros de alarma se dejaron oir á lo lejos de distancia en distancia dentro de la selva.

—Buen susto te ha dado el negro Fasi-ca, querido Simó, y chúpate esa.... ja... ja...

—Si no estuvieras borracho como siempre, maldito animal, no alarmarías el campamento, exponiéndote á matar este general que es ya de los nuestros.

—El negro Fasi-ca, que es centinela valiente, tiene orden de no dejar pasar más que al indio Simó.

Aquellos tres hombres se reunieron en lo alto de la catarata como los mejores amigos del mundo, y despues de algunas bromas bestiales entre el negro y el indio,

D. Luis, guiado por este último, emprendió su camino por una vereda abierta entre los espesos árboles de la selva.

XVI.

En una gran explanada, desmontada á fuerza de brazos y por el fuego, en el centro de la espesura del monte Tamanaco, encontramos un espectáculo desgarrador y terrible á la caída de la tarde, en que penetraron en ella los dos intrépidos viajeros, que acabamos de ver.

Muchas barracas ó chozas construidas toscamente en forma circular al empezar esta explanada, y apoyadas en los últimos árboles de la selva, dan albergue á un centenar de familias, cuyos individuos tendidos por todas partes demuestran la mayor miseria en sus harapientos vestidos y demacrados semblantes.

Entre ellos aparecen algunos infelices, verdaderos esqueletos, con sus cuerpos

vendados por harapos para curar las heridas y úlceras de que están cubiertos, sin dar más señales de existencia, que los hondos lamentos que se escapan de sus pechos.

Estos desdichados, entre los que se encuentran muchas mujeres y niños, son mezcla de razas indígenas, negras y aun europeas, que todos ellos dan con su demacracion y miseria la espantosa idea de esos apartados hospitales de leprosos, que se hallan solo en el centro del Asia.

Aquellas tristes familias pertenecen á un centenar de heroicos y valientes soldados, que defienden el pabellon de España en aquellas breñas hace cerca de dos años á las órdenes de D. José de Arizábalo.

Pocas noticias encontramos de este bizarro y olvidado partidario para mengua y baldon de su ingrata pátria. Solo sabemos, que siendo comandante de artillería con grado de coronel, fué de los últimos que se retiraron de Venezuela, en la pasada guerra de la independendencia, habiendo vuelto en Julio de 1826 á la Guaira, procedente de España, para encender de nuevo

el fuego sagrado de su pátria en estos paises.

Arizábalo nació en Vizcaya, y de edad de siete años vino á Caracas con sus padres, que heredaron en el país grandes riquezas, y por esta causa se habia criado con casi todos los principales jefes de la insurreccion, que estimaban sus talentos militares, y amaban sus brillantes dotes personales.

Su vuelta de la emigracion fué un suceso agradable en Caracas para su familia y numerosos amigos, y sobre todo el general Bolivar, ignorante de sus propósitos, se apresuró á visitarlo, ofreciéndole el empleo de general de la república, si queria entrar en su servicio.

El valiente vizcaino, que venia alentado en sus ideas favorables á España por muchos partidarios secretos del país, contestó con evasivas á las halagüeñas proposiciones que se le hicieron, porque solo ansiaba el momento de poder alzar la gloriosa bandera de su pátria. En efecto, al mes de su llegada pasó revista á 460 soldados mal

armados con 80 fusiles, lanzas, sables y flechas.

Pronto adquirió el valiente partidario numerosos prosélitos y mejor armamento, sorprendiendo destacamentos enemigos, y sus huestes inspiraban tal pavor desde el principio por todos aquellos contornos, que podia aplicárseles el *terror imperi* de los numantinos.

Al poco tiempo organizó con 900 hombres un batallon de infantería que llamó de la Lealtad, y cuyo mando confió á don Juan Celestino Centeno, pardo de calidad, nombrando segundo comandante al indio D. Inocencio Rodriguez, los cuales acompañados de algunos partidarios no habian depuesto un momento sus armas desde el principio de la guerra.

¡Valientes y heroicos partidarios de España, á los que ni siquiera conoce, ni ménos ha sabido agradecer sus nobles y generosos sacrificios!

Alarmada la república acudió con todas sus fuerzas al primer grito alarmante de Arizábalo, para apagar aquellas peligrosas

chispas, que amenazaban incendiar de nuevo el árbol sagrado de su libertad é independencia.

El mismo Bolívar envió algunos batallones desde Santa Fé; pero aquellos valientes partidarios, semejantes al hierro candente, abrasaban las manos de los que intentaron sujetarlos, rechazando en cien combates todas las agresiones con pérdidas tan horribles, que la república tuvo necesidad de adoptar contra ellos un riguroso y prudente sistema de bloqueo.

Fuertes destacamentos de republicanos se parapetaron en los pueblos de Rio-Chico, San Francisco, Orituco, Sombrero, Alta-Gracia, Chaguaramas, Onoto y Aragua, encerrando en un formidable círculo de hierro aquellas montañas, que servían de guaridas á enemigos tan invencibles é inabordables.

Al principio sostuvo su gente Arizábalo con los recursos que dá la naturaleza tan pródiga en estos territorios, haciendo también que sus guerreros cambiaran sus armas por instrumentos de labranza, pero

estos elementos debian ser muy pronto ineficaces para sostener las necesidades apremiantes de todo un ejército acompañado además de sus familias.

Los indios, como la demás gente de color que seguian á Arizábalo, conservaban la antigua costumbre de marchar á la guerra acompañados de sus mujeres é hijos, por lo que este jefe tenia que atender además á la subsistencia de un numeroso pueblo, no ménos apremiante en sus necesidades.

Cuando los recursos empezaron á escasear dentro de las montañas, que dominaban los valientes partidarios, salieron á buscarlos á los pueblos inmediatos, sosteniendo cada dia luchas feroces con numerosos republicanos, que los hacian volverse á sus guaridas cargados de heridos, y dejando muchos compañeros tendidos en el campo.

Esta desastrosa sangría, que duró cerca de dos años, iba aniquilando poco á poco aquel heroico cuerpo, lo cual unido á la miseria y enfermedades consiguientes,

hizo venir tan extraña sociedad, que carecia de todo recurso, á una situacion, que era heroismo incomparable el que siguiera sosteniendo su bandera.

Lució un dia una estrella de esperanza para aquellos desgraciados. Arizábalo tuvo avisos de que una escuadrilla española había llegado con auxilio, desde Puerto-Rico al puerto de Rio-chico en las costas inmediatas.

Reuniendo el valiente jefe toda su gente útil, salió al encuentro de aquel socorro supremo, siendo increíbles los padecimientos que sufrieron en los dos dias que duró su difícil y peligrosa expedicion por en medio de aquellas agrestes selvas. Despues de estar sustentándose con raíces y frutos silvestres, abriendo camino con sus hachas y trepando por la escabrosa sierra de la Muerte, tuvieron que sostener un terrible combate en el sitio llamado *Batatal* con fuerzas superiores; el cual acabó de aniquilarlos.

Al desembocar Arizábalo, venciendo todos los obstáculos, á la vista de Rio-chico

en la laguna de Tacarigua, sus vecinos le dieron la infausta noticia, que la escuadra de sus esperanzas habia levado anclas, y se habia largado sin alijar ningun auxilio para sus compatriotas.

En vista de este triste desengaño retrocedió Arizábalo con su destrozada hueste, cargada de heridos y enfermos, sobre el *Llano alto*, en direccion de la sabana de Uchires y Guanape, y entró por fin en la montaña de Tamanaco, decidido á morir con sus valientes compañeros en este último baluarte de la lealtad española.

Perdidas sus esperanzas de socorro, Arizábalo se internó con toda su gente en el centro del monte Tamanaco, en un sitio llamado por los naturales *Iguana*, que era una formidable posicion defendida por un mar de vegetacion, la cual necesitaba muchos hombres y tiempo para hacerla practicable, caso de ser descubierta en medio de aquel verdadero laberinto.

Esta concentracion en aquel oculto retiro tenia sin embargo el grave inconveniente de privarles de toda clase de auxilios hu-

manos, así es que por mucho tiempo no tuvieron aquellos infelices otro alimento que una inmunda raíz llamada *changuango* que hinchaba sus cuerpos.

Después de las últimas expediciones y de tantos trabajos y miserias habían quedado reducidos estos partidarios á 103 soldados con unos cuantos oficiales, 63 mujeres y 53 niños, todos más ó menos enfermos y famélicos.

XVII.

En el centro de la extensa esplanada, que rodeada de barracas constituía el campamento de la gente de Arizábalo, se elevaba aislado y soberbio un colosal *saman acacia*, hermoso y célebre árbol de la familia de las leguminosas, cuya brillante y verde copa de ramaje ocupaba una extensión de 80 varas, á una altura de 40, sobre un tronco que no podían abarcar ocho hombres. Bajo este magnífico árbol de los Güi-

res, de que es difícil formar idea en Europa, podían tomar la sombra cómodamente más de mil personas, y era el sitio en que pasaban el día y la noche Arizábalo y muchos de sus oficiales.

En la tarde que nos ocupa, se hallaban recostados sobre el verde y frondoso césped y al pié del colosal árbol tres hombres, en el mismo estado de demacracion y miseria que se notaba en todas las demás personas, que les rodeaban en aquel extraño campamento.

El de más edad de aquellos tres hombres es D. José Arizábalo, heroico artillero, digno compañero de Daoiz y Velarde, cuyos gloriosos hechos debia tener escritos tambien la madre patria en su corazon agradecido con caractéres indelebles.

Aunque alcanza los 50 años, y su naturaleza está tan combatida por la ruda campaña que lleva y por sus muchas miserias y disgustos, se nota en su fuerte musculatura y en la expresion de su fisonomía tal fiereza y arrogancia, que no se duda de su invencible resolucion y constan-

cia. Sus vestidos, si tal pueden llamarse los harapos que cuelgan de su cuerpo, apenas cubren su desnudez, pero inspiran el mismo religioso respeto, que los restos gloriosos de una bandera destrozada por el plomo y el fuego enemigo.

A su lado se encuentra el mulato D. Doroteo Herrera, comandante de los gloriosos restos de caballería que se salvaron en la desastrosa batalla de Carabobo en 1821, y que desde entonces se han sostenido por sus solos esfuerzos en aquellas montañas, contra todo el poder de la república, habiéndose incorporado despues al bizarro Arizábalo. Parece tan entrado en años como su jefe, y aunque su aspecto presenta la misma fatiga y miseria, demuestra tambien no menor voluntad de sostener hasta la muerte su bandera.

El tercer compañero es nuestro antiguo conocido Benito Solís, que acudió presuroso con todos sus recursos al llamamiento patriótico de Arizábalo, que le conocia de antes y apreciaba sus brillantes cualidades. Ha seguido constante en todas las reñi-

das y sangrientas funciones de guerra á su intrépido general Arizábalo, que le designó desde el primer momento como su segundo en el mando.

Estos tres hombres demuestran con su sañudo silencio, lo contrariados y preocupados que se encuentran en su apurada situacion, que parece haber llegado al último extremo.

En efecto, no puede ser más desconsolador ni espantoso el cuadro trazado por todos aquellos desgraciados seres que les rodean.

Por una parte aparecen tendidos sobre montones de yerba seca algunos pobres heridos de la última accion del Batatal, que dejan oir de vez en cuando sus lúgubres y desgarradores quejidos, porque en el campamento no hay cirujanos ni nada que alivie sus heridas, más que algunas plantas facilitadas por los indios.

Los niños piden alimento llorando, y sus madres aterradas, que no pueden dárselo, llaman desesperadas á la muerte, porque ellas mismas apenas pueden

sostenerse hambrientas y desfallecidas.

Mucha parte de aquellos miserables aparecen tendidos en una especie de idiotismo, con sus piernas y brazos hinchados, sin ser sensibles más que al dolor. Otros corren como locos por todas partes dando gritos espantosos y lanzando maldiciones y blasfemias.

Algunos centinelas colocados en las copas de los árboles de la selva inmediata, aparecen tambien inmóviles y desesperados, como dudando si se dejarán caer de su altura para concluir de una vez sus miserias.

Cuando pocos momentos antes sonaron los tiros de alarma que causó la llegada del indio Simon y su acompañante, todos los hombres útiles del campamento corrieron gozosos á sus armas, creyendo que iba á entablarse algun combate, en que concluyeran para siempre sus miserias.

Despues el comandante Centeno salió á la carrera para reconocer la causa de la alarma, con los pocos soldados que habia en el campamento, pues la mayor parte

andaban buscando algun alimento silvestre por la selva inmediata.

—¿Es posible, mi general, decia Doroteo á Arizábalo, que nadie se acuerde de nosotros? — Comprendo que España tenga abandonados á estos pobres y miserables pardos, que tampoco valemos, aunque defendamos su gloriosa causa, pero no concibo como hace lo mismo con su merced y los demás españoles.

—España es ahora más desgraciada que nosotros, y tal vez ignora nuestros sacrificios, dijo Arizábalo.

—La venida de la escuadra á Rio-chico, mi general, indica que saben nuestros apuros y no quieren remediarlos.

—Los españoles son nobles y generosos, Doroteo, y cuando no nos socorren no podrán hacerlo, dijo Solís.

—Pero realmente no podemos seguir más tiempo en esta triste situacion, exclamó Doroteo, dándose desesperado un fuerte puñetazo. Mi pobre mujer se muere por falta de auxilio, porque aquí el más leve mal produce la muerte,

—¿Es que se rinde por fin ese cuerpo de hierro? preguntó con bondad Arizábalo.

—Me parece, mi general, que Doroteo Herrera ha probado su constancia en favor de España, desde que tuvo edad para sostener las armas.

—Tienes razon, mi pobre Doroteo, que no hay otro más valiente y decidido que tú.

—Lo que deseo, mi general, es concluir cuanto antes de sufrir, haciendo nosotros lo que me habeis contado de aquellos valientes españoles de Sagunto, que se hicieron matar peleando contra sus enemigos, despues de haber dado ellos mismos muerte á sus familias.

—Este es nuestro último recurso, valiente Doroteo, dijo con tristeza Arizábalo.

—Pero ataquemos por lo ménos, mi general, en vez de estar aquí quietos, que peleando todo se olvida, exclamó desesperado Doroteo.

XVIII.

Una jóven ideal y hermosa como un án-

gel vino á interrumpir con su presencia la conversacion de aquellos tres hombres tan fuertemente impresionados.

Con gracia infantil se sentó sobre las rodillas del general echándole los brazos al cuello, y presentándole cuatro hermosos huevos que traia dentro de un pañuelo.

—Si V. no fuera un perezoso, dijo la joven, riéndose y dirigiéndose á Solís, hubiera venido conmigo, y habría cazado dos magníficos pavos de monte, que se han levantado del nido donde he cogido estos huevos.

—Me disgusta mucho, hija mia, exclamó Arizábalo, que vayas á correr peligros á la selva, donde hay tantos reptiles venenosos y tantas fieras dañinas.

—Perdóname, padre mio; pero supe que en cierto sitio anidaban unas hermosas aves, y no he podido resistir la tentacion de proporcionarte una buena comida.

—Mal hecho es exponerte, hija mia.

—No me lo agradezcas, papá, porque tambien necesitaba buscar algunas hebras de pita y gomas medicinales para curar á

nuestros pobres heridos, y esto me animó á correr ese pequeño riesgo que temes sin motivo.

—Siempre harás de mí lo que quieras.

—Como no quiero más que darte gusto, te es fácil, papá, ser amable conmigo.

—No siempre debí serlo, que cada dia siento más mi inconcebible debilidad al permitirte acompañarme en esta vida ruda de trabajos y miserias, disgustando á tus pobres abuelos, que te quieren más que yó.

—Esto me recuerda que debe llegar pronto Simon, trayéndome el dinero que les he pedido, con que podré comprar algunas cosas precisas para nuestros infelices enfermos.

—En efecto, señorita, los indios guarivos nos proporcionarán todo lo que necesitamos, si tenemos dinero que darles, dijo Solís que habia estado escuchando en silencio y con emoción las dulces palabras de la jóven.

—Gracias á Dios, que oimos á V. hablar, señor misántropo, exclamó María con graciosa sonrisa.

Aunque habian pasado muchos años desde la muerte de la desgraciada Mercedes, Solís no podia horrar las tintas de tristeza que oscurecian su semblante, nacidas de sus dolorosos recuerdos; es verdad que hasta entonces ningun suceso favorable habia venido á modificarlos.

Su vida seguia siendo una série continua da de contrariedades y desgracias, lo que habia cambiado por completo su génio, que era antes tan alegre y expansivo, dando á su interesante fisonomía líneas de melancolía y de tristeza intensa.

Sin embargo, aquella lindísima y delicada niña, que no habia querido abandonar á su padre en los peligros, dando pruebas relevantes de su amor filial, hacia alguna vez que el corazon ulcerado del jóven comandante se abriera involuntariamente, para aspirar la fragancia de sus palabras y encantos.

Por lo demás María Luisa era una de esas hermosas azucenas, cuyo aroma aspiran con delicia aun los más indiferentes, mucho más nuestro jóven, cuya alma ar-

diente no podia estar apagada mucho tiempo por ley natural.

María era ciertamente el tipo estético de esas criollas ideales y seductoras de América, que no tienen igual en el mundo, causando una impresion irresistible la extraña armonía de sus ojos azules, límpidos cual el zafir, velados por cejas y pestañas, negras y lustrosas como el azabache, que radiaban en su rostro trasparente de nacar y púrpura.

Todo su aspecto respiraba el ideal de una señorita privilegiada de formas perfectas y delicadas como las de un ángel, cuyo cuerpo pequeño y fino lucia piés y manos encantadores de niña.

La linda María, cuya familia tenia en Caracas una fortuna opulenta, estando medida en los halagos que concede siempre la sociedad á la belleza y á las riquezas, lo abandonó todo por seguir la incierta y trabajosa suerte de su padre querido, por más que este se opuso á su heroico sacrificio con ciego, aunque débil cariño.

Cosa extraña; Arizábalo, cuyo carácter

enérgico é inflexible le hubiera hecho en más ancho y lucido campo uno de los héroes más gloriosos de la historia, era sin embargo débil como un niño ante la voluntad caprichosa de su idolatrada hija. Es verdad que esta unia á sus encantos naturales una bondad tan seductora, y un corazon tan sensible y tierno, que la hacian irresistible para todos los que sentian su inmediata influencia.

En el campamento mismo los pobres heridos y enfermos creian que les asistia un hada bajada del cielo, cuando con sus dedos de marfil les curaba sus dolencias, animándolos con sus palabras cariñosas, lo cual era la más constante ocupacion de la linda jóven, que sin embargo descubria algunas veces en el cielo sereno de su cara alguna nube de secreto sentimiento.

El sacrificio de María al venir al campamento tenia un mérito mayor que su padre ignoraba, y es que amaba ciegamente á un bizarro jóven de la ciudad llamado D. Luis Chacon, coronel republicano, á quien hemos encontrado corriendo riesgos

eminentes al penetrar en la selva, lo cual probaba que era correspondida con no menor ternura.

Débiles los abuelos de María, habian tolerado los amores de estos dos interesantes jóvenes, que debian casarse muy pronto, cuando la repentina llegada de Arizábalo destruyó sin saberlo sus relaciones, que todos ocultaron por entonces á causa de la opinion política que los separaba.

—Quisiera, padre mio, que me permitieras ir mañana con mi aya al sitio donde he cogido estos huevos, porque en aquellos sitios hay señales de otros muchos nidos.

—Tu aya, hija mia, está muy delicada, y si ocurriera algun peligro no podría auxiliarte.

—Si la señorita María me lo permitiera yo iría á ese sitio que ha encontrado, y cazaría algunas aves para que cuide á sus queridos enfermos, que son más felices que los sanos.

—No tengo mucha esperanza que acierte V. á esas aves, respondió María con

graciosa sonrisa, porque como siempre está tan distraído y con su cabeza á pájaros, me temo que no se acuerde de tirar á los que le salgan.

—Es V. bien cruel conmigo, señorita, y ya veo que tengo pocas cualidades que la sean agradables.

—Todo lo contrario, querido Solís; pero me hace daño el ver sin motivo gente triste á mi lado, cuando los que estamos buenos debemos animar á tantos desgraciados como nos rodean.

—Pues el general la riñe á V. también, porque algunas veces suele irse á pájaros, como dice.

—Y tiene mucha razon, mi papá, que debemos estar todos alegres, por aquello de á mal tiempo buena cara.

Aquí llegaban en su conversacion, cuando apareció en la explanada saliendo de la selva el comandante Centeno, que traía presos y amarrados entre sus soldados á D. Luis y al indio Simon.

Al descubrir María á su amante en aquella triste situacion no fué dueña de conte-

ner una exclamacion de dolor y espanto, que extrañó á Solís, y produjo un movimiento de coraje en Centeno.

Era este último partidario, un espantoso mulato de estatura colosal y de instintos selváticos y feroces, que por raro contraste solia tener muchas ideas generosas, aunque fanatizado ahora por sus exageraciones religiosas y realistas, no podian esperar compasion los republicanos que cayeran en sus manos.

Por un capricho del dios Cupido, este rudo mulato habia quemado su inflexible voluntad en el fuego de los hermosos ojos de María, que estaba muy agena é inocente de semejante impresion. Así es que al notar el mulato la exclamacion involuntaria y elocuente de la jóven, sintió en el fondo de su alma no haber fusilado desde luego á aquel extraño, cuya presencia le causaba una zozobra tan grande.

—Mi general, exclamó Centeno, he sorprendido á este oficial republicano que debe ser algun espía del campo enemigo. Decidme si mando fusilarlo con

arreglo á las órdenes que tenemos.

—Es grave, respondió Arizábalo, que un enemigo descubra nuestro retiro y nuestras fuerzas; pero habiéndole V. traído á mi presencia, quiero interrogarlo yo mismo antes de castigarle.

María dirigió una expresiva mirada de angustia á Solís, cuyo sentido no se le ocultó á este, porque era un mundo de súplicas y recomendaciones en favor de aquel prisionero.

—Quien sois, y cuales son vuestros proyectos al presentaros entre nosotros, preguntó con autoridad Arizábalo.

—Me llamo Luis Chacon y soy coronel del ejército republicano, que daría mi sangre porque todos estos valientes y desgraciados partidarios dejáran de sufrir tantos trabajos y miserias.

—Ya vé mi general, que este hombre es un traidor, exclamó Centeno, que celoso no habia dejado de observar á María.

—Silencio, comandante, dijo con severidad Arizábalo mandando continuar á Chacon.

—El presidente de la república me ha autorizado, Sr. Arizábalo, para ofrecer á usted el empleo de general, y confirmar el que tengan estos valientes partidarios con las demás condiciones que exijan, siempre que depongan las armas.

—Si no admirára, jóven, el valor con que se atreve V. á hacernos semejante insulto, vive Dios, que yo mismo le quitára la vida, exclamó Arizábalo poniéndose de pié con fiero ademán.

—Pues bien, mi general, dijo Chacon, me he presentado á Vdes. para ver si conseguia hacer cesar de cualquier modo sus horribles padecimientos. Si el honor de ustedes no les permite ir á los nuestros, yo vengo á Vdes. á compartir noblemente sus fatigas y glorias, porque admiro la causa que inspira tanto heroísmo.

—Insisto, mi general, que este hombre es un traidor, gritó Centeno ciego de despecho y de rabia.

—Señor Centeno, Vd. no comprende los nobles sentimientos de este caballero, dijo

Solís tendiendo su mano á Chacon que se la apretó con efusion.

—Tiene razon el Sr. Solís, exclamó Arizábalo, que el lenguaje de este jóven no puede ser el de la mentira. Aquí se prueban además pronto por desgracia los verdaderos patriotas.

—Pues bien, dijo Centeno con intencion, este señor puede mostrarnos el interés que dice tiene por nosotros acompañándome mañana á la expedicion que debo emprender.

—Permito que le acompañe, porque la fisonomía franca y las nobles palabras de este jóven me convencen que ha de ser un valiente y decidido partidario de nuestra causa, exclamó el general.

María supo pagar á Solís con sus miradas de agradecimiento la noble defensa que hizo de su amante, aunque estaba bien inquieta con la expresion de feroz malicia que el mulato dió á su fisonomía, cuando su padre accedió á sus deseos.

Temia la jóven que Centeno aprovechara en su expedicion alguna ocasion

oportuna para deshacerse de su amante.

Solís pareció adivinar tambien las inquietudes de María, porque procuró tranquilizarla con una señal de inteligencia.

Si el pobre Solís habia fundado alguna esperanza de consuelo al tratar á la interesante María Luisa, que con su amable aunque sencilla conversacion habia despertado involuntariamente toda la simpatía de su alma, tuvo que renunciar á esta grata ilusion de felicidad al observar la manera como los dos amantes se saludaron.

La conversacion de estos no podia ser muy larga, porque eran muchos los importunos testigos que los oian, no permitiéndoles esa apartada expansion que tanto necesitaban en su larga ausencia, pero supieron suplirlo con la elocuencia de los ojos, que son verdaderas ventanas del alma para los amantes apasionados.

María, con ese instinto exquisito de las jóvenes bien educadas, creyó deber dar explicaciones del conocimiento anterior que tenia con Chacon, y así dirigiéndose á su padre le dijo:

—Este caballero, papá, era muy amigo de los abuelitos, y le he hablado muchas veces en casa.

—En efecto, tuve yo tambien amistad en otro tiempo con un D. Fernando Chacon, dijo Arizábalo.

—Mi padre....

—Celebro mucho que sea V. hijo de tan cumplido español.

—Hemos hablado muchas veces de usted, y mi padre se lamenta que sufra V. tantos trabajos por España, que paga tan mal á sus servidores.

—Se cumple el deber sin esperanzas del premio, dijo Solís, que no podia renunciar á dar esta pequeña leccion á su afortunado rival, con el que era sin embargo tan generoso.

Como estaba entrada la noche, algunos indios encendieron varios trozos de madera, sacados del chaparro manteca (*byrsonima chrysophilla*), que tienen la preciosa cualidad de dar una luz clara y hermosa.

Todas aquellas personas acostumbraban pasar las primeras horas de la noche para

descansar de las fatigas del día, sentadas junto al tronco del *saman*, que con su espléndida copa era una extensa tienda de campaña.

Una escalera espiral labrada en el tronco del árbol facilitaba la subida al espeso ramaje, entre el que se habia fabricado ingeniosamente con las palmas moriches una cómoda y extensa habitacion, que servia de estancia y dormitorio á María y á la señora que la acompañaba.

Los dos amantes, á parte de la felicidad de estar el uno al lado del otro, tuvieron aquella noche momentos para cambiar algunas palabras, aprovechando la ausencia de los presentes, cuando eran llamados por sus ocupaciones.

—Me he decidido, María mia, á correr estos riesgos, decia Chacon lleno de ansiedad, porque os amenaza un peligro terrible, de que quiero salvarte á costa de mi vida. La república ha resuelto pegar fuego á estas inmensas selvas, ya que no puede desalojar de ella á tu valiente padre, y el presidente, que es amigo mio, me ha auto-

torizado á todo para que salve por lo menos tu preciosa existencia y la de tu padre.

—Nunca olvidaré, Luis, esta peligrosa prueba de tu amor.

—¡Cómo habia de permitir que perecieras, vida mia, en medio del volcan en que van á convertirse muy pronto estas inmensas selvas!

—Pero no es buen medio que intentes convencer á mi padre y los suyos con halagüeñas promesas, porque te expones á sufrir sus furores como hace pocos momentos, si no te hubiera salvado ese generoso Solís que acudió en tñ auxilio.

—Ese Sr. Solís es, en efecto, un valiente jóven.

—Tan noble como desgraciado, y mi padre le quiere y estima mucho.

Esta corta conversacion, que habia favorecido hasta entonces la ausencia momentánea de los jefes realistas, vino á interrumpirla de pronto Centeno, que al observar la intimidad de los dos jóvenes se adelantó á ellos ciego de ira como un loco furioso.

—Parece, Sr. Chacon, exclamó, que trata V. de seducir á la hija como ha logrado engañar al padre.

Al oir este grosero insulto, Chacon dió un salto de tigre, y hubiera ocurrido una escena de sangre terrible sin la providencial mediacion de Solís, que impuso á aquellos dos furiosos con su firmeza y autoridad.

XIX.

Apenas la lechuza (*strix clamator*) habia lanzado su primer grito lastimero, con que anuncia la claridad del nuevo dia, cuando unos cien hombres fueron reuniéndose en la esplanada que servia de campamento á la gente de Arizábalo.

Aquella reunion no era un animado y bullicioso concurso de soldados que se preparan con entusiasmo y alegremente á salir de faccion, sino más bien acompañantes de un lúgubre entierro, que van á cumplir un piadoso deber de amistad.

Nada más digno de lástima y admiracion que aquellos partidarios harapientos, cuyo demacrado y miserable aspecto indicaba toda clase de sufrimientos, como verdaderos mártires de una levantada idea política y religiosa.

Habia allí negros y mulatos en su mayor número, y el resto lo componian indios leales y sufridos, que todos, mal armados y harapientos, eran sin embargo el último aliento de aquel heroico pueblo español, que admiró al mundo en estas regiones con sus maravillosas hazañas.

Como los soldados de Arizábalo tenian sus familias en el campamento, segun costumbre de los indígenas, salian los más dias á recorrer las selvas para procurar alimento, volviendo por las noches cargados de frutas y raíces cuando las encontraban. Sucedia muchas veces, que como en estas expediciones tenian algun encuentro con los enemigos, volvian algunos de aquellos infelices heridos y cargados con el precioso sustento de sus familias regado con su noble sangre.

Luego que el comandante Centeno tuvo reunida la gente que debia salir de faccion á sus órdenes aquella mañana, se incorporó tambien á ellos el coronel Chacon, y despues de revisarlos y animarlos el general con sus palabras, emprendieron todos la marcha tristes y preocupados.

No faltó la hermosa María de concurrir á despedir á su amante, como lo hacian las demás familias con sus parientes, temiendo por ellos al saber el arriesgado trance que en este dia emprendian, y aquella sobre todo, dijo por lo bajo á Chacon llena de inquietud:

—Ten prudencia, Luis mio, y no te fies de ese hombre que te quiere mal.

Centeno pareció adivinar estas palabras, porque echó al jóven coronel una celosa y feroz mirada de rencor y odio, que comprendió María en toda su horrible realidad.

Aunque estaba entusiasmado con su próxima expedicion, la pasion de los celos parecia haber alterado por completo todos los nobles sentimientos del partidario, y

eran de temer realmente los terribles efectos de su alma selvática y apasionada.

A poco rato aquellos valientes se internaron con el fusil en la espalda en la espesura por una senda, que ellos solo conocian, emprendiendo un camino trabajoso y difícil muchas veces por encima de los árboles, que era el modo posible de franquear la selva por muchos sitios pantanosos y espesos, y la mejor posicion tambien para defenderse ó atacar á sus enemigos.

Bien entrado era el dia en que dejamos caminando por la selva á la gente de Centeno, cuando esta cayó de repente como un torrente sobre el pueblo de Camatagua, que creia encontrar desprevenido.

Sin embargo, un batallon de republicanos, que lo defendia, estaba demasiado escarmentado para no hallarse alerta, así es que á la primera alarma de sus centinelas, se presentó en correcta formacion y entabló una lucha horrible al arma blanca con los asaltantes.

Los soldados de Centeno, que desesperados despreciaban la muerte, recibieron el

choque con feroz alegría, mezclándose con sus enemigos en revuelta y sangrienta pelea como los anillos de dos serpientes que se enlazan para devorarse.

Mucho tiempo duró esta lucha espantosa y desigual, en que el suelo quedó sembrado de cadáveres y heridos, y en que los que sobrevivían parecían furias bañándose en aquel mar de sangre y de horrores.

Los republicanos recibían frecuentes refuerzos á cada momento, porque sus rezagados acudían por todas partes á la lucha, mientras los asaltantes veían disminuir sus fuerzas sin esperanza de auxilio.

Por esto Centeno, cuando conoció las horribles pérdidas que tenía, dió la orden de retirada hácia la selva, entre cuyos espesos árboles contaba más segura la defensa. Pero los republicanos que eran cuatro ó cinco veces más numerosos, cerraron el paso á los españoles, que parecían no tener ya más recurso que rendirse dentro de aquel círculo de hierro. Entonces se entabló una lucha desesperada cuerpo á cuerpo, en que unos y otros, ciegos de ira, no

eran de temer realmente los terribles efectos de su alma selvática y apasionada.

A poco rato aquellos valientes se internaron con el fusil en la espalda en la espesura por una senda, que ellos solo conocian, emprendiendo un camino trabajoso y difícil muchas veces por encima de los árboles, que era el modo posible de franquear la selva por muchos sitios pantanosos y espesos, y la mejor posicion tambien para defenderse ó atacar á sus enemigos.

Bien entrado era el dia en que dejamos caminando por la selva á la gente de Centeno, cuando esta cayó de repente como un torrente sobre el pueblo de Camatagua, que creia encontrar desprevenido.

Sin embargo, un batallon de republicanos, que lo defendia, estaba demasiado escarmentado para no hallarse alerta, así es que á la primera alarma de sus centinelas, se presentó en correcta formacion y entabló una lucha horrible al arma blanca con los asaltantes.

Los soldados de Centeno, que desesperados despreciaban la muerte, recibieron el

choque con feroz alegría, mezclándose con sus enemigos en revuelta y sangrienta pelea como los anillos de dos serpientes que se enlazan para devorarse.

Mucho tiempo duró esta lucha espantosa y desigual, en que el suelo quedó sembrado de cadáveres y heridos, y en que los que sobrevivían parecían furias bañándose en aquel mar de sangre y de horrores.

Los republicanos recibían frecuentes refuerzos á cada momento, porque sus rezagados acudían por todas partes á la lucha, mientras los asaltantes veían disminuir sus fuerzas sin esperanza de auxilio.

Por esto Centeno, cuando conoció las horribles pérdidas que tenía, dió la orden de retirada hácia la selva, entre cuyos espesos árboles contaba más segura la defensa. Pero los republicanos que eran cuatro ó cinco veces más numerosos, cerraron el paso á los españoles, que parecía no tenían ya más recurso que rendirse dentro de aquel círculo de hierro. Entonces se entabló una lucha desesperada cuerpo á cuerpo, en que unos y otros, ciegos de ira, no

cuidaban de defenderse, sino de herir á sus contrarios.

Centeno, que por su gigantesca estatura, su celebridad guerrera y su cualidad de jefe de la expedicion, era el blanco buscado de sus contrarios, se batia contra todos como un fiero leon, derribando un enemigo á cada golpe de su sable.

Alguna que otra vez este atleta feroz se olvidaba tambien de su rencor contra Chacon, al verle bravo é intrépido como un guerrero de los tiempos heroicos, dirigiéndole algunas palabras de alabanza. Parecia que aquellos dos hombres, que tenian pendiente un desafío á muerte, porque se estorbaban para su felicidad, querian competir entre sí, rivalizando antes de matarse en acciones heroicas y generosas.

Agobiado Centeno de enemigos, hubo un momento en que cayó derribado en tierra como una formidable torre, y ya tenia al cuello el golpe certero que iba á rematar su vida, cuando Chacon acudió como el relámpago en su socorro arrollando á todos sus contrarios.

Incorporándose el feroz partidario, que á pesar de todo era como valiente, generoso, tendió su ancha mano á su rival diciéndole conmovido:

—Perdonad mis ofensas, que conozco valeis más que yó, y mereceis ser más afortunado.

Don Luis correspondió tambien generoso á la accion agradecida de aquella naturaleza salvaje pero noble, y juntos se ocuparon de su crítica situacion, que era bien apurada en aquellos momentos.

Pero cuando aquellos dignos émulos de Esparta se proponian morir antes de rendirse, agobiados por sus numerosos enemigos, una descarga cerrada que salió de los primeros árboles del monte les anunció que eran socorridos milagrosamente.

En efecto, Solís, al frente de cincuenta ó sesenta valientes que pudo reunir, acudia en su auxilio como una providencia, atacando por la espalda á los desprevenidos republicanos, que sorprendidos abrieron sus filas por entre las que se salvaron los

pocos heroicos restos de la desastrosa expedicion.

XX.

Cuando aquella madrugada vió la triste María partir á su amado en compañía de Centeno, que le mostraba, sin comprender la causa, tan feroz saña, sintió destrozado su pecho por todas las furias de la inquietud.

Al encontrar á Solís, la pobre niña loca de desesperacion, no pudo expresarle los horribles sentimientos que la torturaban, porque los sollozos ahogaban su garganta.

—¿Qué teneis, señorita? le preguntó el comandante, sériamente alarmado de lo descompuesto de su semblante.

—Que la inquietud destroza mi alma. Usted, Sr. Solís, que es tan noble y generoso, merece bien que le confie como á un hermano la pena que me mata.

—No la comprendo, María, si no se explica.

—Pues bien, he sorprendido hace un

momento, al partir la expedicion, miradas terribles al feroz Centeno, que son la sentencia de muerte de Chacon, y si este muere no viviré yo mucho tiempo.

—¿Tanto le amais, señorita? preguntó Solís pálido como un cadáver, no siendo dueño de su dolorosa emocion.

—Su vida es mi vida, Sr. Solís. Sé que ha sido V. amante desgraciado, y que comprenderá mi inquietud, al ver en tan inminente peligro al hombre que es mi único aliento. Muchos años mis abuelos han permitido nuestros amores, y aunque tuve valor para dejarle por seguir á mi padre, nunca creí lo mucho que le amaba, hasta estos momentos en que temo perderle para siempre.

—Anoche conocí, en efecto, que Centeno sentia contra él un ódio feroz, dijo Solís con marcada tristeza.

—¿Qué puede haberle hecho mi Luis?

—Quizás Centeno amará tambien á usted y sus celos le inspiran ideas de exterminio, como á otros no le causan más que dolor.

—Pero yo no he dado motivo á ese horrible mulato para semejantes ideas.

—¿Cómo puede impedir la divina madona de Rafael, que todos la admiren y la adoren? dijo Solís con mal disimulado entusiasmo.

—Pero ese sentimiento en todo caso debe inspirar nobles acciones, no ideas miserables de exterminio, exclamó María ruborizada por las ardientes miradas del joven.

—Tiene V. razon, señorita, y en el deseo de serla útil, porque no puedo ocultarla la ardiente simpatía que me inspira, voy á marchar enseguida al encuentro de esos dos hombres que la producen inquietud.

—Nunca olvidaré, Sr. Solís, las nobles pruebas de bondad que me está dando, y siempre seré para V. la más cariñosa de las hermanas.

Benito Solís se separó de María con un dardo en el corazon, y reunió con febril actividad todos los hombres útiles, que quedaban en el campamento, saliendo á poco en auxilio de la expedicion.

Pobre joven, á quien la enemiga suerte

se complacia en excitar su más ardiente sed, para tener el gusto de romper á sus piés la fresca copa de la felicidad cuando ansioso y esperanzado creia beberla.

A pesar de que María quedó un tanto más tranquila con la generosa accion de Solís, sin embargo, al ver en su vehemente impaciencia que pasaba el dia, sin que volvieran los expedicionarios, no pudo contener un arranque peligroso de su inquietud.

Como la señora que tenia para acompañarla estaba enferma, y su padre se hallaba ausente, la jóven se lanzó sola imprudentemente por entre los árboles en la direccion, que suponía debian traer los expedicionarios.

Al principio siguió fácilmente su camino por una senda, que tenia señales recientes del paso de los hombres, pero llegó á un sitio pantanoso, que se conocia haber sido atravesado por lo alto de los árboles, y que presentaba entre sus espesas ramas una especie de puente.

La imprudente jóven se lanzó intrépida por aquel camino peligroso, propio solo de

indios, que con su agilidad y fuerza sabian vencerlo, sin que al principio tuviera ningun tropiezo, siguiendo anhelante sin hacer caso del precipicio que rugia á sus piés.

De repente la pobre niña se detuvo horrorizada, porque á pocos pasos de ella asomaba entre los árboles su tremenda cabeza y sus ojos de fuego un boa *constrictor*, la serpiente más terrible de la Guayana.

Esta monstruosa culebra de agua suele alcanzar 50 piés de largo, y aunque no tiene veneno en los órdenes de dientes de su enorme boca, con la que se traga hasta reses mayores, pocos animales se libran de la muerte estando á su alcance.

El asqueroso reptil tenia fijos sus viscosos ojos en la pobre jóven, que se quedó arrodillada sobre una rama, fascinada de terror, sin accion para moverse y solo para encomendarse mentalmente á Dios, viendo su horrible é inevitable muerte.

El monstruo parecia sujeto por una fuerza superior, porque hacia esfuerzos extraordinarios para alcanzar á la jóven re-

torciéndose con furor, y dando silbidos espantosos.

La desgraciada niña creía en su terror, que aquella horrible boca era un espantoso abismo, que la atraía con imán irresistible, y cerrando los ojos se abrazó delirante á la rama del árbol en que se encontraba, dando un grito de angustia, cuando la pareció sentir el aliento nauseabundo del monstruo.

—Téngase firme, niña, y no se mueva, gritó de repente la voz de un indio, que subido en algunas ramas más elevadas, presenciaba esta horrible escena.

—Socorro, articuló María con terrible angustia.

—La culebra no puede alcanzar á la niña, porque el indio la tiene sujeta á un árbol, y morirá pronto porque tiene atravesado el cuerpo por una flecha envenenada. Téngase firme mientras bajo, exclamó el indio escurriéndose por las ramas.

Pero la pobre María, presa de un vértigo, que hacía dar vueltas á su cabeza, aflojó sus temblorosos brazos, cuando el

valiente indio iba á salvarla, y cayó del árbol al fondo del pantano.

La serpiente, que á pesar de sus terribles esfuerzos no habia podido librarse del fuerte lazo llanero, que la sujetaba al árbol, al caer la joven dió un silbido espantoso y se deslizó al suelo donde cogió á la infeliz en sus horribles fáuces.

El intrépido indio se dejó deslizar tambien al pantano ligero como una flecha, cayendo encima del monstruo, al que sujetó en medio del fango con su mano izquierda, dándole con la derecha terribles puñaladas.

Espantosos fueron aquellos instantes de lucha en el fondo del abismo. Agarrado el indio al cuello de la enorme serpiente, que al dolor de sus heridas habia soltado á la desgraciada niña, daba sacudidas horribles, haciendo esfuerzos para morderle y desprenderse de sus hercúleos brazos, pero debió producir efecto el veneno *curare* de la flecha, ó la pérdida de su sangre, porque el monstruo se quedó de repente muerto.

El valiente indio, que era José Ramon, el amigo constante de Solís, se levantó medio asfixiado del fango, entre el que habia estado mucho rato durante la refriega, y corrió al socorro de María, que enterrada en el pantano no daba ninguna señal de existencia.

Como pudo la sacó fuera del agua cenagosa, y la colocó en las ramas de un manglé inmediato, procurando reanimarla aunque inútilmente con sus palabras y cuidados.

XXI.

Cuando el generoso indio maquiritare, desesperaba de volver á la vida á la desgraciada é interesante señorita, oyó con alegría muchas voces de hombres, que le anunciaron volvia la expedicion de Centeno.

El valiente José Ramon, que aquel dia no fué con sus compañeros, porque queria

proporcionarles á su vuelta un apetitoso manjar, se habia apostado en este sitio la noche anterior con el fin de coger á la terrible culebra, acostumbrado á esta peligrosa caza en las orillas del Ventuari.

Todo hubiera salido á medida de su deseo, á no ser la imprudente y fatal ocurrencia de María, porque sin exponerse hubiera muerto al mónstruo desde los árboles con sus flechas de curare, retenién-dole con el lazo de llanero, que le habia echado para su defensa, y para que no se le escapára en su agonía.

Solís y Chacon acudieron presurosos en auxilio del indio, que ansioso les llamaba, sin poder figurarse aquellos el terrible espectáculo que les esperaba.

Aunque José Ramon les dijo quién era aquella infeliz, los dos jóvenes no quisieron al pronto dar crédito á sus crueles palabras, porque el cieno y la sangre dificultaba conocerla.

Sacaron entre los dos su preciosa carga de aquel inmundo sitio, llegando á poco anhelantes é inquietos al campamento,

donde tuvieron lugar de comprobar la terrible realidad que temian.

Desoladora fué la escena que ocurrió á la llegada de la infeliz María. Pronto corrió la voz de su desgracia y todos aquellos míseros seres, olvidando sus horribles padecimientos, rodearon inquietos á la interesante niña, que habia sido su providencia consoladora.

El mismo feroz Centeno no ocultaba su desesperacion rugiendo como un tigre, y maldiciendo al campamento, y á su causa política, que no merecia tan precioso sacrificio.

Al desgraciado Chacon tuvo Solís que quitarle de la mano una pistola, con que desesperado y ciego de dolor se hubiera dado muerte.

El pobre Arizábalo que llegaba en aquel momento, al ver el triste estado de su idolatrada hija no fué dueño de su dolor, y á su pesar los sollozos se escapaban de su garganta, produciendo ecos dolorosos en los pechos de todos los presentes.

La infeliz niña yacia sin movimiento en

el centro de la explanada, que ocuparon á poco todos los séres ligados por la desgracia en aquel apartado rincon, y las mujeres y los niños no disimulaban su dolor con sus ruidosos lamentos.

Solís, que entendia algo de medicina, y que tal vez era el más sereno de aquella desolada reunion, al pulsar á la jóven exclamó gozoso, volviendo la esperanza á todos.

—Esta señorita no ha muerto, y si pusiéramos de algun auxilio de la ciencia, quizás se la podria salvar.

El jóven comandante hizo trasladar la enferma á su habitacion aérea, donde algunas mujeres la dieron bajo su direccion los escasos auxilios de que disponian.

La horrible serpiente la habia mordido en el cuerpo, pero sus dientes no habian penetrado mucho, por lo que Solís tenia esperanzas de que no hubiese lesion grave.

Despues de dar algunos tónicos á la enferma y de restañar sus heridas con algunas gomas medicinales, la dejaron des-

cansar, lo que tal vez era el más eficaz remedio.

XXII.

La última expedición que habia hecho la gente de Arizábalo al pueblo de Camatagua fué terrible en sus consecuencias desastrosas. Apenas habian vuelto con vida al campamento la cuarta parte de los que salieron, teniendo que abandonar sus muertos y heridos, y una infinidad de útiles de guerra que no podian reemplazar.

Cuando Arizábalo y Solís bajaron de la habitacion de María, despues de dejarla al cuidado de algunas mujeres, y más tranquila al parecer, encontraron al pié del árbol á todos los jefes y oficiales de la banda. Estos hombres parecian poseidos de la mayor desesperacion, y hablaban entre sí preocupados por alguna idea que les dominaba por completo.

—¿Como dejais á vuestra hija, mi general? preguntáron algunos.

—Parece más tranquila, señores, dijo Arizábalo.

—Todos nos interesamos, mi general, por vuestra hija, exclamó Doroteo Herrera, más que si fuera nuestra, porque su presencia y sus palabras son el mejor remedio de nuestros males.

—En efecto, dijo Centeno con entusiasmo, todavía recuerdo que mi última herida se curó en el acto, solo porque la señorita aplicó el remedio con sus dedos de ángel.

—Por esto, mi general, exclamó Herrera con energía, no podemos permitir, que perezca en este sitio de maldición la señorita, que es el alma de todos, por falta de los auxilios de la ciencia.

—Esto es claro, mi general, dijo Centeno que era siempre eco de su amigo. Nosotros somos si se quiere gente ruda y grosera, que podemos resistir toda clase de trabajos, pero es una crueldad dejar sufrir á vuestra hija, que es delicada como una azucena.

—Agradezco á Vdes. el interés que se

toman por mi hija, dijo Arizábalo, y haremos lo posible por salvarla entre todos.

—Sin médicos y medicinas es imposible, exclamó Herrera.

—Como no podemos tener esos auxilios en nuestra apurada situacion, pediremos á Dios paciencia y misericordia, articuló Arizábalo conmovido.

—Si por la fuerza pudieran tenerse, mi general, vive Dios que yo los traería, exclamó Centeno.

—Vamos claro, mi general, dijo Herrera con resolucion. Si con nuestra muerte pudiéramos dar vida á nuestra santa causa, pronto ofreceríamos toda nuestra sangre en el altar de la pátria, como lo venimos haciendo, pero bien vé nuestro valiente general que es ya inútil é impotente nuestro tenaz sacrificio.

—Me haces un daño horrible, Doroteo, al oirte hablar de esa manera, y quisiera que esas palabras no salieran nunca de tu boca.

—Bien me conoce el general, dijo el valiente comandante entristecido. Si mis pa-

labras le hacen dudar un solo momento, pronto estoy á borrarlas con mi vida.

—Nó, mi buen Doroteo; está muy alto tu valor y tu lealtad, para que nadie dude de tí.

—Pues bien, mi general. Hace cerca de dos años éramos más de dos mil valientes, llenos de robustez y de vida, que hacíamos temblar estas montañas y á toda la república, y hoy apenas quedamos cincuenta hombres desfallecidos, que no nos resta sano y robusto más que el corazon para la pátria. Nuestros inocentes hijos y nuestras esposas han sucumbido tambien en este altar de sacrificios, siendo inexorable nuestra desgraciada suerte.

—No hay ejemplo en la historia de tanto heroismo, dijo Chacon que aprovechaba siempre la ocasion de disuadir la tenacidad de aquellos valientes.

—Y qué hacer, señores, preguntó desesperado Arizáhalo, quo no encontraba ya argumentos contra tantos desastres.

—Acogerse á los brazos que nos tiende la república, dijo Chacon,

—Por mi parte nunca, exclamó con energía Arizábalo.

—Pero no podeis dejar morir sin auxilios á vuestra hija, dijo Herrera, ni á tantos infelices que moribundos nos escuchan, y sufren inútilmente por nuestra obstinacion. Si nuestro sacrificio sirviera de algo á la pátria, yo quemaría mi lengua antes de usar este lenguaje.

Un quejido lastimero, lanzado por la hermosa María desde su lecho de dolor, pareció venir más que nada en auxilio de Herrera y los suyos, porque Arizábalo, aquella naturaleza de hierro, al escucharlo limpió con su crispadas manos una lágrima ardiente, y diciendo entre sollozos:

—Teneis razon, valientes amigos mios. Ni la pátria ni yo podemos exigir más de vosotros. Hemos defendido hasta aquí con heroismo durante dos años en lo alto de estas sierras la gloriosa bandera de España, y si la necesidad nos obliga á arriarla, yo, que seré siempre español, me la llevaré con honra á mi pátria, dejando que vos-

otros seais felices en estas tierras en que nacisteis.

—Eso no, que todos seguiremos vuestra suerte, dijo enternecido Herrera, como los demás presentes.

—Imposible, amigos míos. Si la república me cumple en esta ocasion las muchas proposiciones que me tiene hechas, y que siempre desprecié, me volveré yo á España, dejándoos á vosotros independientes dentro de Venezuela. Si se nos niegan estas condiciones, moriremos todos como valientes que somos.

—La república que admira más que nadie vuestro heroismo, os tenderá su manto generosa, repuso Chacon.

—Escribiré, pues, por vosotros ese memorial, aunque no tenemos en nuestra miseria actual ni pluma ni tinta para hacerlo.

La carta que, segun la historia, escribió Arizábalo á Lorenzo Bustillo, jefe del inmediato destacamento, en un papel estropeado y súcio, con el zumo de una fruta azul, y con una pluma de *paupí*, es como sigue:

«Muy señor mio: en sus manos confío la suerte de estos hombres los más valientes de Venezuela, segun lo ha visto todo el mundo, restando aún motivos mayores de admiracion si á ello se les obliga. Si usted desea economizar sangre generosa, le propongo una entrevista, esperando que sea en la hacienda de la Boca del rio Aragua, pues mi rubor, por el estado de desnudez en que me encuentro, no me permite entrar en ninguna poblacion.

»Para garantía de esta negociacion entrego en rehenes mi persona, en cambio de la de un coronel, que quedará en poder de las tropas de mi mando, hasta los últimos resultados de nuestra entrevista.

»Si el gobierno de Colombia accede á esto, espero la contestacion dentro de cuatro dias, y con ella algunos víveres, que deberán ponerse en el punto de Batatal con una bandera blanca en señal de buena armonía. Soldado español soy, que cumplo lo que ofrezco; mas si por parte de Colombia se abusa de mi franqueza, y se cometiese alguna felonía, sobre V. pesarán los

horribles males producidos por el furor de la venganza.

«Soy de V. por la consideracion que exige la atencion su servidor

JOSÉ ARIZÁBALO.»

Esta ignorada carta, que sin embargo debia tener España esculpida en mármoles de agradecimiento, fué llevada á su destino por dos pobres mujeres del campamento, que guiadas por el indio Simon se brindaron á ello.

El jefe republicano la dirigió enseguida á Paez, y entretanto hizo poner en el sitio indicado dos arrobas de carne seca, dos quesos, ocho libras de pan, cuatro botellas de vino, dos de rom, dos pares de zapatos y algunas prendas de ropa, con una esquila muy expresiva, en que ofrecia por su honor todas las garantías pedidas.

Aunque Arizábalo habia entrado en aquellas negociaciones á fin de salvar á tantos infelices, deseaba tambien realizarlas para que su pobre hija no sufriera más tiempo tantas molestias. Los cuidados de

todos habian logrado sacarla de su desmayo, producido principalmente por el terror de su horroroso susto, pero necesitaba aun un tratamiento delicado, que no podia dársela en aquel desierto.

Despues de convenir Arizábalo con su gente en el plan que debia seguirse en todas las eventualidades, marchó solo al campo enemigo.

Al llegar el valiente partidario á las avanzadas republicanas, notó en estas un movimiento tan extraordinario de tropas, que llamó su atencion, sin poderse figurar que era él la causa principal de aquel trastorno.

Pronto se convenció de ello al ver que en su presencia los batallones abrieron sus filas presentándole los soldados sus armas, y haciéndole honores de capitán general de ejército, en medio de las salvas de la artillería y de entusiastas aclamaciones.

El jefe republicano salió á recibirle acompañado de un numeroso y lucido séquito de personas distinguidas, que todos

le felicitaban por su heróico valor, dándole muestras á porfía de su consideracion y respeto.

En el centro del campamento tenian preparada una espléndida mesa, cuya presidencia hicieron que ocupára el bizarro Arizábalo, en medio de las aclamaciones de los circunstantes, las cuales debieron sonar mal en sus patrióticos oídos, porque respondió á ellas con un claro y enérgico *viva España*, que léjos de ofender á los republicanos fué muy aplaudido.

El general abrazó al intrépido español diciendo entusiasmado á todos los presentes:

—Esto se llama tener honor y carácter firme. Así han de ser los hombres virtuosos, que deben ser tomados como modelo digno de imitacion.

Llamaba ciertamente la atencion el observar, presidiendo aquel espléndido banquete, asistido de tantas personas distinguidas de brillantes uniformes, un hombre que por su traje se hubiera tomado por un miserable pordiosero, si su aspecto noble y

altivo no anunciára desde luego que era digno de aquella preferencia.

Al terminar el banquete todos los asistentes brindaron por el héroe de la fiesta, mezclando su nombre con el de Venezuela libre, pero Arizábalo contestó siempre con su entusiasta *viva España*.

El primer cuidado de Arizábalo, así que vió la favorable acogida que habia merecido, fué enviar un médico con auxilios para su hija, á la que hizo trasladar con sus abuelos á la ciudad de Caracas.

Al dia siguiente se presentó en Rio-chico el mismo general Paez, que ofreció á Arizábalo en nombre de la república el empleo de general, y á sus jefes y oficiales los grados que tuvieran.

Indignado nuestro héroe contestó con fiera arrogancia á Paez, que habia venido á capitular con la república por los suyos y no á venderse á ella.

No faltaron espíritus mezquinos entre los republicanos, que se sublevaron al ver tan noble obstinacion, pero Paez les acalló diciéndoles que debian haber procurado

vencera aquel puñado de valientes, en vez de manifestar tan necio orgullo.

La capitulacion que Arizábalo estipuló con el jefe de la república en muchos artículos fué en sustancia la siguiente:

«Que todos los españoles que lo pidieran serían trasladados gratuitamente y con seguridad á Puerto-Rico ó Santomas.

»Que la república concedia ámplia amnistía á todos los partidarios de España, respetando sus opiniones políticas, sus bienes y derechos.

»Que los capitulados de los Güires tenian pleno derecho, bajo la salvaguardia y el honor de la república, para establecerse con sus autoridades y jueces propios, en el territorio que escogieran, como pueblo libre é independiente exento de toda prestacion y obediencia.

»Se estipularon además otras muchas franquicias y derechos en favor de la gente de Arizábalo, y este honroso tratado se le entregó firmado y ratificado en toda forma como realizado entre partes beligerantes é independientes.

CONCLUSION.

Ultimados estos asuntos en que tan poco se ocupó de sí mismo Arizábalo, pidió y obtuvo su pasaporte para Puerto-Rico.

Tan bizarro español llevó su fiera susceptibilidad hasta el punto de exigir y obtener que el barco que le conducia enarbolára el pabellon de España, y arriára el de Venezuela para no aparecer como prisionero.

Este último y glorioso episodio de la dominacion de España en Costa-firme, fué seguido de un desenlace favorable para algunos de sus actores, aunque contrario para otros, que tal es ley necesaria de los contrastes humanos.

María Luisa de Arizábalo, luego que se hubo restablecido con los cuidados de sus cariñosos abuelos, realizó su enlace con don Luis Chacon, cuya descendencia es hoy una de las familias más respetables de Costa-firme.

Arizábalo, despues del brillante resplandor de sus hazañas, dignas de la apoteosis, cayó en la oscuridad de su ingrata pátria, que no vuelve á nombrarle, concluyendo tal vez por este olvido sus últimos dias, en esa feliz tranquilidad que no conceden las grandezas y las glorias mundanas.

Hizo bien la república de Venezuela en colocar tan alto la lealtad y el valor heroico de las gentes de Arizábalo, porque confundidas estas con la masa general del país, transmitieron á las generaciones sucesivas semillas estimables de sus virtudes, que hacen siempre grandes á las naciones.

José Benito Solís, siguiendo el triste camino de amargura que le tocaba en la tierra, sin poder encontrar un momento de respiro, se trasladó con su fiel indio José Ramon á la orilla del Ventuari, para emprender despues por el magnífico rio Amazonas un largo y curioso viaje al Gran Para, donde pensaba hallar algunos recursos y amigos de su padre.

BIBLIOTECA NACIONAL - CARACAS

Reg BA 18589

Clas

